cool & lam

A QUIEN LE TOQUE...

A. A. FAIR

Bertha Cool estaba furiosa. El distinguido Homer Breckinridge había estado esperando veinte minutos a que apareciera Donald Lam. Y alrededor del señor Breckinridge podía percibirse el embriagador aroma del
D-I-N-E-R-O
. Luego llegó Donald, y, en menos de lo que canta un gallo, se vió contratado para investigar una demanda de seguros.

—Un trabajo tan agradable, seguro y respetable —ronroneó Bertha —, y tan fácil.

Pero Donald no tardó mucho en descubrir que lo que menos tenía aquel trabajo era ser fácil, y que la presa fácil sería él…

A. A. Fair

A quien le toque…

Cool & Lam-25

ePub r1.0
fenikz 27.09.16

Título original: *Up for Grabs*
A. A. Fair, 1964
Traducción: Rafael Zavala
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

capítulo primero

MI secretaria, Elsie Brand, saltó de la silla cuando abrí la puerta.

—Donald —dijo—, Bertha va a tener gatitos.

—¿Otra vez?

—Sí, y esta vez realmente le subió la temperatura.

—¿En qué líos se metió?

—Un nuevo cliente. El tipo es un gran ejecutivo y no quiere esperar. Tienen que hablar contigo.

—Comunícate con ella —repuse—. Dile que estoy aquí.

—No, no. Bertha me dio instrucciones de que tan pronto como llegaras, te presentaras en su oficina.

—¿No sabes quién es el ejecutivo?

—Es un hombre de porte muy distinguido —me dijo Elsie—. Tiene aspecto de banquero o de rico corredor de valores.

—Muy bien —le dije—, voy a ver qué quieren.

Salí de mi oficina y crucé la sala de espera en dirección de la puerta con el letrero:

B.
COOL
.
PRIVADO
.

La «B» quería decir Bertha; y Bertha quería decir ochenta kilogramos de agresividad, ojos de mirada dura como el diamante, cuerpo de barril, maxilar de buldog, y una cara en la que colgaban los cachetes, a menos que se los chupara y levantara la barba, lo que hacía cada vez que quería estar realmente impresionante.

Bertha me miró con ojos centelleantes.

—¡Bueno, ya era tiempo de que llegaras! ¿En dónde estabas?

—Investigando un caso —le contesté.

—Te presento al señor Breckinridge —dijo ella—. Ha estado esperando casi veinte minutos.

—¿Cómo está usted, señor Breckinridge? —pregunté volviéndome hacia él.

Éste se levantó. Era alto, de cintura delgada, pelo entrecano, como de cuarenta y cinco años, bigote recortado y extraños ojos grises. Mediría más de dos metros, lo que me ponía a unos veinte centímetros por debajo de él y, a juzgar por lo requemado de la cara que corría uniformemente desde la parte alta de la frente, no me cupo la menor duda de que era un aficionado al golf.

—El señor Breckinridge —dijo Bertha— es el principal de la Compañía de Seguros All Purpose. Anda en busca de un detective privado que pueda hacerse cargo de una investigación precisamente especializada, y cree que tú eres el hombre indicado.

Se sonrió Breckinridge, mostrando los dientes en un instante de cordialidad, y me dijo:

—Antes de venir aquí obtuve buenos informes de usted, Lam. Lo seleccioné muy cuidadosamente.

No contesté ni una sola palabra.

La silla de Bertha Cool rechinó bajo su gran peso.

—¿Quiere usted explicarle, o prefiere que lo haga yo? —preguntó Bertha.

—Yo le explicaré —dijo Breckinridge.

—Muy bien —contestó Bertha con una voz que daba a entender que ella podría hacerlo mejor, pero que, por cortesía, estaba cediendo su lugar a un cliente importante.

—Tome una tarjeta mía, Lam —me dijo Breckinridge.

Me dio una tarjeta hermosamente realzada, en la que se leía su nombre, Homer, y que era el presidente y gerente general de la Compañía de Seguros All Purpose.

—Para la labor que tenemos entre manos —continuó Breckinridge—, necesitamos alguno que se distinga del promedio general. La mayoría de los clientes desean un detective privado, preferiblemente robusto y entrado en años; pero nosotros buscamos uno que sea joven, despierto y acostumbrado a pensar y a usar su cerebro en vez de sus músculos. Para un hombre como éste tenemos

un puesto lucrativo y estable.

—Donald es el que usted necesita —dijo Bertha, haciendo rechinar la silla nuevamente cuando se volvió hacia Breckinridge.

—Así lo creo —afirmó el personaje.

—Ahora espere un minuto —interrumpió Bertha, sospechando algo de repente—. No está usted intentando contratarlo fuera de la sociedad, ¿verdad?

—No, no —dijo Breckinridge—; precisamente por eso estoy aquí; pero estoy convencido de que vamos a tener mucho trabajo para el señor Lam.

—Por cincuenta dólares al día, más los gastos, tómelo todo el tiempo que quiera —dijo Bertha—. Ésas son nuestras cuotas.

—Bastante razonable. Pagaremos sesenta —repuso Breckinridge.

—¿Para dónde va la pelota? —pregunté.

Con cierta pedantería contestó Breckinridge.

—Parece que el nivel de honradez en este país viene sufriendo un continuo relajamiento y una desintegración progresiva.

Nadie hizo comentario alguno.

—En el negocio de los seguros —continuó Breckinridge tenemos que tratar, cada vez con más frecuencia, con personas oportunistas, que se fingen enfermas y exageran sus lesiones más allá de lo razonable. Y encontramos también un número creciente de abogados que han hecho estudios cuidadosos sobre la manera de influenciar a jueces susceptibles de ello, exagerando el dolor físico y el sufrimiento fuera de las proporciones reales. Tomemos un hombre con un simple dolor de cabeza, y veremos que inmediatamente surge un abogado, se coloca ante los jueces y les dice que el día tiene veinticuatro horas, con sesenta minutos cada una de ellas y sesenta segundos en cada uno de estos minutos, y que su cliente sufre un dolor agudísimo que le tiene en la agonía durante cada segundo, de cada minuto, de cada una de las horas del día.

—Conocemos todas esas triquiñuelas —le interrumpió Bertha secamente—, y hemos encontrado la forma de combatir la mayoría de ellas.

—Perdone usted —se disculpó Breckinridge—. Me olvidé por un momento que estaba tratando con profesionales y no con aficionados. Pues bien, he aquí la situación en pocas palabras.

Tenemos el caso de un hombre del que estamos plenamente convencidos que es un perfecto simulador de enfermedades. Se vio envuelto en un accidente automovilístico y, confidencialmente les diré que vamos a admitir nuestra responsabilidad. Nuestro reclamante afirma que sufrió tal accidente y que está dispuesto a demostrarlo. El simulador, en este caso un tal Helmann Bruno, reside en Dallas, Texas; reclama por las lesiones que le ocasionara una fuerte sacudida de su cabeza, y tiene el conocimiento suficiente para reportar todos los síntomas que siguen a la lesión sufrida en las vértebras cervicales.

»Por supuesto, no necesito explicarles que ése es uno de los campos más prolíficos que tenemos en la simulación. No se puede obtener una placa de rayos X de un dolor de cabeza, pero tampoco es posible negarlo. En casos típicos los dolores pueden ser muy fuertes y la lesión alcanzar mucha profundidad, arraigándose por mucho tiempo. Por otro lado, no es posible encontrar ninguna manifestación externa susceptible de ser revelada por los rayos X y que pudiera indicar de manera concluyente el grado de la lesión, cuando en realidad exista, o bien determinar que el dolor es simulado.

—¿Hasta qué grado son serias esas lesiones? —preguntó Bertha —. He oído que, en realidad, pueden causar grandes daños.

—Sí, es posible —admitió Breckinridge—. Desde luego, una lesión en las vértebras cervicales se produce cuando la cabeza es sacudida hacia atrás de manera muy violenta. No cabe duda que eso causa graves daños en los nervios del cuello, y que dichas lesiones se ocasionan con frecuencia cuando una persona, sentada en un automóvil, es impulsada hacia adelante, sin darle oportunidad para que contraiga sus músculos lo suficiente, a fin de evitar que la cabeza sea proyectada hacia atrás, con los probables daños resultantes en las vértebras cervicales, en los nervios craneanos y…

Con un gesto de impaciencia, Bertha volvió a interrumpirle:

—Todos sabemos la manera como se producen esas lesiones. Lo que yo quería averiguar es cómo son estimadas por las compañías de seguros y, exactamente, qué podía pasar una vez que las lesiones han sido establecidas.

Breckinridge suspiró y dijo:

—Desde el punto de vista de las compañías de seguros, señora

Cool, una vez que esa lesión ha sido establecida, casi todo puede suceder —y volviéndose hacia mí, continuó—: Aquí es donde entra usted, Lam.

—Y ustedes, señores —le pregunté—, ¿no tienen un buen sistema para desenmascarar a esos simuladores?

—Por supuesto que lo tenemos. Y usted va a ser parte de ese sistema.

Me dejé caer en una silla y me eché hacia atrás.

—Cuando uno de esos simuladores —prosiguió Breckinridge llega ante un jurado, está enfermo, ¡muy enfermo! Todo se vuelve lamentos y quejas; se le ve pálido y con un aspecto patético. Su elocuente abogado dibuja unos esquemas y el jurado acepta que a su cliente se le causaron grandes daños, apoyándose en la teoría de que, después de todo, las compañías de seguros cobran primas muy altas sobre las pólizas y muy bien pueden hacer frente a la responsabilidad.

»Sin embargo, la experiencia ha demostrado que, aun en el peor de los casos, después de haber llegado a un arreglo con los lesionados, siempre se presenta una recuperación casi inmediata, particularmente en las lesiones nerviosas. En algunos casos la recuperación es simplemente milagrosa. Personas con testimonio que han rendido los médicos bajo juramento; en los cuales manifiestan que han sido lesionados permanentemente, en un lapso de veinticuatro horas después del arreglo con nosotros, salen a días de campo o toman parte en excursiones en donde celebran fiestas y bailes, y hasta se convierten en el alma de las reuniones.

»He de decirles que el negocio de esos pillos no siempre marcha bien. Hemos puesto en práctica una técnica nuestra. Colocamos a esa gente en una situación en la cual desarrollan gran actividad de manera muy intensa y tomamos películas de las escenas más convenientes. Una vez ante un tribunal, después que uno de estos hombres muestra que difícilmente puede levantar las manos a la altura de los hombros y que sólo le es posible caminar con pequeños pasos vacilantes, exhibimos películas en las que se le puede ver zambullirse en una alberca a la que se arroja desde elevadas plataformas y jugar rápidas partidas de tenis o tomar parte en torneos de golf. Es obvio que eso requiere una gran labor y con extrañeza advertimos que a los jurados no les agrada.

—¿Qué quiere usted decir con que a los jurados no les agrada? —preguntó Bertha.

—Los jurados consideran que hemos espiado a nuestro reclamante, invadiendo su, vida privada. ¡Santos cielos! ¿Y por qué no habíamos de meternos en su vida privada o hacer cualquier otra cosa que requieran las circunstancias?

—Pero a los jueces no les gusta —le recordé.

Se golpeó ligeramente la barba con la punta de los dedos, se alisó el bigote y dijo:

—No, no les gustan nuestras tretas.

Después de un momento de silencio, pregunté:

—¿No querrá usted decir que han desistido de sus películas?

—¡De ninguna manera, de ninguna manera! —repitió—. Simplemente decidimos cambiar el modo de utilizarlas, a fin de obtener un poco de ventaja cuando las exhibamos ante el jurado. Y ahora, ahí es donde entra usted, Lam. Para tomar esas películas, montábamos ordinariamente nuestra cámara en una camioneta o en un camión de mudanzas con pequeñas aberturas en la parte trasera y a los lados de la carrocería. Por ejemplo, sorprendíamos a un hombre jugando golf y teníamos una cámara escondida con la que podíamos sacar películas de él practicando sus tiros o movimientos semejantes. Luego, cuando afirma que no puede usar sus brazos sin experimentar un dolor intenso, exhibimos la película en la cual aparece manejando un palo de golf y describiendo maravillosos arcos. Bueno, eso a los del jurado no les gusta; piensan que hemos sorprendido al individuo y aunque reducen su veredicto a un mínimo, quedan después del caso con un sentimiento de antagonismo hacia los corredores de seguros. De modo que ahora hemos ideado ciertos refinamientos que pensamos pueden mejorar nuestras relaciones públicas.

—Siga adelante —dijo Bertha.

—Bueno, por ejemplo, empezaremos con Helmann Bruno —continuó Breckinridge—. Es casado pero no tiene hijos. Tiene su negocio propio, una agencia de fabricantes que lo mantiene ocupado en las carreteras la mayor parte del tiempo. Le hemos puesto una trampa, porque nuestro ajustador lo catalogó desde un principio como un simulador.

—¿Qué fue lo que hicieron ustedes? —preguntó Bertha

—Esto por supuesto es confidencial —dijo Breckinridge.

Los anillos de brillantes de la mano de Bertha, resplandecieron cuando hizo un ademan señalando alrededor de la oficina.

—Quedará dentro de estas cuatro paredes —prometió.

—Muy bien —dijo Breckinridge—. Tenemos impresas algunas circulares acerca de un supuesto concurso. Este concurso es absurdamente fácil y un hombre no puede resistir tomar parte en él. En cincuenta palabras o menos, tiene que decir por qué le gusta cierto producto. Enviamos un sobre de negocios impreso y una forma; para llenarla, las personas que toman parte tienen que sentarse por un momento, escribir cincuenta palabras, doblarla, meterla en el sobre y salir a depositarla al correo. No tienen absolutamente nada que perder y en cambio sí tendrán la oportunidad de ganar toda suerte de premios brillantes.

—¿Quién otorga esos premios y quiénes son los jueces? —preguntó Bertha.

Breckinridge sonrió.

—Las formas para el concurso son enviadas por correo en un número muy limitado, señora Cool. En realidad las enviamos solamente a personas que están haciendo reclamaciones falsas contra la compañía y cada una de esas personas que envía sus formas llenas, gana un premio.

Las cejas de Bertha Cool se arquearon.

—El premio es siempre el mismo —continuó Breckinridge—. Enviamos a los agraciados, en calidad de huéspedes con todo pagado, al rancho «Butte Valley Guest», en Tucson Arizona.

—¿Y por qué tiene que ser ese rancho en particular? —pregunté.

—Porque la patrona, Dolores Ferrol, tiene una iguala con nosotros. Y, además, porque la rutina es tal, que si las personas que enviamos no montan a caballo, no tendrán otra cosa que hacer en toda la mañana; y si no juegan al golf, o no pueden nadar ni jugar voleibol antes de mediodía, no tendrán con qué divertirse. Los petimetres regresaran después de montar a caballo, cansados y cubiertos de polvo; la alberca para nadar es muy incitante con su agua fresca y sirven el almuerzo alrededor de ella.

»Ahora veamos esto: originalmente habíamos planeado tener a nuestros detectives listos para inducir a los simuladores a que tomaran parte en las actividades comunes. Pero a los del jurado no

les gustaría esto. Tendríamos que poner a nuestro hombre en el banquillo de los testigos, y al preguntarle su nombre y ocupación, habría de decir que estaba empleado por nosotros como detective y luego proseguiría con el relato de lo que allá había ocurrido, enseñando las películas tomadas al reclamante zambulléndose en el agua, jugando al golf o montando a caballo.

»Entonces, el abogado del demandante le haría un amplio interrogatorio y algunos de esos abogados son notablemente listos. No contarían con muchos recursos para la defensa, debido a que las películas demostrarían que teníamos contra él todas las pruebas, por lo que interrogarían al testigo de esta manera:

»—¿Está usted empleado en la Compañía de Seguros All Purpose?

»—Así es.

»—¿Y fue usted allí con la deliberada intención de persuadir al demandante a que tomara parte en toda clase de actividades físicas a fin de que pudiera ser tomado en película?

»—Sí, señor.

»—¿Y la compañía de seguros pagó todos sus gastos, además de un salario? ¿Y usted espera que le sigan pagando ese salario mientras los servicios que le preste sean satisfactorios?

»—Sí, señor.

»—¿Y usted fue a ese rancho antes de que hubiera visto al demandante, con objeto de inducirlo y hacer que cayera en esa trampa?

»—Así fue.

»—Usted no sabía la naturaleza ni el grado de sus lesiones. También desconocía el dolor que le causaba el intento de volver a ser una persona normal. Deliberadamente lo impulsó a tomar parte en todas esas actividades físicas y le fingió amistad. No tuvo usted ninguna consideración por el dolor y angustia que torturaba su cuerpo lastimado. El único propósito que usted tenía era obtener sus películas para enseñarlas a este jurado. ¿No es verdad? —Echó Breckinridge los brazos al aire y prosiguió—: Bueno, por supuesto que eso hunde el caso del demandante en lo que realmente concierne al juicio contra nosotros, pero las simpatías del jurado están todavía con él. Están convencidos de que nuestro juego es sucio y le otorgan simplemente un premio de consolación

sentenciándonos a pagar una cantidad mínima. A nosotros no nos gusta eso porque perjudica nuestras relaciones públicas. Lo que queremos es educar a los jurados hasta el grado de convencerlos de que los simuladores son unos estafadores sin escrúpulos. Y ahora, Lam, aquí viene su papel. Helmann Bruno ya cayó en el garlito de esa competencia. Nos envió las cincuenta palabras y le hemos notificado por telegrama, por supuesto, utilizando el nombre de esa corporación fantasma que patrocina el concurso, que se ha ganado un viaje con gastos pagados durante dos semanas, al rancho "Butte Valley Guest".

—¿Y en qué lugar queda la esposa? —inquirí. Breckinridge sonrió.

—Él no mencionó a su esposa y tampoco lo hicimos nosotros. Los simuladores nunca lo hacen. Los estafadores siempre, las dejan en casa. Si un tipo escribe y nos dice: «Muy bien señores, he ganado un premio de dos semanas libre de gastos en ese rancho, pero soy un hombre casado; ¿podría reducir el término a una semana y llevar a mi esposa conmigo?». Entonces nosotros le contestaremos que no hay inconveniente y que desde luego haremos un arreglo con él. Todas las probabilidades son de que ese tipo no sea un timador. Pero los hombres casados que deciden inventar alguna excusa a sus esposas para ausentarse en viaje de negocios, cuando en realidad van a ese rancho sin sus mujeres, ésos son los simuladores; no son más que un montón de estafadores inmorales.

«Y, vamos al grano, Lam. Queremos que vaya al rancho "Butte Valley Guest". Dolores Ferrol lo cobijará bajo su ala tan pronto como llegue usted. Tendrá buen cuidado de que tenga todas las oportunidades para divertirse y obtener lo que quiera. Por lo que a costas se refiere, el cielo es el límite. Gaste usted todo lo que crea necesario a fin de obtener buenos resultados. Ahora, Lam, lo primero que necesita es una inspiración femenina».

—¿Puedo llevar alguna conmigo? —pregunté lleno de esperanzas.

—Definitivamente no —dijo Breckinridge—. Ésos son los errores que hemos cometido con anterioridad. Enviamos a un par con sus mujeres, y los abogados de los demandantes los utilizaron para la defensa.

—¿De qué manera? —preguntó Bertha.

—Bueno, tomemos al que era casado —repuso Breckinridge—. Llama el defensor al testigo para interrogarlo y en pocas palabras le pregunta:

»—Usted utilizó deliberadamente a su esposa como carnada para colocar al demandante en la posición que usted quería, ¿no es así?

»Y con el soltero, diría el abogado:

»—Usted estuvo en ese rancho durante dos semanas con una mujer que no era su esposa. Por supuesto, tomaron alcobas separadas, ¿o no fue así?

»Contesta el tipo que así había sido y entonces el abogado le dice con desdén:

»—Ustedes fueron allá juntos, estuvieron juntos, regresaron también juntos y durmieron en extremos opuestos en ese hermoso rancho, ¿verdad? Dígame usted con exactitud hasta qué punto estaban separadas esas alcobas. ¿A unos cien metros de distancia? ¿Sólo a cincuenta?

»Y termina con una observación como ésta.

»—Un corredor de pista puede cubrir cincuenta metros en cinco segundos. ¿Cuánto tiempo le llevó a usted?

»No, ya no queremos que ocurra eso. Queremos un detective para mantenerlo al margen hasta donde sea posible. Entablará amistad con alguna muchacha extraña que se encuentre allí, y se las arreglará para que el simulador sea incluido en el grupo y provocar alguna rivalidad con él para inducirlo a que empiece a exhibirse. Él tratará, de demostrar lo fuerte que es, hará alarde de su hombría de sus facultades atléticas.

—¿Y todo eso se tomará en película? —pregunté.

—Todo eso será tomado en películas —afirmó Breckinridge—. Cuando filmemos, mantendremos al detective tan oculto como sea posible. Hacemos hincapié en que la mujer joven era una que estaba allí en plan de vacaciones y que el simulador estaba tratando de exhibirse ante ella. Eso no le importará al jurado, por el contrario, se divertirán al saberlo, y de esa manera no tendrán la impresión de que todo fue preparado. Por supuesto, quizá resulte de los interrogatorios que *usted* estaba a nuestro servicio, pero será solamente como un observador. Usted no colocó ninguna trampa; simplemente observaba. Aún más, con un poco de suerte ni siquiera tendremos necesidad de pre sentarlo. Lo mantendremos fuera del

juicio y descansaremos nuestros testimonios en otros, en aquéllos cuyos nombres usted nos proporcionará.

—¿Y con respecto a la muchacha? —le pregunté.

—Bueno —dijo Breckinridge—, como a usted, la mantendremos oculta hasta donde sea posible. Usaremos en la cámara un lente de largo alcance y reduciremos el campo, para que los del jurado simplemente tengan una idea vaga de la muchacha y entonces tendremos a nuestro demandante exhibiéndose. Si podemos conseguir a una chica como de veinte años y que, como en este caso, nuestro hombre es de unos diez a quince años mayor que trata de atraerla, entonces los miembros del jurado simplemente se dirán: «Pero ese viejo rabo verde, ¿a quién cree que está engañando?».

—¿Ya han tenido ustedes éxito con esa técnica?

—Apenas la pondremos en práctica, Lam, pero conocemos la psicología de los jurados. Esa variación tendrá efectos mágicos. Repito, si somos afortunados, no habrá necesidad de presentarle. Nunca tendrá que ser llevado al banco de los testigos. Este sistema romperá los corazones de los abogados que defienden a los demandantes que llevan esos casos sobre la base de un porcentaje de lo que se obtenga en la reclamación, y que calculan que pueden convencer a un jurado para que emita un veredicto sentenciándonos a pagar un premio de consolación de diez mil o quince mil dólares en casos en donde todas las pruebas les son contrarias.

—Sería bueno que me pusiera usted al tanto de todos los hechos en este caso de Helmann Bruno —le advertí.

—Ya le dije a usted, Lam, que tenemos que admitir la responsabilidad, aunque por supuesto, el demandante no lo sabe y también lo desconoce su defensor. En efecto, quizá Bruno todavía ni siquiera tenga un abogado. Nuestro asegurado, Foley Chester, tiene aquí un negocio de importaciones, y viaja con mucha frecuencia; algunas veces en avión y otras en automóvil. Tuvo que hacer un viaje a Texas y se fue en su auto a El Paso para hacer una transacción. Después continuó hasta Dallas. Durante su estancia en esa ciudad iba manejando en medio de un tráfico verdaderamente endemoniado y todo parecía ir muy bien, hasta que se distrajo un momento debido a que en un aparador, algo le llamó la atención; cuando volvió la mirada al frente, se dio cuenta de que el automóvil que iba adelante del suyo se había detenido y, a pesar de que frenó

rápidamente, no pudo evitar el golpe.

»Los automóviles casi no sufrieron ningún daño, porque las defensas amortiguaron el choque, pero Helmann Bruno reclama que su cabeza fue sacudida violentamente hacia atrás y que en aquel momento tuvo una sensación peculiar de mareo, al que no dio entonces gran importancia. Chester y Bruno intercambiaron sus direcciones y éste dijo que no creía estar lastimado, pero que consideraba necesario que lo viera un médico. Chester aceptó la sugestión y, como un tonto redomado, le aseguró que podía estar tranquilo, pues él aceptaba su responsabilidad, ya que por un segundo se había distraído, retirando la mirada del tráfico.

»Hemos alegado, por supuesto, que Bruno detuvo su automóvil de manera repentina, sin hacer la señal adecuada y sin ningún motivo aparente. Pero los hechos reales son que no sabemos si hizo esa señal o no. Las luces de sus frenos, según nos ha asegurado Chester, funcionaban normalmente. Bruno hizo su alto a una distancia aproximada de treinta metros y Chester, que se distrajo mirando a un lado, siguió caminando y no pudo evitar echarse encima del automóvil que marchaba adelante del suyo. Es una de esas cosas que suceden muy a menudo.

—¿Y qué me dice de las lesiones? —inquirí.

—Bueno, por un par de días no sucedió nada, pero luego Bruno cambió de médico. El primero le dijo que no pensaba que tuviera nada malo, pero el segundo era un gato de diferente camada, y encontró que todo andaba mal. Diagnosticó una lesión en las vértebras cervicales y en seguida envió al tipo a la cama, contrató enfermeras particulares durante las veinticuatro horas del día, y le administró calmantes haciendo mil aspavientos. Para entonces, ya Bruno había sido aleccionado y se quejaba de fuertes dolores de cabeza, mareos, pérdida de apetito y un sinnúmero más de molestias.

—¿Y en realidad perdió el apetito?

Breckinridge se encogió de hombros y contestó:

—Cualquier hombre perdería un buen número de comidas por cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil? —repetí.

—Ésa es la cantidad por la que dice que nos va a demandar.

—¿Y cuánto sería lo menos que aceptaría?

—¡Oh! Probablemente tomaría diez mil; pero el caso es, Lam, que no vamos a pagarlos. Acostumbrábamos siempre a tener arreglos inmediatos en esos casos; pero hemos llegado al convencimiento de que tal política es una simple invitación para que todos los abogados del país acudan apresuradamente, cuando se presente un caso de los llamados lesiones en las vértebras cervicales, cada vez que cualquiera sufra rasguños en la pintura de su automóvil causados por el auto de un asegurado.

—Muy bien —le dije—. Y ahora dígame exactamente qué es lo que usted desea que yo haga.

—Empaque sus maletas, tome un avión para Tucson, vaya inmediatamente al rancho «Butte Valley Guest» y póngase en manos de Dolores Ferrol. Ella se encargará de presentarle a Bruno cuando llegue y, con toda seguridad, ya tendrá una agradable chica ansiosa de conocerlo que estará allí, ya sea contratada o simplemente pasando dos semanas de vacaciones, y a quien le gustaría tener a alguien que la cortejara. Haré usted que Bruno se les una y haga el suficiente teatro para atraer a la muchacha procurando establecer una rivalidad. Ésa es una de las razones por las que queremos que el detective sea, es decir, que no sea…, bueno, no queremos a uno demasiado grande, ni fuerte, ni rudo, físicamente. Queremos uno que tenga atractivo personal y la habilidad suficiente para gustarle a las mujeres, pero sin tener exactamente una figura atlética.

—Usted no puede herir sus sentimientos —dijo Bertha—. Usted quiere un tipo inteligente pero pequeño.

—No, no —repuso Breckinridge apresuradamente—, no pequeño sino simplemente…, bueno, no queremos un hombracho corpulento, porque el simulador tratara de hacer hincapié en las cualidades que él tiene y de las que su rival carece. Si él no puede igualar su inteligencia, tratará de superarlo en el campo de la fuerza física. Es ahí donde entramos en acción.

—¿Cuánto tiempo voy a estar allá? —pregunté—. ¿Tengo que dejar el rancho tan luego como estén en mis manos las películas?

—No —replicó al instante Breckinridge—, usted se estará tres semanas completas. Bruno permanecerá dos solamente, pero usted llegará primero y se quedará un par de días después de que él se haya ido. Investigue todo lo que pueda acerca de él. Queremos saber cuál es su carácter, su pasado, sus aficiones y lo que le

desagrada.

—Muy bien, lo haré con una condición —repuse.

—¿Qué quieres decir con una condición? —espetó Bertha Cool —. El señor pagará nuestras cuotas.

—¿Cuál es esa condición? —inquirió Breckinridge.

—Voy a enamorar a una chica y a ponerla en una situación embarazosa. Si puedo llevar las cosas de modo que parezca que Bruno está simplemente tratando de exhibirse, hasta ahí todo irá bien, pero yo no voy a dejar que el nombre de esa muchacha sea arrastrado en la corte.

—No me gusta su condición —protestó Breckinridge.

—Tampoco a mí —se apresuró Bertha a agregar.

—Entonces consiga otro detective —le dije a Breckinridge.

Se enrojeció su cara y dijo:

—No podemos utilizar a otro. La mayoría de los detectives son corpulentos y cuando confiamos esa labor a los nuestros, contrariamos al jurado.

Bertha me lanzó una mirada fulminante.

Fue una buena oportunidad para guardar silencio.

Los tres lo hicimos.

—Muy bien —dijo al fin Breckinridge—, usted gana; pero quiero que nos haga una buena labor. En el futuro habrá mucho trabajo dentro de la misma línea y nuestra compañía no es despreciable. Hemos llegado a la conclusión de que afecta nuestras relaciones públicas utilizar a nuestros propios detectives en casos como ésos. Por las razones que le he explicado, a los jueces no les gusta. Pero si contratamos a un detective extraño bajo unas bases regulares, entonces a los miembros del jurado no les importará mucho. Es solamente cuando los detectives figuran en nuestra nómina cuando a ellos no les agrada. Utilizar una mujer profesional para esas labores es malo. No tengo inconveniente en decirle, de manera estrictamente confidencial, que en los últimos dos casos, mediante los interrogatorios, los abogados pudieron establecer que las parejas habían tenido más intimidades de las que se necesitaban para plantear esa situación. En uno de esos casos el abogado del demandante, cesó de hablar en favor de él y se dedicó a presentar a nuestro detective escurriéndose entre las sombras en medio de las cabañas del rancho y, por último, le preguntó si también por esas

labores a altas horas de la noche percibía paga por tiempo extra, lo que promovió grandes aplausos. No queremos ya casos como ése.

—¿Cuándo empiezo? —pregunté.

—Esta misma tarde —contestó—. Alójese en ese rancho de lujo. Avísele por teléfono a Dolores Ferrol que tomará el avión en seguida y ella lo irá a recibir al aeropuerto.

—De acuerdo. Empacaré mis maletas y haré la reservación en el avión más próximo.

A manera de despedida dijo Breckinridge:

—Ya hice los arreglos monetarios con la señora Cool y le dejé mi cheque. Lo acompañé a la puerta y lo despedí con una inclinación de cabeza.

Cuando regresé, Bertha no ocultaba su entusiasmo.

—Ése es un trabajo respetable, seguro y conservador —me dijo —. Podremos tener muy buenas ganancias con él.

—¿Acaso no las hemos tenido? —le pregunté.

—Sí, indudablemente —admitió Bertha—; pero lo hemos logrado patinando con los ojos vendados sobre las delgadas capas de hielo de las Cataratas del Niágara. De hoy en adelante esta agencia va a ser empleada por compañías establecidas, compañías de seguros que nos pagarán bien. Los gastos nos serán pagados tan pronto como vayamos haciéndolos. Y no pondremos en juego ni un centavo nuestro.

capítulo dos

CUANDO el avión efectuó su aterrizaje en el aeropuerto de Tucson, pasaba del mediodía.

Al salir por la puerta del campo fue muy notable la presencia de un individuo alto, rubio, que apenas pasaría de los treinta años y usaba un sombrero al estilo vaquero. Sus ojos extraños y azules miraban cuidadosamente a cada pasajero. Había en ese hombre una capacidad indudable que lo hacía distinguirse de toda la multitud congregada a la llegada del avión.

Le dirigí una mirada de inteligencia y se acercó a mí.

—¿Es usted el señor Donald Lam? —me preguntó.

—El mismo.

Unos de los más fuertes dedos con los que jamás me había topado, trataron de hacer pedazos mi mano, la exprimieron dolorosamente, y luego la soltaron. Una ligera sonrisa se extendió sobre la cara maltratada por las inclemencias de la intemperie.

—Me llamo Kramer —dijo—, y trabajo para el Rancho Butte, Valley Guest.

Éramos cerca de cuarenta y cinco pasajeros, y, sin embargo, ese tipo se había fijado en mí sin equivocarse.

—Me imagino que tenía una descripción física —le dije.

—¿De usted?

—Sí.

—¡Diablos, no!, simplemente me dijeron que esperara a un huésped, a un tal Donald Lam, que viene a hospedarse durante tres semanas.

—¿Y cómo pudo usted encontrarme en medio de la multitud? —le pregunté.

Se sonrió y dijo:

—¡Vaya, hombre!, rara vez me falla.

—¿Cómo se las arregla?

—Bueno —me dijo con un ligero acento tejano—. Yo no me fijé en usted, usted se fijó en mí.

—¿Y cómo explica eso?

—Psicología simplemente —dijo—. Me pongo un sombrero de tejano y me coloco al frente; estoy bastante requemado por la constante exposición a la intemperie. Los huéspedes que llegan al rancho saben que alguien tiene que estar ahí para recibirlos y, naturalmente, se preguntan si tendrán alguna dificultad para encontrarlo y si el transporte para el rancho será proporcionado de acuerdo con el horario. Así que me ven, empiezan a mirarme con insistencia y casi puedo oírlos que se dicen: «¡Vamos! ¿Será ése el hombre que vino a esperarme?».

Terminó su explicación y se sonrió.

—Es una buena psicología —le dije.

—Todo el tiempo tiene usted que usarla en un rancho para huéspedes.

—¿La estudió usted? —le pregunté.

—¡Bah! —exclamó con desdén.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Todo —replicó—. Si una persona sabe que usted está utilizando con él la psicología, lo único que se logra es hacer más difíciles los resultados.

—Pero usted me lo dijo —repliqué.

—Usted es diferente. Usted fue quien me preguntó: «¿Cómo pudo encontrarme en medio de la multitud?». La mayoría de la gente dice: «Al momento pude distinguirlo en medio de la multitud, señor Kramer; tan pronto como lo vi supe quién era usted».

Me dejó perplejo.

Fuimos a recoger mi equipaje, lo llevamos a una camioneta de pasajeros que tenía pintada del lado derecho la colina, con un camino que la circundaba, un gran grupo de hombres a caballo que bajaban de ella, y estas palabras en grandes letras: «Rancho Butte Valley Guest». En la portezuela trasera había dibujado un potro cerril y, en el lado izquierdo, una preciosa pintura de un grupo alegre de jinetes alrededor de una alberca, y muchachas con trajes de baño ajustados tendidas al sol.

—Seguro que tienen ustedes a un verdadero artista trabajando

en el rancho —le dije.

—El trabajo artístico deja dinero —me explicó Kramer—. Cuantas veces vamos a la ciudad a comprar provisiones, estaciono la camioneta y notará usted que hay una caja a un lado de la portezuela con un montón de hojas que hablan del rancho, de las cuotas y dan una descripción general. Se sorprendería usted de ver cuántos clientes atraemos con eso. Los turistas que vienen a pasar unas cuantas semanas en Tucson ven esos trabajos artísticos a un lado de la camioneta, toman uno de los folletos y cuando menos nos damos cuenta ya están en el rancho.

—¿Otra vez la psicología? —pregunté.

—Otra vez la psicología —me respondió.

—¿Es usted el encargado?

—No, simplemente trabajo allí.

—Probablemente tenga usted un apodo —le dije—. No le dirán a usted Kramer, ¿verdad?

—No —me contestó con su peculiar sonrisa—, me dicen «Buck».

—¿Para abreviar su nombre?

—Me llamo Hobart, pero no va a imaginarse a la gente diciéndome «Hobe».

—Muchos petimetres pendencieros usan el apodo de «Tex» —le dije.

—Estamos en Arizona —replicó.

—Me pareció advertir en su modo de hablar un ligero acento tejano —insistí.

—Bueno, pero no se lo diga a nadie —contestó dejando las maletas en la parte trasera de la camioneta—. Suba y vámonos.

Salimos de los límites de la ciudad de Tucson y entramos francamente en el desierto, hacia las montañas, rumbo al sureste. Fue un recorrido bastante largo.

Durante el trayecto me fue hablando Buck Kramer acerca del desierto, del paisaje y de la atmósfera saludable, pero no habló nada acerca de su persona, ni tampoco acerca del Rancho Butte Valley Guest.

Al fin cruzamos una gran reja que estaba abierta. Subimos casi tres kilómetros por una ladera para llegar hasta una pequeña meseta al pie de las montañas que, a esa hora, habían tomado un tinte púrpura con las sombras de la tarde.

Estacionó Kramer la camioneta y dijo:

—Llevaré sus maletas a la cabaña, y si usted quiere venir, le presentará a Dolores Ferrol.

—¿Quién es? —le pregunté—. ¿La administradora?

—La patrona —contestó—. Da la bienvenida a todos los que llegan y siempre procura que se encuentren a gusto. ¡Oh, aquí viene!

Sin duda alguna, Dolores Ferrol era un bocado exquisito.

Tendría más o menos veintiséis años, suficientes para ser una adulta, pero lo bastante joven para ser atractiva. Vestía de modo que hacía resaltar sus curvas, y tenía muchas que enseñar, no demasiado grandes ni exageradas, sino suaves. Eran contornos aerodinámicos que inquietarían los pensamientos de un hombre y permanecerían en su memoria, para volver de vez en cuando de modo inquietante, particularmente por las noches.

Sus grandes ojos negros se posaron en mí, al principio con una mirada de sorpresa, y después, fría y calculadoramente.

Me tendió la mano y la dejó en la mía durante un minuto.

—Bien venido a Butte Valley, señor Lam —dijo—. Yo creo que le va a gustar.

Y mientras decía eso, pasó por sus ojos un relámpago de intimidad y le dio a mi mano un ligero y sugestivo apretón.

—Hemos estado esperándolo. Le reservamos la cabaña número tres. Dentro de quince minutos serviremos los cócteles, y la cena estará lista en treinta y cinco minutos. Entonces se volvió hacia Kramer.

—Por favor Buck, lleva sus maletas.

—Al momento —contestó Buck.

—Le enseñaré su cabaña —dijo ella, apoyando delicadamente su mano sobre mi brazo.

Cruzamos el patio rodeando una enorme alberca alrededor de la cual había mesas, sillas y sombrillas de playa. Las cabañas, que en su exterior parecían como si hubieran sido hechas de troncos de madera, estaban situadas en el perímetro del gran patio.

La número tres se encontraba casi al extremo norte de la hilera.

Adelantándose unos pasos, Dolores abrió la puerta y la detuvo para darme paso, pero yo hice una inclinación de cabeza y esperé a que ella entrara primero.

Entró y con un rápido movimiento se volvió hacia mí con espontánea intimidad y me dijo:

—Buck llegará con las maletas dentro de un momento, y no tendremos ahora oportunidad de discutir las cosas, pero más tarde hablaremos. ¿Ya sabe que usted y yo trabajaremos juntos?

—Se me dijo que usted estaría en contacto conmigo —comenté.

—Así será —aseguró brevemente.

Se oyeron los taconazos de las botas de vaquero de Buck, cuando cruzaba el piso de cemento del pórtico.

—Aquí tiene usted —me dijo—. Lo veré más tarde, Lam.

Y se alejó con prontitud sospechosa.

Dolores permaneció junto a mí.

—Va a ser un placer trabajar con usted, señor Lam —y modificando su actitud formal, añadió—: Donald, me llamo Dolores.

—El placer será mío —le dije—. ¿Hasta qué punto estaremos cerca?

—Muy cerca.

—¿Durante cuánto tiempo ha venido usted trabajando en —estos casos?

Se encontraba parada tan cerca de mí, que pude sentir la tibieza de su cuerpo y, para responder a mi pregunta, colocó su dedo índice contra la punta de mi nariz, la oprimió delicadamente y dijo:

—Vamos, Donald, no seas curioso.

Se rió mostrando sus labios rojos entreabiertos y sus dientes de perlas. La atraje hacia mí. Su cuerpo era tan flexible que pareció que se fundía en mis brazos; sin la más ligera vacilación sus labios se posaron en los míos y sentí un ardiente círculo de apasionada promesa.

Un momento más tarde me apartó de sí con gran delicadeza y dijo:

—Nada, nada, Donald. Debes recordar que tienes un trabajo que hacer y que yo tengo también el mío. Pero cuando me gusta alguien caigo de verdad. Tú eres simpático y yo soy impulsiva. Perdona la franqueza.

—Debía pedirte perdón —le dije—. Yo fui el agresor.

—Eso es lo que crees —dijo ella con una franca risa.

Sacó del bolsillo de su vestido un pañuelo desechable y solícitamente limpió de mis labios el lápiz labial.

—Tienes que salir a tomar tu cóctel, Donald.

—No me siento con ganas de tomar un cóctel ahora —le Preferiría estarme aquí.

Con la punta de los dedos acarició mi mano y repuso:

—Lo mismo preferiría yo, pero yo soy la anfitriona, Donald. ¡Vamos!

Apretó mi mano y me guió hacia la puerta diciendo:

—Te presentaré a los huéspedes, pero por el momento espera, porque no hay nadie a quien pudieras utilizar como gancho. Sin embargo, tenemos una reservación para una señorita Doon que tiene que llegar mañana; es enfermera y parece interesante. Es posible que con ella tengas la oportunidad de encontrar lo que quieres. De todos modos, tendrás dos semanas completas y habrá mucho tiempo para que trabajes.

—Y él, ¿cuándo llega? —le pregunté.

—Debe llegar mañana.

—¿Estás enterada de todos los detalles? —inquirí.

Su risa era seductora cuando me dijo:

—Donald, cuando me meto a jugar, conozco todas las cartas.

—¿Por el derecho o por el revés?

—Un buen jugador no necesita jugar con las cartas marcadas —contestó—. Y ahora escucha, Donald; hay algo en lo que tienes que ayudarme. Si mi jefe cayera en la cuenta de que yo estoy trabajando para otras personas me iría muy mal. Vas a tener que guardar mi secreto.

—Generalmente no hablo mucho —le contesté.

—Va más allá que eso —dijo ella—. Tendremos necesidad de celebrar conferencias y a fin de que las tengamos, sin provocar demasiada sospecha ni alborotar demasiado, vas a tener que actuar.

—¿Actuar de qué manera?

—Tendrás que simular que estás tremendamente impresionado conmigo y mientras tú me lo demuestras, yo tendré siempre presente el hecho de que mis obligaciones como anfitriona me tienen que mantener alejada de un huésped en particular. Tengo que jugar ese papel y hacer felices a todos. Tú resentirás a medias esa situación, y te portarás un poco celoso esperando apartarme a un lado, y a solas, cada vez que tengas oportunidad. Piensa un poco en eso que te digo y trata de ver mi punto de vista. Entonces te

darás cuenta de lo que te quiero decir. Yo no puedo dejar que nadie piense que estoy trabajando para otras personas a escondidas.

—¿Quién regentea el lugar? —le pregunté.

—Shirley Gage. Es la viuda de Leroy Willard Gage. Heredó el rancho y administrándolo está ganando más dinero del que ella pudiera haber recibido al venderlo e invertir lo que le hubieran pagado y cobrar intereses. Además, a ella le gusta vivir. Se hace cargo de los huéspedes de edad madura…, bueno, algunos de los…

—¡Vamos, dilo!

—Bueno, yo cuido de los jóvenes en mi papel de anfitriona, y procuro que todos se diviertan juntos, pero Shirley les da a los huéspedes más viejos un poco más de diversión.

—¿Quieres decir que ella se siente solitaria y anda buscando una compañía? —le pregunté.

Dolores se rió y dijo:

—¡Vamos, Donald! Aquí es en donde tomamos los cócteles. Generalmente los limitan a dos por huésped. Los cócteles no son muy fuertes pero son gratis y no están mal. Puedes tomar, ya sea Manhatans o Martinis. ¡Vamos, Donald, entremos!

La sala estaba muy bien iluminada, con vitrinas que contenían artefactos indios, pinturas del desierto y tapetes típicos, extendidos en el piso; tenía el conjunto una auténtica apariencia del Oeste.

Cerca de veinte personas tomaban los cócteles, algunas de ellas en grupos y otras formando parejas.

Dolores, dando palmadas, dijo alegremente:

—¡Atención todos! ¡Aquí está nuestro más tierno recién llegado, Donald Lam, de Los Ángeles!

Me tomó de la mano y añadió:

—¡Vamos, Donald!

Fue una notabilísima actuación la suya. Algunas de esas personas le eran conocidas desde hacía solamente unas veinticuatro o cuarenta y ocho horas a lo sumo, y, sin embargo, recordaba los nombres de todas. Me presentó y pasando al bar conmigo, se encargó de que me sirvieran un cóctel para pasar entonces a alternar con los demás.

Era evidente que gozaba de gran popularidad entre los huéspedes y, sin duda, que era experta en el trabajo de hacerlos sentirse felices; se acercaba a un grupo, entraba en la conversación,

y luego se las arreglaba para dejarlo sin brusquedad, para ir a unirse con otro grupo, siempre con una agradable y musical risa muy femenina.

Usaba el vestido ajustado, de modo que pudiera lucir las curvas de sus caderas, y caminaba utilizando precisa mente el movimiento rítmico necesario en ellas, sin llegar jamás a la exageración. No había en su porte nada rígido ni fingido, simplemente se concretaba a moverse para atraer la atención del hombre.

De vez en cuando algún casado se separaba de su mujer para unirse al grupo en donde hablaba Dolores. En esas ocasiones, siempre encontraba ella una bonita excusa para alejarse en cuestión de segundos, y se mezclaba a un grupo distinto o quizá se dirigía a la esposa que el hombre había dejado para charlar animadamente con ella.

La gente hablaba conmigo, inquiriendo cuánto tiempo intentaba permanecer allí y me hacía preguntas acerca de mis ocupaciones. Esas preguntas no llegaban al punto de ser persistentes pero sí reflejaban una leve curiosidad. La edad de la mayoría de los huéspedes sería entre los treinta y cinco y sesenta años. Casi todos usaban pantaloncillos cortos, y por un lado y por otro se veía la cara roja de un recién llegado que proclamaba haber estado expuesto mucho tiempo a los rayos del sol.

Las pláticas generalmente se desarrollaban alrededor del clima.

Algunos de ellos procedían del Medio Oeste y hablaban de tempestades de nieve; otros, que vivían en la costa, mencionaban la neblina y el humo.

Terminaba mi segundo cóctel cuando sonó una campana y nos preparamos para la cena.

Ya Dolores me había reservado un lugar en la mesa ocupada por un financiero de Kansas City, su esposa y una artista que tendría unos treinta años.

Nos sirvieron una cena muy substanciosa; exquisitas costillas de res, papas al horno, pan francés, rebanadas de cebolla, ensalada de verduras y postre.

Cuando terminamos, algunos empezaron a jugar a las cartas. Bridge, gin-rummy y póquer. Este juego era un maratón, en el que las apuestas eran bajas, pero cada jugador trataba de demostrar su superioridad.

El conjunto era agradable.

Se podían ordenar bebidas y las cargaban en la cuenta. La artista frente a la cual había yo estado sentado durante la cena, monopolizó mi tarde. Quería hablar de pintura, de arte creador; acerca de la amenaza del arte moderno; mencionó la decadencia de todos los tipos normales del arte y ensalzó los paisajes del Oeste.

Era una viuda solitaria, rica y frustrada. Hubiera podido ser un excelente gancho para un simulador, pero había demasiada intelectualidad en ella.

Las películas tomadas a un hombre con una lesión en las vértebras cervicales zambulléndose en el agua después de arrojarse de una plataforma de diez metros de altura, sólo con el fin de impresionar a una jovencita metida en un diminuto traje de baño, impresionarían a un jurado, pero las películas de un tipo que estaba sentado en una silla de lona, al lado de una alberca, y discutiendo de arte con una mujer madura no tendrían la menor influencia sobre los miembros del jurado.

La estudié, así como a las otras mujeres que había entre los huéspedes y estuve de acuerdo con Dolores en que, por el momento, no había nada apropiado para atraer la atención de nuestro simulador.

El nombre de la artista era Faith Callison. Me dijo que obtenía sus bosquejos con una cámara y usando película de color. Tenía una colección de transparencias que más tarde reproduciría en sus pinturas durante el invierno en su estudio privado, en donde no sería importunada o distraída por otras personas.

—¿Y no ha vendido alguna vez sus fotografías o sus pinturas? —le pregunté.

Me miró con repentino y agudo interés.

—¿Por qué me pregunta eso?

En realidad yo simplemente había estado tratando de seguir la conversación, pero había algo en sus modales que me impulsó a reconsiderar la situación.

—Según lo que me dice —contesté—, pienso que usted utiliza una cantidad enorme de película. También a mí me gustaría tomar fotografías, pero el costo del material es un factor que tendría que tomar en cuenta.

Corrió rápidamente la mirada por el salón y se inclinó hacia mí,

pegando casi su cara con la mía.

—¿Sabe usted señor Lam?, ésa es la cosa más extraña que jamás me haya sucedido; el que haya usted puesto el dedo en ese asunto, de la manera que lo hizo. En realidad algunas veces, sí vendo mis fotografías y mis películas. Por ejemplo, el verano pasado. Llevaba conmigo mi cámara de ocho milímetros equipada con lente de acercamiento. Tomé películas de personas que se estaban divirtiendo y más tarde les pregunté si querían algunas copias. Naturalmente que no estaba yo vendiendo mis películas de casa en casa ni cosa semejante. Simplemente lo hacía aparecer como si las hubiera tomado al acaso, brincando de una escena a otra. Pero si vendí una buena cantidad de ellas.

—¿Se las vendió usted a personas que no tenían sus propias cámaras? —le pregunté.

—No —contestó—. La mayoría de las ventas las hice entre gentes que tenían sus cámaras. En un lugar como éste, una persona trae su cámara de películas, porque tiene el deseo de regresar a casa con las impresiones del lugar. Quiere enseñarles a sus parientes y amigos del Este lo que es un rancho natural del lejano Oeste. Por supuesto, es explicable que si siempre están tomando fotografías y películas, naturalmente que no pueden aparecer en ellas. De modo que les encanta tener algunos metros de filme en los cuales aparezcan ellos con un fondo en color.

—Entiendo —le dije pensativo—. Entiendo que usted ha madurado el negocio.

Ella asintió.

—¿Algunas ventas en grande? —le pregunté.

Nuevamente me miró con curiosidad.

—Bueno…, sí. Tuve dos grandes ventas. Una de ellas fue a una compañía de seguros. Quería película de cierto hombre brincando desde la plataforma de clavados; y la otra fue una de las más peculiares órdenes que he recibido. Fue un abogado de Dallas. Me pidió una copia de cada uno de los centímetros de película que hubiera tomado durante mis vacaciones aquí en el rancho; ¡de cada uno de los centímetros! Por eso regresé este año. Obtuve suficientes ganancias en aquella venta como para sacar todos mis gastos de estas nuevas vacaciones.

—¡Caracoles, vaya que es usted lista! —exclamé.

Entonces, bruscamente, cambió el tema y continuó hablando de arte. Me di cuenta de que sentía cierto temor de haber hablado demasiado en tan poco tiempo.

Me dijo que se estaba especializando en pintar rostros y que el mío era muy interesante. Quería saber algo de mi vida. Le expliqué que yo era soltero, que había estado demasiado ocupado para casarme, y que, por el momento, preferiría irme a descansar. Me disculpé y me dirigí a mi cabaña para meterme en la cama.

El silencio del desierto era como una suave cobija. El aire puro y claro era una bendición y dormí como un tronco.

capítulo tres

A las siete y media de la mañana siguiente se oyó sonar un triángulo de hierro. A las siete cuarenta y cinco un chamaco indio con una chaqueta blanca me trajo un jugo de naranja. A las ocho llegó el café, y Dolores tocó a mi puerta.

—Buenos días, Donald. ¿Cómo dormiste?

—¡Muerto para el mundo! —contesté.

—Los viajes para el desayuno salen a las ocho y media, pero si quieres puedes desayunarte en el comedor a cualquier hora.

—¿Qué distancia hay que recorrer en esos viajes?

—Emplean unos veinte minutos —contestó—. Estimulan tu apetito. La carreta del rancho se encuentra allá arriba y el café está listo en el fogón. Cuando la pandilla se acerca, el cocinero empieza a preparar los huevos con tocino y pan tostado, panecillos horneados al estilo holandés, jamón asado, salchichas o cualquier cosa que quieras.

—Es mucho para los caballos, ¿no te parece? —le pregunté.

—¿Qué dices?

—Hacen que los huéspedes suban mucho de peso.

Se rió con ganas.

—A los caballos les encanta. Tienen que esperar y observar mientras los petimetres, quiero decir los huéspedes, se alimentan.

—¿Los petimetres? —le pregunté.

—¡Cielos, no! —dijo ella—. Solamente entre los mozos. De otra manera todos son invariablemente huéspedes.

—Estoy listo para salir —le dije—. Me resuelvo por el viaje a caballo.

—Así pensé que lo harías.

Me dirigí hacia donde estaban ensillando a los caballos.

Ella iba a mi lado. No pude evitar un par de veces que su cadera

se frotara contra la mía. Me dirigió una significativa mirada y me dijo:

—Nos vamos a ver mucho durante la temporada de vacaciones, Donald; éste es un empleo estable, ya lo sabes. Después de Helmann Bruno, habrá otros.

—¿Muchos otros?

—Así lo creo. Será toda una procesión.

—Quizá aprenderé a montar.

Nuevamente me miró de reojo.

—Quizá aprendas un montón de cosas —dijo ella—. Tendrás una bonita oportunidad para educarte liberalmente.

Llegamos a donde estaban los caballos y Buck Kramer me miró de arriba abajo.

—¿Qué clase de caballo quiere usted, Donald?

—Cualquiera que le sobre —le contesté.

—¿Quiere usted uno brioso?

—Atienda primero a los otros huéspedes; yo me conformo con lo que quede.

—Tenemos de todas clases.

—Deme lo que quiera.

—Hay una yegua que ya fue ensillada; móntese y pruebe las riendas.

Me monté y dejé caer todo mi peso sobre los estribos apoyándome en las puntas de los pies. Cambié mi posición de derecha a izquierda, luego de izquierda a derecha y entonces me senté a la mitad de la yegua. Delicadamente tiré de las riendas haciendo volver al animal hacia la izquierda, después hacia la derecha y desmonté.

—¡Estupendo! —le dije a Buck—. Riendas y estribos me vienen bien.

—Riendas y estribos le vienen bien, pero la yegua no —replicó Kramer.

—¿Y por qué?

—Usted merece una cabalgadura mejor.

Hizo una señal con la cabeza a un chamaco del establo, levantó la mano señalando con el indice y un minuto más tarde el mozo regresaba tirando del bozal de un caballo tan brioso que al caminar parecía que lo hacía sobre vidrios puntiagudos.

En un momento lo ensilló Kramer y me dijo:

—Tómelo usted, Lam…, ¿en dónde aprendió a montar?

—Yo no sé montar, simplemente me siento sobre la silla —le contesté.

—¡Diablos, no mienta! Usted es grande montando. Este caballo tiene la manía de agacharse un poco. No lo hace porque tenga miedo, sino simplemente por hacerse el gracioso y darle más emoción al jinete. Cuando lo haga levántelo, pero no demasiado.

—Muy bien —le dije.

Llegaron los petimetres y a la mayoría de ellos hubo que ayudarlos a montar. A las ocho y media partimos. Cabalgamos a lo largo de una carretera de tierra, pero había marcas de caballos en el centro y rodadas de carretas a los lados. Subimos por una cañada en donde se oscurecía la luz del sol, y todo se veía sombrío. Buck iba a la cabeza del grupo y le imprimió a su caballo un ligero galope.

Los petimetres trataban de mantenerse a su lado, algunos de ellos pretendiendo sujetarse a la panza del caballo, apretando las rodillas y los talones; otros simplemente saltaban en la silla y también había quienes con una mano sujetábamos las riendas y con la otra nos aferrábamos a la cabeza de la silla. Muy pocos de ellos sabían en realidad montar.

Un par de veces Buck se volvió para mirarme y lo vi observarme cuidadosamente.

Mi caballo era ligero de cascos. Podía uno sentarse en el centro de la silla y era como cabalgar en una mecedora.

Durante diez o quince minutos rodeamos las orillas de un arroyo seco, y luego llegamos a un camino plano. Había allí vallas y diversos obstáculos para competencias ecuestres, al borde de la planicie y, en el centro, una carreta con la parte posterior descubierta y un mexicano entrado en años, de pelo blanco, con un gorro de cocinero a media cabeza y una chaqueta blanca, vigilando una hornilla grande de carbón sobre la cual asaban las carnes; docenas de cacerolas con frituras y tres o cuatro muchachos mexicanos que actuaban como ayudantes del cocinero. Los huéspedes desmontaron de sus cabalgaduras, algunos de ellos quejándose y caminando con las piernas entumidas alrededor de la hornilla y estorbando al cocinero, para calentarse las manos cerca de las brasas encendidas. Pronto se fueron acomodando en las

bancas de la mesa de día de campo a un lado de la carreta.

Nos dieron café en tazas esmaltadas y en platos de la misma clase sirvieron a elección nuestra, huevos, jamón, tocino y salchichas; también había pastelillos, miel, pan tostado, mermeladas y jaleas. Al finalizar nuestro suculento almuerzo, fumamos cigarrillos y descansamos hasta que el sol traspuso los riscos para inundar con su luz brillante la planicie.

Invitó Buck a algunos jinetes que quisieran seguir cuesta arriba, pero la mitad de ellos eligieron regresar al rancho.

Yo me uní al grupo para seguir a Buck Kramer.

—Viene montando ese caballo maravillosamente —me dijo—. Tiene usted buena mano y él tiene un hocico tierno.

—Me gustan los caballos.

—No es sólo eso —dijo—; usted le gusta a los caballos…, ¿por qué vino usted a este rancho?

—Alguien me platicó, un amigo mío —le contesté.

—¿Quién fue? —preguntó—. Yo virtualmente recuerdo a casi todos los que han estado aquí.

—Un individuo apellidado Smith —le dije—. Yo no lo conocía muy bien, lo encontré en un bar una noche. Acababa de regresar de aquí, bien tostado por el sol, y me platicó de las estupendas vacaciones que había disfrutado.

—Comprendo —fue todo el comentario de Kramer.

El camino para carretas iba cuesta arriba siguiendo una cañada, circundaba una meseta bastante alta, torcía a la izquierda, llegaba hasta un punto elevado desde donde se podía dominar el desierto hacia el sur y el oeste, y en dirección norte podían verse las altas montañas. Bajaba después una inclinación muy empinada que provocó un montón de gritos de las mujeres y ocasionalmente una voz masculina gritaba: «¡Ho, ho, cuidado, cuidado, muchacho, cuidado!».

Se volvió Kramer en su silla para mirarme, haciéndome un par de guiños.

Le solté al caballo la rienda para dejarlo que bajara un poco la cabeza y pudiera asegurar las patas en la pendiente tan pronunciada. Así continuamos, divirtiéndonos Kramer y yo con aquellos malos jinetes, hasta el fondo de la cañada, zigzagueando en algunos tramos por entre los arbustos, y para las once de la mañana

habíamos regresado al rancho.

Desensillamos y fuimos a descansar en las sillas que rodeaban la alberca.

Nos sirvieron café.

La mayoría de los huéspedes fue a zambullirse en el agua.

Apareció Dolores en traje de baño muy ajustado que se pegaba a su cuerpo como la piel a una salchicha.

—¿Vienes conmigo, Donald? —me preguntó.

—Quizá más tarde.

Se agachó y metió la mano en el agua de la alberca salpicándome la cara.

—No lo dejes para más tarde. Hazlo ahora —me dijo y echó a correr con la ligereza de un venado.

Fui a mi cabaña para ponerme el traje de baño y en Cuestión de minutos salí para zambullirme.

Dolores nadaba en el extremo opuesto de la alberca, pero después de un momento se acercó a mí.

—No eres muy grande, pero ciertamente estás bien formado, Donald —me dijo apoyando su mano derecha sobre mi hombro desnudo.

—Hablando de bien formado… —le dije mirándola.

—¿Sí? —preguntó, y los dedos de su mano derecha dejaron una huella de fuego sobre mi espalda desnuda.

Se alejó inmediatamente nadando y hablando a una mujer gorda como de cincuenta años que torpemente trataba de nadar alrededor de la alberca; minutos después dirigía miradas coquetas a uno de los hombres, pero casi inmediatamente nadó cerca de la esposa para pasar unos minutos con ella.

Después de un par de clavados desde la plataforma, salí para echarme en uno de los tapetes de fibra y dejar que el sol ardiente penetrara en mi piel. Entré a tomar una ducha y salí a sentarme a una de las mesas.

Dolores se acercó y me dijo:

—Melita Doon estará aquí a la hora del almuerzo. Llegó en el avión de la mañana y Buck fue a recogerla.

—¿Sabes algo acerca de ella? —le pregunté.

—Lo único que sé es que es enfermera y que tiene un poco más de veinte años. Pienso que te será útil.

Se oyó la voz de uno de los hombres que gritaba:

—Oiga, Dolores, enséñele a mi esposa cómo nadar de espaldas, ¿quiere?

—Por supuesto —respondió ella inclinándose y por un instante se quedó mirándome a los ojos—. Te veré más tarde, Donald —me dijo con voz acariciante.

Después de eso se convirtió en una perfecta instructora de natación, más tarde fue a corregir los ejercicios para adelgazar que algunas mujeres estaban haciendo, con el afán de deshacerse de unos cuantos kilos en lugares muy visibles. Algunos de los huéspedes se dirigieron a las regaderas y a los vestidores, a fin de arreglarse para el almuerzo.

Cerca de las doce y media llegó Melita Doon. Como lo hacía con todos los recién llegados, fue Dolores Ferrol a darle la bienvenida mientras Buck Kramer llevaba el equipaje a su cabaña. Dolores se las había arreglado para darle la número dos, contigua a la mía.

Cuando pasaron por donde yo estaba me dirigió una mirada de inteligencia y en seguida se volvió hacia Melita Doon mirándola de arriba abajo de la manera como una mujer examina a otra.

Melita era rubia, de unos veintiséis o veintisiete años; no pasaría de un metro sesenta o sesenta y cinco a lo sumo y era perfectamente proporcionada. No tenía un solo gramo de peso fuera de lugar, pero todo lo que tenía, estaba en su sitio, aunque en pequeña escala. Su andar era gracioso, sus piernas esbeltas y aristocráticas.

Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos.

Fue como un relámpago la mirada que me dirigió, e in mediatamente se volvió hacia otro lado, pero pude ver que sus ojos eran color castaño e inquietos. Parecía asustada.

Entonces las dos, después de pasar a mi lado, se dirigieron hacia la cabaña.

Dolores sabía que yo estaría observando sus traseros y exageró el vaivén de sus caderas sólo ligeramente, como para que supiera que ella se daba cuenta de que las observaba.

Aún estaban en la cabaña número dos cuando sonó la campana para el almuerzo.

Nos lo sirvieron en las mesas del patio. Ensalada de frutas, consomé con panecillos calientes y carne de res picada con salsa de tomate.

Mientras yo comía se acercó Buck que caminaba sin rumbo fijo.

—¿Solo? —me preguntó.

Asentí.

Entonces se sentó en la silla opuesta a la mía.

Eso no era lo que yo tenía en la mente. Esperaba que Dolores regresara con Melita para tener oportunidad de entablar amistad con ella, pero no hubo manera de hacer a un lado a Buck sin incurrir en descortesía.

—¿No almuerza? —le pregunté.

—No lo que ustedes comen —dijo Buck señalando mi platillo—; lo hago en la cocina en donde puedo comer un poco más de carne y menos fruta. ¿Le gustó el caballo?

—¡Magnífico!

—Es un buen caballo. No a todos los dejamos que lo monten.

—Gracias.

—No me dé las gracias. El caballo necesita ejercicio; pero usted sabe cómo es eso. Dé un buen caballo a un mal jinete y muy pronto éste seguirá siendo tan malo como era, y el caballo será tan malo como el jinete. La gente no se da cuenta de ello, pero los caballos son muy sensibles al jinete. Los conocen en seguida. En el mismo momento en que usted pone el pie en el estribo y se apodera de las riendas, el caballo sabe si es buen jinete o no. Tan pronto como se sienta usted en la silla y le da la primera señal para que se vuelva a un lado o a otro, ya el animal llega hasta el punto de poder decirle cómo prefiere usted su café, si lo toma sin azúcar o con crema, o con ambas cosas.

Kramer se sonrió.

—Parece que sabe juzgar bien a los jinetes —le dije.

—Hay que conocer el negocio… Por ejemplo, tome al tipo que sale de su cabina luciendo un par de botas nuevas estilo vaquero, un pantalón de montar hecho a la medida, un gran sombrero de fieltro fino y una mascada de seda enredada al cuello. Contoneándose se le acerca y le dice que le gustaría tener un caballo que fuera un poquito mejor que el promedio, porque él odia quedarse a la cola de la procesión. Examina usted al tipo y si se da cuenta de que usa espuelas, lo primero que hace es decirle que una de las reglas del rancho es que los huéspedes no pueden usarlas. Entonces, si observa cómo se las quita, sabrá ya lo suficiente acerca de él y no tendrá

más remedio que darle uno de los más viejos y más seguros caballos del lugar. Ese mismo día le dará a usted una propina de diez dólares y le dirá que le gustaría montar un caballo mejor para el día siguiente porque él tiene una amiga a la que quiere impresionar. Empieza a contarle de todas las aventuras a caballo que ha tenido en Montana, Idaho, Wyoming y Texas.

—¿Y qué hace usted? —le pregunté.

—En primer lugar, tomo los diez dólares y al siguiente día le doy otro de los caballones viejos. Dele usted a ese tipo un buen caballo y terminará desbocándolo o con una gran caída, o simplemente abrazado al pescuezo del caballo sin saber adónde ir.

—Y después de haberle dado los diez dólares, ¿no se ofende porque le haya dado usted otro percherón?

—En cierto modo sí —dijo Kramer—, pero siempre habrá manera de tenerlo contento. Cuando ponga las riendas del caballo en sus manos le dirá usted que se man tenga alerta, que generalmente ese caballo es muy espantadizo y que si se da cuenta de que puede tomar ventajas del jinete, lo hará. Le dirá también que el año pasado tiró a dos y que desde entonces no se había atrevido a darle ese caballo a cualquiera, a menos de que sea un experto jinete. El tipo le da otro billete de diez dólares, y se va a contarle a su amiga toda esta historia; le dice que ése sí es un buen caballo y que quiere tenerlo durante todo el tiempo que esté allí.

Kramer bostezó.

Salió Dolores de la cabaña número dos, permaneció parada en la puerta, se volvió para mirarme y vio a Buck sentado a mi mesa. Entonces regresó al interior de la Cabaña.

—¿Ya comió usted? —le pregunté a Buck.

—No, pero lo voy a hacer en este momento —echó para atrás su silla, me miró y dijo—: ¿Sabe una cosa, Lam? Si no tiene inconveniente en que se lo diga, hay algo peculiar en usted.

—¿Qué es?

—Usted no habla nada —me dijo.

—¿Se supone que tengo que hablar?

—¡Diablos! —exclamó—. La gente viene aquí y suelta la lengua, particularmente los que saben montar. Vienen y me platican de todos los ranchos en donde han estado, las travesías a caballo que han hecho, las miles de horas que han pasado encima de la silla…

¿En dónde diablos aprendió usted a montar?

—Yo no sé montar —le dije—; yo simplemente me siento sobre el caballo.

Gruñó, alejándose.

Tan pronto como se retiró, salió Dolores de la cabaña trayendo a Melita consigo. Se dirigieron hacia la mesa principal, y de pronto, Dolores la tomó del brazo y se acercaron a mí.

—Señorita Doon, permítame presentarle a mi amigo, Donald Lam.

Me levanté de la silla y con una inclinación de cabeza le dije:

—Encantado de conocerla. Sus ojos castaños me examinaron con una franqueza que me pareció descarada.

—¡Hola! —dijo tendiéndome la mano.

Era una mano fría con dedos delgados, pero fuertes.

Se había puesto las ropas de montar, un bonito traje sastre que para ventaja suya hacía resaltar su esbelta figura.

—Es la hora del almuerzo y yo me muero de hambre —le dijo Dolores a Melita Doon—. Mira, Donald, ¿por qué no nos sentamos aquí contigo? Parece que estás solo.

—Eso sería maravilloso —le dije.

Dolores cruzó la mirada con uno de los camareros y le hizo señas para que viniera.

Acerqué dos sillas para las chicas y se sentaron.

—Donald y yo somos muy buenos amigos…, es muy agradable —le dijo Dolores.

Melita me sonrió.

Llegó el camarero y nos tomó las órdenes. Mientras, la atractiva recién llegada me estudiaba con una franca curiosidad, que estaba muy lejos de ser el escrutinio casual de una muchacha en vacaciones.

Sentí un repentino pánico y me pregunté si Dolores no habría recomendado a Melita que tomara sus precauciones cuando la pusiera en contacto conmigo. Dolores era una muchacha a quien no le gustaba perder el tiempo y Melita era una de esas chicas que no pasaban por alto las precauciones. Había veces en las que Dolores podía ser exageradamente precavida.

Estaríamos a media comida cuando llegó Buck Kramer con un mensaje telefónico para Dolores.

—Helmann Bruno llegará en el avión de las tres y media —le dijo.

—Muy bien —respondió Dolores—. ¿Irás a recibirlo, Buck?

—Sí, lo haré.

Cuando Buck le dio el mensaje a Dolores, yo observaba la cara de Melita. Podía haber jurado que hubo un repentino relámpago de pánico ligero en sus ojos. Creí entonces que para disimularlo, bajó modestamente la mirada hacia su plato y se las arregló para jugar con la taza de café hasta que pudo recuperar su serenidad, o hasta que mi imaginación dejó de hacerme jugarretas.

—¿Un nuevo huésped? —preguntó levantando la mirada hacia Dolores.

—Sí, un nuevo huésped —dijo Dolores alegremente—. Todo el tiempo vienen y van.

—Bruno —dijo Melita—, es un nombre poco común. Helmann Bruno, ese nombre me es familiar. ¿Es un escritor? ¿Escribió algún libro o algo?

—No —dijo Dolores—. Fue el ganador de algún premio. Tengo entendido que ganó un concurso que le hizo merecedor a dos semanas de estancia aquí. Debe tener algo en la cabeza, pues de otra manera no hubiera ganado el premio entre todo el rebaño de participantes.

Melita replicó reflexionando:

—Quizá leí el nombre, en relación con cierto concurso. Debe haber sido anunciado en alguna revista o periódico.

—No sabría con exactitud —recalcó Dolores con fingida indiferencia—. Yo me concreto a procurar que las gentes sean felices aquí y no me inmiscuyo en sus vidas privadas.

Melita le dirigió una rápida mirada y nuevamente volvió a estudiar su taza de café.

En ese mismo instante me miró Dolores con extrañeza.

Terminamos de comer y Dolores dijo:

—Bueno, es la hora de la siesta. Todos descansan por un buen rato después del almuerzo, y más tarde algunos juegan al golf y otros nadan. También, probablemente, habrán visto las preciosas canchas de tenis que tenemos. ¿Te gusta el tenis, Melita?

—No —contestó—. Me gusta nadar y montar a caballo, pero fuera de eso soy muy torpe cuando se trata de otros deportes.

Hasta ahí dejé la conversación y me retiré a mi cabaña tratando de hacer ver que iba a dormir la siesta.

capítulo cuatro

ME propuse esa tarde sentarme cerca de la alberca desde donde pudiera ver llegar la camioneta del rancho. Quería una oportunidad para juzgar a Bruno cuando saliera del vehículo sin que se diera cuenta; porque sucede frecuentemente que un simulador se delata por alguna pequeña acción involuntaria, antes de percatarse de que la gente lo observa.

Por allá abajo, en el camino, se vio una nube de polvo y momentos más tarde se hizo visible la camioneta, con Kramer al volante. Describió una curva muy amplia para ir a estacionarse en el lugar de los huéspedes que llegaban.

El hombre que compartía el asiento delantero con Kramer estaba sentado con rigidez.

Salió Kramer primero y rodeó el vehículo para abrirle la puerta al recién llegado.

Echó fuera Bruno una pierna con cautela, después la otra, y en seguida un bastón.

Tomó Kramer una de las manos de Bruno y lo ayudó a bajar de la camioneta.

Allí permaneció con las piernas tiesas, balanceándose ligeramente, y al fin apoyándose con una mano en el bastón y con la otra en el brazo de Kramer, se dirigió hacia la alberca.

Cuando pasaban cerca de mí, dijo Kramer:

—El señor Bruno es un nuevo huésped. Le presento al señor Lam, señor Bruno.

El recién llegado, alto, con la cintura tiesa, con grandes ojos negros, cambió su mirada conmigo, sonrió, tomó su bastón con la mano izquierda, me tendió la derecha, y me dijo:

—Mucho gusto en conocerlo, señor Lam.

—El gusto es para mí, señor Bruno.

—Siento estar tan torpe —dijo—. Tuve un accidente automovilístico y me dejó muy mal parado.

—¿Sufrió alguna fractura? —le pregunté.

Soltó su mano de la mía y se frotó la parte posterior del cuello.

—Lesión en las vértebras cervicales —contestó—. Al menos eso es lo que los médicos dicen. Es una maldita molestia. He tenido unos dolores de cabeza y unos mareos… Vine aquí para tomar un largo y buen descanso. Yo creo que el sentarme bajo los rayos del sol me hará mucho provecho.

Movió la mano derecha para tomar nuevamente el bastón, y pude ver un anillo en ella. Un gran anillo de oro con un rubí en el centro. La sortija era de oro retorcido y daba la impresión de que fuera un trozo de cuerda anudado; el rubí del centro remataba ese gran nudo.

—Por favor sígame, señor Bruno —dijo Kramer con mucha cortesía—. Pasaremos a la oficina a que se registre, y luego lo acompañará a su cabaña. Tengo entendido que usted tiene la número doce. Ahora, camine con cuidado.

—Está bien —dijo Bruno excusándose—. Por el momento tengo que caminar despacio, eso es todo. Esos mareos me vienen de repente.

Apoyándose en Kramer se alejó hacia la oficina.

Apresuradamente venía Dolores Ferrol desde el otro extremo del patio. No alcanzó a llegar antes de que Bruno y Kramer se alejaran, pero estuvo bastante cerca para apreciar la escena.

Tan pronto como estuvo a mi lado me dijo con preocupación:

—¿Qué te parece el espectáculo? Estamos encharcados. Nunca atraparemos a ese tipo.

—Quizá olió que había gato encerrado; de lo que no hay duda es de que nuestra primera movida ha sido nula.

Se quedó ella observándolos y advertí una mirada de frustración en sus ojos. Entonces dijo en una manera desafiante:

—Deja que lo ponga a la luz de la luna, y le acerque algo que lo seduzca y regresará a la vida con más entusiasmo que nunca.

—Pero no enfrente de una cámara de cine —le dije—. Necesitas luz de día para esas películas.

Nos dirigimos hacia la oficina cuando Bruno y Kramer salían. Kramer se lo presentó a Dolores.

Recibió Bruno una de las miradas coquetas de Dolores y ésta le dejó ver el escote en forma de «V» de su blusa.

—¿Reumatismo, señor Bruno? —le preguntó—. Éste es el lugar más apropiado del mundo para alejar los dolores reumáticos.

—Un accidente automovilístico —le explicó Bruno con una gran paciencia—. Sufrí una lesión en las vértebras cervicales. Pensé que éste sería un buen lugar de reposo, pero creo que cometí un error al alejarme tanto de mi médico. Sin embargo, gozaré de todo esto gratis. Me dieron un viaje con los gastos pagados que incluye la estancia aquí durante dos semanas. Gané el primer premio en un concurso.

—¿De veras? —exclamó Dolores mirándolo con ojos de admiración—. Yo siempre tuve deseos de ganar uno de esos concursos, pero finalmente me di por vencida. Simplemente no tengo cabeza para ello.

—En mi caso fue sumamente fácil —dijo Bruno y se volvió hacia Kramer—. ¿Quiere usted llevar mi equipaje?

—Lo llevaré a usted primero para que pueda descansar —replicó Kramer—. Después llevaré su equipaje. Una vez que lo deje a usted alojado regresaré para ver si puedo localizar esa bolsa que se le ha perdido. La compañía de aviación está muy segura de que la traerán en el avión siguiente, y creo que para la hora que yo llegue al aeropuerto ya la tendrán.

—¡Qué fastidio! —exclamó Bruno—. Tienen lo más moderno en aparatos. Hacen grandes diseños, los prueban en túneles especiales, tan pronto como se encuentra usted a bordo le dan un servicio de lujo, pero cuando se trata de manejar a los pasajeros y equipajes en tierra, da la impresión de que están tratando con ganado y utilizan aquellos viejos métodos, cuando los trimotores Ford eran los que abanderaban las flotillas.

Celebró Kramer la crítica.

—Por otro lado, es verdaderamente sorprendente que tengan la aceptación que tienen; las gentes viajan en avión cada día en más numerosas manadas —la voz de Bruno tenía la entonación quejumbrosa del inválido crónico—. Yo tengo mis molestias —agregó—. Creo que solamente veo el lado negativo —torpemente inclinó la cabeza dirigiéndose a Dolores—. La veré más tarde —le dijo.

Y entonces Kramer y él se dirigieron a la cabaña que le habían asignado.

—Nunca me había topado con uno como éste —dijo Dolores.

—El tipo es listo —le dije—, o de otra manera, está en realidad lastimado.

Cuando Kramer regresó me acerqué a él para pedirle que si iba a la ciudad a recoger esa bolsa que había perdido Bruno, me dejara ir con él porque quería comprar algunas cosas.

—Yo se las compraré —me dijo.

—No —repliqué—. Me gustaría comprarlas personalmente. Si no tiene a nadie que regrese con usted, yo puedo…

Me interrumpió Buck, diciendo:

—¡Caracoles! Esta camioneta va y vuelve todo el tiempo. Para eso es, para la comodidad de los huéspedes. En la mañana cuando yo salgo a caballo con los huéspedes, alguno de los otros empleados la maneja. Pero por las tardes hago cuatro y cinco viajes. Vamos, suba.

Ocupé el asiento delantero a un lado de Buck.

—Imagínese a un tipo como ése que viene a un rancho como el nuestro —dijo Kramer cuando arrancó la camioneta—. Pensaría usted que llega a un sanatorio para inválidos.

—Por supuesto —le dije—, él fue premiado con una estancia de dos semanas aquí, como resultado de un concurso.

—Nos llegan de vez en cuando tipos que nos envían porque han sido premiados —comentó Kramer—. Parece que es una compañía que elabora productos alimenticios y que tiene una serie de premios para las personas que pueden escribir las mejores cincuenta palabras, diciendo por qué prefieren uno de sus productos. Yo personalmente nunca me entero de los anuncios, pero hemos tenido aquí varias personas que llenaron esas formas para participar y que ganaron esos premios especiales. Entiendo que algunos de esos premios incluyen un viaje a Honolulú.

—Bueno —le dije—, dos semanas de estancia en el rancho le harán buen provecho a ese tipo.

—De algo estoy cierto —dijo Kramer—; éste no montará a caballo. No tendré que oírlo contarme cómo montaba cuando era chico y cómo una vez tuvo un caballo tan brioso, que era algo más de lo que una persona ordinaria podría montar y tampoco tendré

que aceptar sus sobornos para que le dé un caballo mejor para la próxima excursión. Me tienen hasta el cuello con esas cosas. A cada uno de ellos, el caballo que sea capaz de montar. Si dejara que esos tipos montaran la clase de animales que ellos seleccionan, tendríamos petimetres haciendo agujeros con la cabeza a lo largo de todos los caminos. Bueno, yo considero que todos tenemos nuestros problemas.

Me sonreí con él aprobando sus comentarios.

—¿Qué le pareció el caballo que montó esta mañana? —me preguntó.

—Muy bueno —le contesté.

—Se entendió muy bien con él. Algunos jinetes tienen una mano muy pesada y el caballo lo resiente. Empieza a morder el freno y las riendas, y, finalmente, la emprende contra el jinete. Éste no lo entiende y trata de sujetarlo aún más, y eso es muy malo.

—¿Acaba por tirarlo? —le pregunté.

—¡Cielos, no! ¡Nada de eso! Nunca tendríamos en el rancho a un caballo que tirara a los huéspedes; pero en el caso de ése, simplemente se inquieta, se pone nervioso y regresa empapado de sudor. El jinete ha estado luchando con el caballo, está todo sudoroso y no se ha divertido. Se sorprendería usted al ver cómo los animales entienden esas cosas. Los caballos saben que se ganan la vida al salir a pasear con esos petimetres por las veredas y mientras algunas veces se sienten resentidos, la mayor parte del tiempo tienen un sentido de responsabilidad muy definido. Nunca hemos tenido uno que haya arrojado al jinete en las brechas.

—Debe ser una gran responsabilidad y no es fácil conseguir caballos de esa clase y tenerlos debidamente entrenados le dije.

Sonrió Kramer y me preguntó:

—Dígame una cosa, ¿por qué no dejamos de hablar de mis problemas para hablar un poco de los suyos?

—Yo no tengo ninguno —le dije.

Entramos en el aeropuerto y seguimos platicando, entablando cierta amistad. Kramer no habló de otra cosa, más que en términos generales. En el momento en que yo mencionaba el nombre de un huésped en particular, Kramer se encerraba en un mutismo para cambiar muy pronto de tema. Entiendo que era política del negocio no hablar de un huésped con otro.

Al llegar al aeropuerto llamé a Bertha Cool desde una cabina telefónica.

—Donald —me preguntó—. ¿Cómo va la cosa?

—Todo bien, hasta ahora, salvo que el asunto no parece fácil.

—¿Qué quieres decir?

—Este tipo Bruno, o está realmente lastimado, o es demasiado listo para caer en la trampa que le hemos puesto.

—¿Quieres decir que no pueden rebanar el queso? —me dijo Bertha en son de reproche.

—No se trata de si pueda o no rebanarlo; el asunto es que no sé si haya queso para rebanar. Probablemente el tipo, en realidad, tenga esas lesiones. Voy a llamar a Breckinridge pero pensé que antes sería bueno llamarte para decirte en qué dirección soplaba el viento.

—¡Dios mío! —dijo Bertha—. Él no puede retroceder ahora. Hay tres semanas pagadas para ti y le hemos cobrado sesenta dólares al día por anticipado.

—No voy a aferrarme a ello —le dije—. Yo creo que cuando él oiga mi informe, querrá cambiar su táctica y relevarme del caso.

—¿Relevarte? —se oyó el grito agudo de Bertha—. Ese tal por cual no podrá hacerse para atrás en un trato como el que hicimos.

—Tratemos de demostrarle que no estamos hambrientos de negocios —le dije—. Tenemos otras cosas que hacer.

—Deja que yo lo llame —dijo Bertha—. Yo hablaré con él.

—No —le dije—. Tengo que hacer ese informe personalmente. Simplemente quería que tú supieras. Más tarde me comunicaré contigo.

Ya me había retirado el auricular de la oreja y ella todavía seguía discutiendo, pero la dejé que hablara y colgué el aparato. En seguida llamé a Breckinridge. La suerte estaba conmigo. Tan pronto como le di mi nombre a su secretaria, aquél tomó la bocina.

—¡Hola, Lam! ¿Está usted en Tucson?

—Así es.

—¿Qué le parece el rancho?

—Muy bien.

—¿Hizo usted buenas migas con Dolores?

—Maravillosas.

—Me alegra saberlo —dijo, y después de un momento añadió—:

Parece que tiene algo que decirme.

—Ese tipo Bruno no es de los que se dejan atrapar tan fácilmente —le dije.

—¿No? ¿Por qué?

—El tipo no navega bajo bandera falsa. Llegó en el avión de mediodía y a todo el mundo le dijo que llegaba al rancho porque había ganado un concurso. Que había sido seriamente lesionado en un accidente de automóvil, que tenía una lesión cervical y que iba a guardar un absoluto reposo. Anduvo de un lado a otro con su bastón, apoyándose con la otra mano en el brazo del hombre encargado de los caballos.

—¡Es el mismo! ¡Maldita sea! —exclamó Breckinridge.

—Así es. Lo pensó Breckinridge por un momento y dio un ligero silbido.

—Muy bien, Donald —dijo—, regrese.

—¿Así nada más? —le pregunté.

—Así nada más —repuso—. Vamos a liquidar a ese tipo.

—Simplemente estoy reportándole los acontecimientos. Después de todo, todavía puede estar fingiendo. Habría la posibilidad de que pudiéramos atraparlo en primera base.

—Yo no creo que sea necesario intentarlo otra vez —dijo Breckinridge—. Me alegra que me haya llamado, será mejor que liquidemos. Si él está sobre aviso, esas lesiones cervicales realmente nos pueden salir muy costosas. Simplemente tome el avión y regrese.

—No se precipite —le dije tranquilizándolo—. Déme usted un día más. Quiero medir la situación. Por el momento me concretaba a reportarle a usted lo ocurrido, porque pensé que le agradaría saberlo.

—¡Espléndido, Lam! —me dijo—. ¡Espléndido! Me alegro que haya llamado. No me juzgue mal, Lam; por lo que a ustedes toca, no habrá ninguna diferencia. Lo ajustaremos con la agencia bajo la base de tres semanas de trabajo, pero no creo que valga la pena correr el riesgo si es éste un caso auténtico de lesión cervical, y estamos aún a tiempo de lograr algún arreglo decente.

—¿Puede usted de cualquier manera esperarse un día? —le pregunté.

—Bueno —me dijo, y haciendo una pausa momentánea añadió

—: Sí, esperaremos un día, está bien.

—Tuve la oportunidad de venir a la ciudad y pensé que sería bueno llamarle para decirle qué era lo que ocurría —insistí.

—Lam —me dijo—, estoy disponible todo el tiempo. Considérelo como una regla. Llámeme en cualquier momento en que tengo algo importante que comunicarme, y mi secretaria tendrá instrucciones de localizarme en dondequiera que me encuentre. De manera que llámeme mañana para que me informe de lo que haya hecho.

—Muy bien —contesté.

—No deje de llamarme —insistió.

—Lo haré —le dije y colgué.

Me fui a reunir con Kramer que me esperaba en el restaurante del aeropuerto. Estaba tomándose una soda y un chocolate malteado. La pieza de equipaje que había perdido Bruno llegó como se lo habían anunciado; ya la tenía Kramer en su poder y regresamos al rancho.

Después de los cócteles y la cena algunas parejas comenzaron a bailar. Dolores fue mi pareja. Bailaba de una manera muy íntima y seductora, sin acercarse demasiado a mí.

—¿Le has hecho algunas insinuaciones a Bruno? —le pregunté.

—El hombre es un témpano de hielo —replicó—. Creo que realmente está lastimado, Donald. Éste es un nuevo tipo; nunca me había topado con ninguno semejante. Me dijeron que nunca me enviarían a ninguno, a menos de que estuvieran verdaderamente seguros de que estaría fingiendo. No entiendo cómo pudieron estar seguros acerca de este tipo.

—Quizá no lo estén —le dije—. Probablemente intentaron desenmascararlo encontrándose con una respuesta equivocada.

—¿Vas a continuar aquí, Donald?

—Aún no lo sé, ¿por qué?

—No me gustaría que te fueras, cuando apenas nos estamos conociendo.

—Cualquiera pensaría que yo soy el simulador por la manera en que te expresas —le contesté.

Sus ojos buscaron los míos.

—Me expreso de esa manera porque me gustas —me dijo con un tono de sinceridad.

En ese momento finalizó la música, y Dolores le dio énfasis a sus

últimas palabras aprovechando únicamente una fracción de segundo para estrechar sus caderas contra las mías, haciendo un ligero movimiento oscilatorio. Entonces dio un paso atrás y me miró sonriendo en el momento en que otro de los huéspedes le pedía que bailara con él.

—¿Cómo te las arreglas para no quedar mal con las esposas? —le pregunté.

—Es un arte difícil de dominar —contestó, volviéndose con una sonrisa hacia el que le pedía la pieza.

La observé bailar. Se conducía con toda moderación, sonriendo de vez en cuando a su pareja y volviendo la mirada hacia los otros huéspedes, estudiándolos, como para asegurarse de que se estaban divirtiendo.

Cualquier mujer casada podía darse cuenta de sus miradas y las estimaban. Entendían perfectamente que Dolores estaba cumpliendo con su obligación.

No podía estar seguro aún de Bruno, pero tenía la certidumbre de que Dolores era una mujer joven excepcionalmente lista.

Las actividades en el rancho se desarrollaban apegándose siempre a un horario, de modo que los huéspedes pudieran retirarse a una hora temprana. Solamente dos noches a la semana les era permitido bailar, pero el tiempo destinado para ello era de una hora y cuando cesaba la música se recomendaba a todos que fueran a acostarse temprano.

Otras dos noches a la semana, en un segundo patio, colocaban sillas suficientes en círculo, alrededor de una fogata de troncos de mezquite que encendían y los dejaban consumir lentamente. Los vaqueros entretenían a los huéspedes tocando sus guitarras y cantando canciones del Oeste. Generalmente ese grupo de vaqueros cantantes, iba de rancho en rancho con el mismo fin.

Ocasionalmente se reunían varios grupos similares que venían de otros ranchos y juntos hacían la diversión en grande. Entonces no había huésped que no se entusiasmara con los bailes que se organizaban y las canciones con que los vaqueros los deleitaban.

La idea de todas esas diversiones era de mantener felices a los vacacionistas, pero al mismo tiempo procurar que tuvieran tiempo suficiente para dormir.

Esa noche me retiré temprano a mi cabaña, porque Melita Doon

lo había hecho pretextando un dolor de cabeza, y Bruno también había dado la excusa de sus lesiones para que lo llevaran a descansar.

Algún empleado fue con una silla de ruedas y en ella lo conducían como si llevaran un pato al agua.

Por su parte Dolores se sentía fracasada, pero escondía su fracaso entre la miríada de actividades de una buena anfitriona en una noche social. Sin embargo, había tomado la determinación de desenmascarar a Bruno.

Se las arreglaba para que todos se conocieran entre sí, y que los grupos se alternaran de vez en cuando, a fin de que los huéspedes no llegaran a formar grupos exclusivos que pudieran convertirse más tarde en simples corrillos.

Para ser breve, Dolores era de una competencia indiscutible y sin duda realizaba una labor perfecta, pero estaba ansiosa de hablar conmigo y yo me di cuenta de que quería discutir el caso de Bruno en todos sus detalles.

Por lo que a mí tocaba, yo no tenía ningún caso que discutir, al menos por el momento, y antes de que fuera a verme envuelto con Dolores quería estar definitivamente cierto acerca de Melita Doon. Había algo en esa muchacha que me molestaba.

Bostezando con grandes aspavientos, me dirigí rumbo a mi cabaña, y casi al instante Dolores se puso a mi lado.

—¿Te retiras, Donald?

—He tenido un día pesado —le contesté.

Se rió incrédula.

—No trates de engañarme; tú eres uno de esos tipos de mucha resistencia, capaz de soportar una docena de días como éste; ¿o acaso te da miedo la noche?

Cambié el tema para hablar de lo que a mí me interesaba.

—¿Qué pasó con Melita Doon? —le pregunté, y sin darle oportunidad para que me contestara continué—: Me parece que ella no es de esas locas que se mueren por montar a caballo, ni que venga a refugiarse en este rancho perdido en el desierto para sacar fotografías a colores. ¿Por qué está aquí?

—Maldita la gracia que me hace tu pregunta —replicó Dolores —. He visto toda clase de tipos, diferentes todos, créeme; pero esa muchacha me tiene desorientada. Acabas de clasificar a los tres

tipos de los que vienen aquí; estoy de acuerdo. La primera clase, son las amantes de los vaqueros y esas chicas literalmente se arrojan en brazos de los bravucones de a caballo. Éstos se aburren tan terriblemente de la vida, que no importa que una hermosa mujer se desnude delante de ellos; lo que hacen es bostezar y volverles la espalda para ir a ensillar sus caballos. En segundo término mencionaste a las amantes de los caballos. Nuestros hombres de a caballo la pasan bien con ellas, mientras no crean que saben más que ellos. Si esas muchachas de verdad son aficionadas a los caballos y les gusta montar, entonces nos preocupamos por darles buenas monturas y fácilitarles la diversión. Y por supuesto, también vienen las verdaderas amantes de la fotografía, las artistas y la gente que ama la soledad y los vastos espacios del desierto. No pueden huir de sí, pero aquí encuentran la mayor proximidad a ese afán. Vienen y se concentran en sí mismas.

—Bueno —comenté—, entonces Melita Doon ha venido a concentrarse en sí misma. ¿La catalogas dentro del último tipo? ¿Crees que ella es una de las que buscan la soledad y viene a refugiarse en el rancho para encontrarla? Dolores movió la cabeza.

—Esa chica no. Hay algo en su mente que la preocupa. Ella está aquí por…; de cualquier manera. Donald, creo que vino aquí con algún propósito determinado.

—Yo tengo la misma impresión —le dije.

—Bueno —repuso—, se aloja en la cabaña contigua a la tuya y ya te he visto bostezar tres veces durante los pasados quince minutos. Pensé que quizá la esperanza de…, bueno —se rió maliciosamente.

—Alguien tuvo que haber puesto alguna droga en mi café, Me tengo en pie como un muerto. Mañana nos veremos, Dolores.

—¿Mañana? —preguntó.

Me encaré con ella.

—Tienes aquí un buen empleo, Dolores.

—He conseguido que lo sea.

—¿Y la paga es buena? —inquirí.

—He logrado que sea buena —repuso al instante—. Sé lo que hago y hago una buena labor. Debido a mí, los huéspedes se van llevándose una mejor impresión del lugar que si yo no estuviera aquí. Cobro por eso y me pagan lo que pido.

—¿Y nadie sabe acerca de ese otro empleo que tienes con la Compañía de Seguros? Adquirieron sus ojos una expresión de burla.

—¿Qué es lo que haces, Donald? ¿Encaminando las cosas a una especie de chantaje?

—Sencillamente no me gusta permanecer en la oscuridad —repliqué.

—Puedes divertirte mucho en la oscuridad…, pero te dejaré concluir —me dijo—. ¿Qué es lo que quieres averiguar?

—¿Cómo conseguiste ese segundo empleo?

—Fue una idea que se le ocurrió al Departamento de Reclamaciones.

—¿Homer Breckinridge? —le pregunté.

—Si eso querías saber, sí.

—Entonces, ¿ha venido aquí?

—Sí.

—¿Cuándo? —continué con mi interrogatorio.

—El año pasado.

—¿Y él te vio trabajando y se le ocurrió utilizar tus servicios preparando este escenario para enviar a los reclamantes, con lujo de ostentación, como ganadores de concursos?

—Sí.

—¿Cuántos te ha enviado?

—No creo que al señor Breckinridge le gustaría que te contestara esa pregunta —me dijo sonriendo.

—Mira, Dolores —le dije—, ambos trabajamos para Breckinridge. Quiero que te des cuenta de que esta conversación tiene el objeto de conservar la armonía de nuestras relaciones y hacernos felices.

—¿Tienes miedo de que pudieras intentar una cacería en los lugares reservados para Breckinridge?

—Ésa es una de las cosas que tenía en la mente. Se quedó un momento pensativa.

—Detesto hacer cualquier cosa que ponga en juego nuestros empleos —continué—. Son muy buenos para nosotros. Breckinridge no es un tonto. Por decirlo así, me envió a tu lado en una corrida experimental… Pero es cierto que ya habías tenido a otras gentes antes que yo. ¿Qué pasó con ellas?

—No sé —contestó—. Jamás regresaron. Fue una misión única.

—Exactamente —le dije de manera terminante—. Yo no quiero ser una misión única. Mañana nos veremos, Dolores.

Vaciló por un momento y entonces dijo suavemente, alejándose:

—Buenas noches, Donald.

La cabaña de Melita Doon ya estaba a oscuras. Hacía media hora que había apagado la luz. Era evidente que no perdía mucho tiempo para meterse a la cama. No era de esa clase de mujeres que tuvieran un largo ritual de tratamiento de belleza antes de apagar la luz.

En este momento eché una buena mirada alrededor de mi cabaña. Tenía un pequeño pórtico, una estancia muy reducida y una alcoba con el baño, Un closet grande, un calentador de gas y, en la parte trasera, otro pórtico no mayor que el de la parte del frente.

La construcción acusaba que durante el otoño y el invierno las noches eran frías y que en un tiempo hubo dos estufas de leña, una en la alcoba y otra en la estancia. El pequeño pórtico de la parte de atrás había sido utilizado para almacenar la leña, y con el advenimiento del gas, habían reemplazado las estufas con los nuevos calentadores y ya no había necesidad de utilizar el pórtico trasero.

La distancia que separaba mi cabaña de la de Melita no era mayor de tres metros. Su alcoba era opuesta a la mía, pero estaba construida de tal manera que lo único que alcanzaba a distinguir era un solo rincón.

No sólo era evidente que Melita se había metido en la cama, sino también que era amiga del aire fresco, porque la ventana estaba abierta y las cortinas ligeramente corridas hacia un lado para permitir la circulación del aire del desierto.

Me desvestí, tomé una ducha y después de ponerme el pijama me deslicé entre las sábanas cayendo dormido al instante.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió cuando desperté con un sobresalto. Algún ruido o algo me despertó.

Una luz brillante iluminaba un rincón de mi alcoba.

Salté de la cama antes de darme cuenta de que la luz era proyectada a través de la recámara de Melita. Ya había dado unos pasos hacia la puerta de mi alcoba, cuando al pararme cerca de mi ventana, alcance a ver el rincón de la pieza de Melita.

Vi primero una sombra y en seguida otra; era indudable que las proyectaban dos personas distintas.

Oí la voz de un hombre, un murmullo agudo e insistente. También percibí la réplica de la voz de una mujer, breve y rápida. Nuevamente la voz del hombre, esta vez como orden perentoria.

Repentinamente apareció dentro de mi ángulo visual, en el rincón de la alcoba de Melita, ella misma en persona.

Llevaba puesto un delgado camisón de dormir y una especie de bata delgada que llegaba al punto de ser transparente.

La mano de un hombre asió una de sus muñecas.

No podía ver al que la sujetaba, únicamente la mano, pero pude distinguir perfectamente un anillo de oro macizo, con un rubí en el centro; eran inequívocos los fulgores rojos que despedía.

No podía jurarlo debido a lo rápido que desapareció de mi vista, pero me pareció que era el mismo anillo que había visto esa tarde en la mano de Helmann Bruno.

Repentinamente la cabaña de Melita Doon quedó nuevamente a oscuras. Considero que no estarían las luces encendidas ni siquiera dos minutos desde que desperté.

Con sumo cuidado levanté mi ventana, pero no pude oír ningún ruido de voces. De puntillas me dirigí hacia la puerta de salida de mi cabaña y la entreabrí para poder ver si Bruno salía y darme cuenta de su manera de caminar; si lo hacía de prisa, normalmente, o aún se servía del bastón para apoyarse.

Cuando habían transcurrido diez minutos sin verle salir, regresé caminando sobre las puntas de los pies hasta la puerta trasera y salí al pórtico para echar una mirada a la otra cabaña.

Era una copia de la mía. Otra puerta trasera y la misma distribución del pórtico. Habría sido perfectamente factible que Bruno hubiera utilizado esa salida para retirarse de la cabaña de Melita, y volver a la derecha en vez de hacerlo a la izquierda, a fin de alejarse de mi alojamiento y permanecer escondido hasta salir al camino de servicio.

Ese camino no estaba pavimentado. Sencillamente era de tierra y lo utilizaban para mover los muebles o provisiones de las diferentes cabañas. No era particularmente muy polvoso porque la tierra en su mayor composición era de granito. Sin ser la tierra suelta, tampoco era su superficie demasiado dura.

Después de vestirme puse en mi bolsillo una lámpara de mano y salí por la puerta trasera. Me deslicé a hurtadillas entre las sombras

hasta llegar al camino de servicio, me quité la chaqueta para atenuar con ella la luz de mi lámpara y me puse a buscar huellas de pisadas en el camino.

No me equivocaba, ni tuve que buscar mucho. Se veían las huellas de los zapatos de un hombre que iban en dirección de la cabaña de Bruno.

No me atreví a seguirlas hasta el final pero sí lo suficientemente lejos para darme cuenta de que el hombre que las iba dejando se encontraba en perfecta salud, pisando normalmente.

Hubo una cosa que no pude controlar y fueron mis propias huellas. En un camino de esa naturaleza cualquier cosa que se mueve deja una huella y un rastreador experto puede identificarla separadamente y seguirla.

Por supuesto que yo podía haber eliminado mis huellas borrándolas con las palmas de las manos, pero eso hubiera atraído más la atención.

A fin de averiguar en dónde ha pasado la noche el grupo de caballos, los vaqueros tienen que seguir sus huellas por las mañanas. Tienen que hacer lo mismo con el ganado y por esa razón no solamente se vuelven expertos en seguir huellas sino también en advertir cualquier cosa que está fuera de lo ordinario.

Volví sobre mis pasos y no hice ningún esfuerzo por borrar mis pisadas. Dudaba mucho que Bruno supiera que alguien había tratado de seguirlo, pero sí sabía que el primer vaquero que cabalgara por ese camino las iba a notar. Si ese vaquero en vez de utilizar el caballo manejara un *yip* o una camioneta de carga no sería capaz de advertirlas. De cualquier manera tuve que correr el riesgo exponiéndome a hacerme sospechoso de andar merodeando detrás de las cabañas.

Me resigné pues a dejar mis huellas, caminé cautelosamente, llegué a mi cabaña, entré y me metí en la cama.

capítulo cinco

ME había dicho Kramer que ellos les daban de comer a los caballos alrededor de las cinco de la mañana. Comenzaban a ensillar poco después de las siete, revisaban los caballos y los preparaban para el paseo matinal que daba principio a las ocho y media en los días normales. Las dos o tres mañanas semanales en que había almuerzo en la colina, los paseos comenzaban más temprano. Para este día no había programado ese paseo y a las seis y media de la mañana paseaba yo por los establos.

Los encargados de los caballos salieron a las seis cuarenta y cinco del comedor en donde habían tomado su desayuno.

Kramer me miró con sorpresa.

—¿Querría usted decirme qué está haciendo tan temprano? —me preguntó.

—La maldición de una indisposición nerviosa —le dije—. No importa lo tarde que vaya a acostarme por la noche, siempre despierto con las primeras luces de la mañana y, tan pronto como abro los ojos, tengo que levantarme y ponerme en acción. En la ciudad, algunas veces, puedo controlar mis impulsos, pero aquí donde el aire es puro, me parece una verdadera lástima desperdiciar horas del día durmiendo.

Sonrió y me dijo:

—Creo que tiene razón. Yo no sé, nunca tuve oportunidad de averiguarlo, pero me gustaría intentarlo algún día. Mire Lam, usted es un excelente jinete y si quiere, le ensillaré su caballo y puede salir solo. A los dos les servirá para que hagan un poco de ejercicio.

—¿A qué hora, sale el primer paseo? —le pregunté.

—Esta mañana el paseo dará comienzo a las nueve. Se volvería usted loco tratando de buscar en qué matar el tiempo si esperara.

—¿Qué hace usted en este momento? ¿Dar de comer a los

caballos?

—No, simplemente los aseamos un poco y los ensillamos, pero yo tengo que ir a la ciudad. He de llevar al señor Wilcox y a su esposa para que tomen el avión de las nueve. Quieren estar en el aeropuerto a las ocho y media, y prefieren desayunarse allá. Me dijeron que aquí sólo tomarían una taza de café.

—Muy bien —le dije—. Iré con usted. Eso me dará algo que hacer.

Se rió Kramer y me dijo:

—Usted es exactamente lo opuesto de la mayoría de los huéspedes que tenemos. Casi todos ellos se presentan rabiando de hambre a desayunar y después vienen a dar su paseo matinal… Muy bien, estaré listo para salir dentro de diez minutos.

—Ocuparé el asiento trasero de la camioneta —le dije—. ¿O quiere usted que le dé una mano con el equipaje?

—No diga tonterías —me contestó—. Si me pescaran dejando que un huésped llevara los equipajes me pondrían de una patada en órbita alrededor de la luna. Puede ir en la camioneta.

Ocupé el asiento trasero.

Los señores Wilcox salieron unos diez minutos más tarde. Era una pareja del Este que llegó al rancho intentando bajar de peso, requemarse por el sol y poder regresar a sorprender a sus amistades haciendo alarde de que dominaban la jerigonza de los vaqueros del Oeste.

Platicando con ellos rumbo al aeropuerto, supe que habían estado en el rancho tres semanas completas; que las botas de vaquero le habían molestado al principio, y que al fin, el señor Wilcox, se había acostumbrado a ellas; en esos momentos juraba que jamás había encontrado botas más cómodas en toda su vida. Juraba, por Dios, que iba a ponerles tacones de hule y que las iba a usar todos los días en la propia oficina.

Me di cuenta del sombrero de ala ancha que usaba y de lo requemado de su cara; y tuve la seguridad de que tan pronto como llegara a su oficina, se las arreglaría para echarse atrás en su silla giratoria y subir los pies en el escritorio para sorprender a sus secretarias y empleados tratando de demostrarles que él era un tipo del Oeste que había tenido grandes aventuras domando potros salvajes.

La señora Wilcox se sentía feliz y no dejaba de mencionar el hecho de que se había liberado de cuatro kilos y aseguraba que se sentía una mujer nueva.

Estaban tan ocupados hablando acerca de ellos mismos, que ninguno de los dos habló respecto de mí.

Tan pronto como llegamos al aeropuerto, fueron a documentar su equipaje y en seguida pasaron al restaurante a desayunar.

Me dirigí a Kramer:

—¿Qué sucedería si yo no volviera al rancho con usted?

—Nada, ¿por qué? Usted tiene buen crédito, ¿verdad, Lam?

—He pagado por adelantado —le dije—, y me gustaría que me reservaran mi cabaña aunque no regresara esta noche.

Me miró Kramer pensativo y después sonrió con indiferencia.

—Ya pensaba yo que había algo de extraño en su inquietud —me dijo—. He visto caballos garañones que actúan de la misma manera.

No hice ningún comentario y fui a preguntar a qué hora salía el siguiente avión para Dallas.

El próximo despegaría en treinta minutos.

Compré un boleto.

Una vez en Dallas pedí una conferencia por cobrar a Breckinridge.

—Todavía no ha hecho usted ningún arreglo, ¿verdad? —fue lo que le pregunté tan pronto contestó a la llamada.

—Aún no, pero en este momento me disponía a hacerlo con un cheque de caja. La operadora me dijo que estaba usted en Dallas.

—Así es.

—¿Y qué diablos está usted haciendo allá?

—Investigando algunos puntos del caso.

—Mire, Donald no quiero malos entendimientos. Si ese hombre tiene una lesión cervical, queremos llegar a un arreglo mientras podamos. Sabemos que no tiene todavía ningún abogado, pero ya nos amenazó de ponerse en contacto con uno. Nos dijo que lo haría si fuera necesario. En una situación como ésa, siempre buscamos un arreglo y rápido.

—Pero aún no lo ha hecho —insistí.

—No, pero hoy mismo voy a enviar a un representante al rancho para que lleve todos los documentos necesarios para firmar; irá

provisto de un cheque de caja y vamos a proponerle a Bruno un arreglo sustancioso.

—Dígale a su enviado que se espere hasta que me comunique de nuevo con usted.

—¿Por qué?

—Encontré algo extraño en esto.

—Podrá haber muchas cosas extrañas, pero tiene una lesión cervical y varios a tener que aceptar la responsabilidad. ¡Santos cielos!, Lam, no tiene usted idea de lo que significa que llegue usted a la Corte y se pare ante el jurado para decir; «Admitimos nuestra responsabilidad. El único problema es determinar los daños».

—Lo sé —le dije—, pero… ¿Cuando sale su ajustador para el rancho?

—Saldrá en el avión del mediodía y llegará a Tucson como a las tres y media.

—Muy bien —le dije—. Dígale que se ponga en contacto con usted desde el aeropuerto; para entonces yo me habré comunicado nuevamente a su oficina.

Insistió Breckinridge:

—Me gusta su energía, Lam, pero considero que está usted exagerando su celo profesional.

—Lo sé —repliqué— y hay una maldita oportunidad de que yo no vaya a ser de su gusto porque soy extremadamente celoso. Ese tipo Bruno, es un chantajista. Más tarde lo llamaré, señor Breckinridge —colgué dándole oportunidad de que pensara.

En seguida llamé por cobrar a Bertha Cool.

—¿Qué diablos estás haciendo en Dallas cuando se suponía que tenías que estar en el rancho? —preguntó.

—Siguiendo una pista especial —le contesté—, y quiero que me investigues unos datos con toda urgencia. Hay una enfermera registrada que se llama Melita Doon. Quiero que me des un reporte completo sobre ella. Particularmente quiero que averigües el nombre de su amante. Investiga en dónde se hospeda; ya sea que viva en el dormitorio de las enfermeras, o si tiene un apartamento; y si lo tiene, me dirás si vive sola o lo comparte con alguna compañera. En fin, investiga todo lo que puedas acerca de ella.

—¿Qué tiene que ver Melita Doon en este caso? —inquirió Bertha.

—No sé, pero quiero averiguarlo.

Gruñó Bertha para decirme:

—¡Dejarte a ti que escarbes en la vida de una mujer! ¿Esa Melita es enfermera registrada?

—Sí.

—Muy bien, me ocuparé de ella.

—No le digas nada a Breckinridge. Yo le informaré de todo lo que él necesite saber.

Sin despedirme colgué el aparato.

Entré en una de las tiendas grandes y compré una licuadora, un destapador eléctrico y una pequeña maleta.

Les quité los precios, metí los dos artículos en la maleta, y compré un periódico matutino para buscar en la sección de ofertas de empleos. Encontré un anuncio en el cual solicitaban un vendedor de primera clase, bien presentado, para vender artículos de casa en casa, en el cual le ofrecían magníficas comisiones.

Me presenté a la dirección que mencionaban y solicité el puesto.

Se trataba de vender enciclopedias.

Les dije que yo podía desempeñar el empleo. Me dieron algunos catálogos de muestras, órdenes en blanco y me dijeron que probablemente podría obtener algún adelanto contra comisiones, pero que mi trabajo sería recompensado estrictamente sobre la base de ventas a comisión.

Yo tenía la dirección de Helmann Bruno, Avenida Chestnit, número 642.

Alquilé un automóvil de las agencias que lo dejan manejar a uno mismo y tomé mi maleta y mis muestras. La dirección que tenía resultó ser una casa de apartamentos, el edificio Meldone, un lugar de bastante buen aspecto.

Un vistazo a los buzones de correo me dijo que Helmann Bruno estaba en el departamento 614.

Subí al sexto piso e hice sonar el timbre.

Después de un momento, abrió la puerta una mujer de buena presencia que tendría unos veintinueve o treinta años de edad.

—¿Es usted la señora de la casa? —pregunté con toda la amabilidad posible.

Esbozó una sonrisa indiferente.

—Yo soy la señora de la casa —contestó—. Tengo una docena de

cosas que atender, y por el momento no me interesa comprar nada. No sé cómo haya podido entrar aquí, porque hay reglas estrictas contra los vendedores ambulantes o agentes de cualquier categoría.

Hizo el intento de cerrar la puerta.

—Estoy aquí para entregarle a usted gratis, absolutamente gratis, su licuadora y su destapador eléctrico.

—¿Mis qué?

—Su destapador eléctrico gratis y su licuadora gratis.

Coloqué mi maleta sobre la alfombra del pasillo y la abrí para que ella pudiera ver los objetos.

—¿Qué quiere decir con que son gratis? —preguntó.

—Gratis —repetí.

—¿Y qué tengo que dar a cambio?

—Nada.

—Vamos, vamos, diga de qué se trata.

Sin perder tiempo, tratando de convencerme yo mismo de que era un buen vendedor, le dije:

—Usted será el cliente número cien mil de la enciclopedia que yo vendo y tengo exactamente quince minutos antes de que ese número me pueda ser arrebatado por otro vendedor. Si puedo hablar por teléfono a la casa matriz para decirles dentro de esos quince minutos, que usted ha firmado, le entregaré a usted gratis esta licuadora y el destapador eléctrico.

Ella se rió y dijo:

—Probablemente sea mercancía barata que no me…

La interrumpí dándole la licuadora.

—¡Véala! Si tuviera que comprarla le costaría sesenta y cinco dólares en cualquier tienda de la ciudad. Es la marca de mayor calidad que se produce.

—Pero, ¿de veras?, ¿y trabaja?

—Garantizada.

—Déjeme ver el destapador.

Se lo enseñé.

Vaciló por un momento y entonces me dijo:

—Pase usted.

La seguí al interior del departamento.

Era un lugar bastante agradable, con un recibidor, una puerta entreabierta que daba acceso a la recámara y una pequeña cocina.

—¿Cuánto cuesta la enciclopedia? —me preguntó.

—En el caso de usted la mitad de su precio verdadero —le respondí.

—Pero no tenemos espacio para una enciclopedia.

—En el mismo precio queda incluido un librero; la obra está impresa en papel delgado y quedará sorprendida por la cantidad de informaciones precisas que contiene. Vea usted, por ejemplo, lo que se refiere a la fuerza atómica y las proporciones del impulso que se necesita para vencer las fuerzas de gravedad. Los científicos hacen mención de la tremenda velocidad y el punto crítico en el cual un proyectil se ve liberado de la fuerza de atracción de la tierra. Yo me doy cuenta de que usted es de esa clase de mujeres que sale y platica con las amistades. Yo no sé qué grado educacional haya usted alcanzado, pero muchas veces tiene sus ventajas el impresionar a las gentes con determinados conocimientos acerca de una fase particular de las actividades científicas que apasiona al público en la actualidad. Mire usted, eche un vistazo a este artículo que se refiere a un satélite colocado en una órbita espacial.

Todavía con cierta duda, dijo:

—Bueno, si la enciclopedia no ocupa mucho espacio y si no cuesta demasiado, siéntese y déjeme mirarla.

Hojeó el catálogo que le había dado con cierta atención.

—Ya ve usted —añadí—. Nuestra enciclopedia está documentada hasta el último minuto en lo que se refiere a precisión científica, pero todo eso está expresado en lenguaje común para que todo el mundo pueda comprenderlo. Después de sentarse a estudiar ese tema por una media hora, podría usted más tarde ponerse al frente de cualquier reunión como cualquier mujer, con un montón de conocimientos científicos en la punta de los dedos.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Tenemos un plan de abonos semanales para cubrir el total en cincuenta y dos pagos fáciles. Cuando vendemos un juego en esas condiciones, no cobramos intereses. Se dará usted cuenta de que nuestra enciclopedia vale lo que pesa en oro. Me quedan solamente siete minutos dentro de los cuales puede usted firmarme el contrato. Si logro que me firme, hablaré por teléfono a la compañía y gratuitamente, sin que le cueste un solo centavo, le entregaré como premio estos artículos que obtiene usted por haber sido nuestra

cliente número cien mil. Por supuesto, no puedo sostenerle la oferta más de los siete minutos, porque hay otro vendedor en la puerta del edificio que probablemente ya tiene otro prospecto, y en el mismo instante en que se venzan mis quince minutos, a menos que haya yo avisado por teléfono que he cerrado la venta con usted, perderé mi oportunidad. Entonces ésta pasa al vendedor número dos, al que también le conceden quince minutos para reportar su venta.

—¿Y entonces?

—Si la cierra, su prospecto recibe los premios, pero si no, entonces la oportunidad pasará al vendedor número tres y así sucesivamente. Según se están vendiendo estas enciclopedias, y con los conocimientos modernos que contienen, probablemente nunca llegará esa oportunidad al vendedor número tres. Si usted no me firma su orden en estos escasos minutos que nos quedan, es casi seguro que el vendedor número dos, probablemente ya tenga en la mano su venta hecha.

—Me gustaría consultar a mi esposo antes de hacer una compra como ésta… Pero, déjeme ver de nuevo la licuadora.

Se la entregué.

La miró por todos lados.

—Usted verá que tiene una garantía original directamente del fabricante —le dije—. Lo único que tiene que hacer para gozar de esa garantía, es llenar esta tarjeta y enviarla por correo a la dirección impresa. En el mismo momento en que la reciban, su nombre quedará registrado y empezará a correr su garantía por tres años completos. Ahora vea este destapador eléctrico; está diseñado para abrir cualquier clase de lata: ya sea cuadrada, redonda, oblonga, o cualquier cosa que usted quiera destapar. Sencillamente tome la lata, colóquela en el abridor, oprima este botón y la lata se abrirá limpiamente sin dejar ningún borde filoso. En realidad, es contra la política de la compañía ensalzar los premios que entregamos. Se supone que nosotros vendemos libros, no los premios, pero entregamos otros más al comprador número cincuenta mil, lo mismo hacemos con el sesenta y cinco mil y este premio extra para usted que será el cliente número cien mil.

Aún titubeó ella.

—¿Cuándo regresará su esposo?

—No regresará hasta dentro de dos semanas. Salió en viaje de

negocios y…, ¡pobre hombre!, espero que me llamará por teléfono esta noche.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté—. ¿Por qué dice usted «pobre hombre»?

—Sufrió un accidente automovilístico. No debía haberse expuesto a viajar, pero se le presentó un negocio importante y tuvo que salir.

Eché un vistazo a mi reloj, y le dije:

—Lo siento mucho, pero creo que el vendedor número dos va a tener la oportunidad del cliente número cien mil. Empecé a meter en mi maleta el destapador eléctrico y estaba a punto de tomar la licuadora.

—Espere un momento me dijo.

Nuevamente vio con ojos de codicia la hermosa licuadora.

Esperé hasta verla alzar la mirada, y entonces ostentosamente miré mi reloj de pulso.

—Muy bien —dijo ella—, la tomaré.

—Firme aquí —le dije extendiéndole el contrato que amparaba la venta de los libros.

—¡Cielos! Nunca tendría tiempo de leer todo este contrato.

—No tiene usted que leerlo —le expliqué—. Usted trata con una firma muy conocida. No tiene que pagar ni un centavo de anticipo, y en el curso de la semana próxima, vendrá una persona a entregarle la mercancía. Cuando la reciba hará usted su primer pago. A partir de esa fecha, pagará cincuenta y dos abonos mensuales sin que tenga que pagar ni un centavo de interés como se menciona en una parte de este contrato. Ésta es la única obligación que usted contrae, excepto, por supuesto, que usted nos demostrará que su crédito es bueno, que usted es solvente y que no está firmando este contrato con la intención de defraudar a la compañía.

Nuevamente miré mi reloj.

Tomó el lápiz y firmó. Inmediatamente le dije:

—¿Puedo usar su teléfono? Me quedan solamente unos cuantos segundos.

Me precipité sobre el aparato, marqué un número al acaso y dije:

—¡Hola! ¡Hola!

—¡Hola, sí! —contestó una voz.

—Habla el señor Donald y quiero informarle que acabo de firmar el contrato de venta número cien mil.

Una voz contestó:

—Su número está equivocado —y cortó.

—Ya firmé el contrato. Por favor vea que estuve en tiempo… Correcto, aún tengo cincuenta segundos dentro de mis quince minutos. En este momento voy a hacer entrega de la licuadora y el destapador eléctrico a la señora Bruno y llevaré el contrato a la oficina… De acuerdo, ella me firmará el recibo.

Nuevamente insistí:

—Sí, ya firmó el contrato —y colgué.

Tomé entonces la licuadora y la llevé a la cocina. La coloqué en una alacena y le dije a la señora:

—Para instalar el destapador eléctrico tenemos unos tornillos; ¿quiere usted que le ayude a colocarlo?

—No, no se moleste —contestó ella—, lo haré yo. Lo que quiero es probar la licuadora. La bajó de la alacena y tornó el vaso llenándolo de agua hasta la mitad. Lo colocó nuevamente sobre la parte principal, y aplicó la corriente.

Sonrió con gran satisfacción y dijo:

—Necesitábamos una de éstas. Hasta pienso que es demasiado buena y hermosa para que sea verdad; ¡eso de recibirla prácticamente por nada!

—Usted ha efectuado la compra número cien mil de las que hemos hecho al público casa por casa —repetí—. ¿Cuándo dijo usted que regresaría su esposo?

—Estará ausente dos semanas. Se fue a Minnesota en viaje de negocios.

—¿Está seriamente lastimado?

—Una de esas lesiones cervicales —contestó la señora—. Al principio no creyó que fuera serio, pero muy pronto empezó con fuertes dolores de cabeza y mareos, y entonces fue a ver a un médico que diagnosticó una lesión en las vértebras cervicales.

—Eso es muy delicado —comenté—. ¿Y la persona que provocó el accidente estaba asegurada?

—Sí, sí estaba asegurada, pero no sé lo que la compañía vaya a hacer al respecto. Mi esposo está en negociaciones con ella.

—¿No ha visto ningún abogado?

En sus ojos se reflejó una chispa de inteligencia.

—Un abogado pretendía un treinta y tres por ciento de lo que se obtuviera. No veo la razón para que ese abogado se lleve tamaña tajada cuando nosotros podemos tener nuestro propio arreglo. ¿Qué razón hay para pagarle cinco mil dólares por escribir una carta y hablar un poco? ¡Cielos! Algunos abogados se hacen ricos con buenos casos como el nuestro. La compañía de seguros envió un representante a su oficina; regatean por una hora o quizá menos y entonces llegan a un arreglo. Es diferente cuando un abogado tiene que poner dinero y hacer la demanda con todo lo que implica. Mi esposo estaría dispuesto a tratar con un abogado sobre esas bases, pero ninguno lo quiere aceptar. Todos quieren que quede entendido que recibirán una tercera parte desde el principio.

—Bueno —le dije—, supongo que los abogados también tienen sus problemas. Tienen que ganar dinero en los negocios fáciles para poder después hacer frente a los difíciles.

—Muy bien, los abogados que se entiendan entre abogados, y nosotros los Bruno buscaremos a nuestros Bruno. Sin embargo, se suponía que yo no debía discutir esto con nadie.

—¿Por qué? —le pregunté fingiendo sorpresa.

—¡Oh! Usted sabe cómo es el negocio con las Compañías de Seguros.

—Sí, ya entiendo. Quizá no hubiera sido necesario que me dijera usted nada. Y ahora me voy y muchas gracias, señora Bruno. Fue un placer para mí entregarle esos premios. Por un momento tuve miedo de que el tiempo se nos fuera.

Sonrió nerviosamente y dijo:

—También yo. ¡Dios mío! La manera en que presenta la enciclopedia todo eso de la energía atómica, es maravillosa.

—La disfrutará usted —le dije.

Y me despedí con una inclinación de cabeza.

En seguida regresé a la oficina de la compañía de las enciclopedias.

—¿Qué hago con este contrato? —pregunté enseñándoselo.

—Entréguelo —me dijo el empleado del escritorio con un tono de sorpresa.

Se lo entregué y lo miró cuidadosamente.

—Trabaja usted rápido, Lam. Tiene usted en el empleo apenas

un par de horas.

—Lo sé —contesté—, me gusta trabajar rápido.

—Bueno, pues va a tener muy buenas ganancias con esta compañía —comentó el empleado.

—No, no las tendré —repliqué.

—¿Que no las tendrá?

—No —insistí—; encontré mucha resistencia para vender y eso no me agrada. Me llevó casi una hora para amarrar la primera venta. Cuando vendo de casa en casa me gusta hacer por lo menos cinco ventas al día.

—¡Cinco ventas al día! ¿Se da cuenta de la comisión que recibiría al hacer cinco ventas diarias?

—Por supuesto que me doy cuenta. Estoy en plan de ganar mucho dinero, eso es lo que me gusta.

—Pues ya lo tiene usted. ¿Cuántas visitas hizo usted?

—Únicamente ésta.

—¿Solamente una?

—Por supuesto. No me gusta perder el tiempo con prospectos pobres.

—¡Vaya con usted! —exclamó el empleado.

Nuevamente miró el contrato y me dijo:

—Mire esto, Lam. No tomó usted ningún dato respecto al crédito, ¿verdad?

—¿Se supone que yo tengo que hacerlo?

—Bueno, pues usted garantiza los créditos. Al menos por las cantidades que cubren sus comisiones.

—No lo entiendo.

—Nosotros entregamos las enciclopedias. Retenemos la factura hasta que ha sido efectuado el último pago. Éstos tienen que ser pagados semanariamente y si el comprador no lo hace, entonces usted no recibe sus comisiones.

—Pero ustedes venden sus documentos, ¿no es así?

—Sí, los vendemos, pero solamente hasta que hemos investigado el crédito y aun después de eso, siempre somos responsables por ellos. Tenemos que garantizarlos hasta el último pago.

Sonriendo le dije:

—En otras palabras, ustedes tienen una compañía subsidiaria que los financia y les entregan los documentos, ¿no es así?

Se sonrojó, pero no respondió nada.

—Muy bien —le dije— investiguemos el crédito ahora mismo.

No le gustó mucho la idea, pero tomó el teléfono, llamó a la oficina de crédito y preguntó por los antecedentes de Helmann Bruno con domicilio en el edificio Meldone.

Lo observé cuidadosamente.

Después de unos minutos, frunció el ceño y dijo pensativo:

—Creo que está bien. Colgó y se volvió hacia mí.

—Hace sólo tres meses que viven allí, pero su crédito es bueno. Parece que tienen dinero en efectivo. Pagan con cheques de su cuenta bancaria; tienen un buen automóvil que compraron cuando llegaron a la ciudad y todas sus compras las hacen de contado. Por otro lado nadie sabe mucho de ellos. El único cargo que les hicieron fue por unos abonos en el contrato del automóvil. Ellos dicen que no quieren ningún crédito y por tal razón no dieron ninguna referencia.

—Muy bien —repuse—; entonces no tendré ningún problema para cobrar mis comisiones.

—No lo tendrá, Lam, pero usted debe investigar el crédito en estos clientes… Bueno, está bien. Su labor fue buena, fue espléndida. Generalmente a los vendedores les lleva una semana para familiarizarse con las ventas, y mi gran misión es hacer que no se desanimen.

—Yo estoy desanimado —le dije.

—¿Usted? Sencillamente no lo entiendo, Lam.

—Yo soy muy fácil de entender —repliqué—. Soy un tipo al que le gusta ganar dinero y tengo la suficiente labia para ganarlo.

—Bueno, pues usted batió el record con esta venta. ¿Por qué no se queda con nosotros?

—Esto no es para mí —le dije—. Yo necesito pasturas más verdes y un poco más de lechuga.

—No sea demasiado pesimista, Lam. Algunos de nuestros vendedores ganan con nosotros muy buen dinero, muy bueno indudablemente.

—Pero no la clase de dinero que yo quiero —insistí—. Ya le diré a dónde podrá enviarme mis comisiones sobre esta venta. Mientras tanto aquí tiene sus muestras y propaganda. Voy a escoger otro empleo más provechoso.

Se sintió verdaderamente descorazonado cuando dejé sobre su escritorio el material que me habían dado. Le di las gracias y me despedí.

Tan pronto como estuve fuera, busqué una caseta de teléfono para llamar a Breckinridge.

—¿Qué pasa, Lam?

—Me gustaría que suspendiera el arreglo —le dije.

—¿Por qué?

—Tienen demasiada familiaridad con los abogados —le expliqué —. Ya han tenido experiencias con casos semejantes a éste.

—¿Qué le hace pensar así?

—Están dispuestos a buscar a un abogado si es que se ven en la necesidad de demandar, pero por ningún motivo verán a ninguno si es que llegan a un acuerdo inmediato. No ven razón para pagar a un abogado una tercera parte del arreglo, simplemente por escribir una carta y calcular que ese tercio sería de cinco mil dólares.

—¿Quién le dijo todo eso?

—La esposa.

—¿La visitó usted?

—Sí.

—¿La hizo hablar?

—Así fue.

—¡Qué diablos! ¿Cómo lo logró?

—Es cuento largo —le dije—. Por supuesto, ella no tiene la menor idea de que la estuve investigando por cuenta de una Compañía de Seguros.

—¿Y piensa usted que está sobre la pista de algo?

—Pienso que estoy sobre la pista de algo.

—Bueno —dijo lentamente—. Cancelaré la reservación del avión y esperaré un día más; pero estamos jugando con dinamita con este caso de lesión cervical, ¿entiende usted, Lam?

—Lo entiendo todo —contesté—, pero creo que ustedes tienen entre manos a un profesional.

—¿Es sólo un presentimiento de su parte, Lam?

—Por el momento sí, aunque basado en una evidencia. El tipo tiene un buen departamento. Su esposa viste muy bien. No son pájaros nocturnos y están dispuestos a hacer inversiones para mejorar sus ingresos personales, pero no intentan pagar sus deudas.

—¿Qué clase de deudas?

—Una colección de enciclopedias. Pretenden recibir los libros y después cambiarse a otra dirección adoptando otro nombre.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Por la manera en que firmó ella el contrato de compra sin leerlo.

—¿Le vendió usted esa enciclopedia?

—Así fue.

Permaneció Breckinridge en silencio por un momento y entonces me dijo:

—Lam, usted es el tipo más listo con quien jamás haya tenido contacto.

—¿Y cree usted que lo voy a discutir? —le pregunté.

—No —contestó riéndose.

—Muy bien —le dije para terminar—. Suspenda su arreglo por el momento. Creo poder aclarar el caso.

Colgué.

Tan pronto como logré otra línea, pedí una llamada con Elsie Brand a mi oficina.

—¡Donald! —exclamó—. ¿En dónde estás?

—Esta llamada pasará por el conmutador —le dije—. Asegúrate de que nadie escuche. Sal a la puerta y simula que vas a recoger algunos papeles del archivo; y cuando estés segura de que tenemos la línea despejada, entonces regresa. No transcurrió un minuto completo cuando ya estaba de regreso en el aparato.

—No hay moros en la costa —me dijo.

—Mira, Elsie —le dije—. Voy a regresar a esa ciudad. No quiero que Bertha lo sepa. Por el momento, ni ella ni nadie. Quiero permanecer a cubierto. ¿Podrías decirle al administrador del edificio donde vives, que tienes un primo de Nueva Orléans que va de visita por unos cuantos días y que si sería posible que te diera un departamento?

—Bueno, quizá pueda arreglarlo —dijo ella pensativa.

—Yo sé que lo hiciste con una amiga que fue de San Francisco a visitarte hace un par de semanas.

—Pero era una muchacha —replicó.

—Pídeselo de todos modos —insistí—. Dile al administrador que no quieres necesariamente el apartamento en el mismo piso; en

cualquier parte del edificio sería bueno.

—Bueno, ya veré lo que puedo hacer, Donald. ¿Qué es lo que ocurre?

—No ocurre nada, sencillamente la vieja rutina, pero no quiero que nadie sepa que estoy en la ciudad. Y ahora te diré algo que quiero que tú hagas. Le dije a Bertha lo de Melita Doon. Quería que ella la investigara. Cuando yo regrese podré aprovechar todos esos datos.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó.

—En el avión de las cinco y media de la American Airlines. Si puedes ve a recibirme.

—¿Sabes algo acerca de esa muchacha? ¿En dónde vive o qué hace?

—Bertha estará bien enterada para entonces. Asegúrate bien de tenerme esos datos. Los tomarás del archivo de Bertha. Sería muy bueno que los copiaras.

—Bueno…, veré lo que puedo hacer. Pero no me gusta mentir, Donald. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé —le dije tranquilizándola—. Es porque no lo practicas lo suficiente. Estoy dándote oportunidad de que lo practiques a fin de que puedas redondear tu personalidad.

—¡Oh, Donald! ¿No puedes alguna vez hablar con seriedad?

—Nunca fui más serio en mi vida —le dije colgando.

capítulo seis

AL aterrizar el avión, ya me esperaba Elsie Brand.

—Donald —me dijo con una actitud que indicaba su tensión mental—, ¿pasa algo malo?

—¿Qué te hace pensar que pase algo malo?

—Tú deberías estar en el rancho y Bertha no puede entender por qué te ausentaste de él ni el porqué de tus andanzas.

—¿Tienes los datos de Melita Doon? —le pregunté sin darle explicaciones—. ¿Logró la investigación?

—Creo que sí. Es un nombre poco común, difícilmente puede haber dos personas que lo lleven.

—¿Quién es ella? ¿Qué hace?

—Es enfermera del Hospital Cívico de la Comunidad. Cuando traté de investigarla se mostraban un poquito reservados. Utilizamos la vieja treta de investigar su crédito, especialmente en lo que se relacionaba con sus hábitos personales y todo lo demás.

—¿Qué datos lograste?

—Tuvo una crisis nerviosa la semana pasada y se encuentra en plan de recuperación en alguna parte. Goza de un mes de permiso. Traspapeló unas placas de rayos X y se impresionó mucho con eso, a tal grado, que no podía cumplir con sus obligaciones.

—Eso concuerda —le dije—. Pero me gustaría que me dieras su descripción física.

—Tiene veintiocho años de edad, rubia, un metro sesenta de estatura y pesa cincuenta kilos.

—Muy bien, Elsie; es la misma. ¿Quién es su novio?

—Un hombre llamado Marty Lassen. Es dueño de un taller de reparación de televisores. Un tipo grande, atlético y parece que es muy celoso y de muy mal genio.

—Siempre me tocan tipos como ése —comenté.

—¡Donald! No va a intentar verlo, ¿verdad?

—Mañana en la mañana, tan luego como despunte el día.

—¡Oh, Donald! ¡Ojalá que no lo hicieras!

—Es necesario. ¿En dónde vive ella? ¿Vive sola o comparte algún apartamento?

—No vive sola. Ocupa el apartamento 283 del edificio Bulwin, con una compañera llamada Josefina Edgar, que también es enfermera.

—¿Sabes algo acerca de esa Josefina? —pregunté.

—Únicamente que es enfermera y que evidentemente es amiga íntima de Melita. Hace ya casi dos años que viven juntas. Melita tiene a su madre enferma e internada en una casa de salud.

—Concuerda —dije.

—¿Tienes noticia del señor Breckinridge? —me preguntó Elsie.

—Bueno, voy a llamarlo ahora mismo.

—¿Tienes algún número para llamarlo por las noches?

—Sí. Me dijo que podía comunicarme con él a cualquier hora.

Llamé al número que el propio Breckinridge me había dado y al momento se oyó su voz bien modulada.

—¡Ah, sí! ¡Hola! Habla Homer Breckinridge.

—Habla Donald —le dije.

—¡Ah, sí! ¿En dónde está usted?

—En el aeropuerto.

—¿Acaba usted de llegar?

—Sí.

—Lam tengo un presentimiento en este caso, y cuando me ocurre eso, siempre está basado sobre los años de experiencia y el cálculo de mi subconsciente acerca de la situación.

—Me atrevo a decir que tiene usted razón.

—Necesito hablar con usted —me dijo.

—Dígame su dirección y en seguida iremos a verlo.

—¿Quiénes «iremos»?

—Mi secretaria Elsie Brand y yo.

—He estado tratando de comunicarme con usted a su oficina, pero me dijo su socia que no sabía en dónde podría localizarlo.

—Así es. Ella no sabe en dónde me encuentro.

—Pensé que podría ponerme en contacto con usted llamando a su socia —me dijo Breckinridge en tono de reproche.

—En un caso ordinario, sí. Pero en este caso que usted nos dio, es preferible que nadie sepa en dónde encontrarme. Si usted gusta puedo ir a verlo.

—Por favor, hágalo. Estoy en mi casa.

Colgué y me volví hacia Elsie.

—¿Tienes el auto en la agencia? —le pregunté.

—No, porque Bertha me hubiera revisado el kilometraje y hubiera querido saber adónde iba. Me traje el mío.

—Muy bien —le dije—, pues vamos a recorrer muy buenos kilómetros con el tuyo.

—¿Vamos a visitar a Breckinridge? —inquirió Elsie.

Asentí.

—Creo que está enojado —apuntó Elsie.

—Probablemente.

—¿Qué hacemos?

—Trataremos de hacer que olvide su enojo. Estoy exponiendo el cuello en este asunto y espero que me apoye. Vamos.

—Y después de verlo, ¿podríamos cenar? —preguntó—. Me muero de hambre.

—Más tarde comeremos —le prometí.

Nos fuimos pues en el auto de Elsie. Mientras nos abríamos paso entre el tráfico, le dije:

—Breckinridge vive en una sección muy escogida, Elsie.

—No quiero pasar contigo, Donald. Te esperaré en el auto.

—Tonterías —le dije—. Tú me esperaste en el aeropuerto y ahora entrarás conmigo.

Llegamos frente a una gran casa estilo español, con unas calzaditas de hermosos árboles toda circundada de césped y un pórtico muy amplio. Para ser más preciso, las calzadas eran angostas y los árboles recortados, pero la casa estaba situada al fondo de ese gran jardín y había un ambiente de lujo en todo ello.

Hice sonar el timbre.

El mismo Breckinridge salió a la puerta.

—Bien, bien, Donald —me dijo estrechándome la mano—. Ha tenido usted un día largo. ¿Y ésta es su secretaria Elsie Brand? Ya hablé con ella por teléfono. Pasen, pasen ustedes.

El recibimiento fue muy cordial.

Entramos en la casa, y nos guió hasta la sala.

Mientras Elsie y yo nos sentamos él permaneció de pie, junto a la chimenea y de cara a mí, con las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta de casimir tipo deportivo.

—Donald —dijo—, entiendo que usted es una persona impulsiva, rápida para tirar del gatillo, y que una vez que empieza a trabajar en un caso se entrega a él con todo entusiasmo.

—¿Hay algo de malo en eso? —le pregunté.

—No, pero al mismo tiempo que eso constituye un don, son cualidades que le impiden seguir instrucciones. Ahora le diré que su socia, la señora Cool, se encuentra verdaderamente molesta con ese modo de actuar de usted. A mí no me preocupa mucho, porque yo comprendo lo que lo impulsa. Sin embargo, quiero decirle que este caso ya tenía que haberse terminado, y no lo hemos hecho por seguir sus sugestiones. Vamos a esperar hasta mañana. Usted es el *pitcher* responsable del juego. Si perdemos, la derrota será suya. Yo no encuentro qué censurarle por lo que ha hecho respecto de la investigación, pero me permití inclinarme por sus insistencias y suspender el arreglo para esperar un día más.

—Siento haberlo hecho —le dije.

—He estado en este negocio el tiempo suficiente y se me ha desarrollado un sexto sentido en tales asuntos; sencillamente pensaba que ya era tiempo de haber llegado a un arreglo y que a cualquier precio debíamos de haberlo terminado, es decir, dentro de lo razonable por supuesto.

—Muy bien, la responsabilidad es mía, señor. Yo le indiqué que suspendiera el arreglo y me hago responsable. No tengo un sexto sentido en esos asuntos, pero sí he andado navegando por un buen tiempo y me doy cuenta de que hay algo que pescar en esas aguas.

Breckinridge dijo:

—Aun así, Donald, no creo que haya nada que podamos probar. A menos que usted descubra algo antes de mañana a mediodía, haré el arreglo. Eso es definitivo.

—Aparentemente usted quería hablar conmigo sólo para decirme que no le gusta la manera en que he llevado las cosas, ¿verdad?

Se sonrió.

—Vamos, Donald, no lo tome de ese modo. Yo quería decirle lo mucho que he apreciado su determinación, su vigor y su entusiasmo

para llegar hasta el fondo de las cosas. En un caso en que hubiera alguna posibilidad real de un margen de error, todo lo que usted hace sería muy recomendable, pero en el caso presente, no lo es. Usted tendrá que aprender en estos negocios de seguros. Ahora, cuando usted vea a su socia Bertha Cool, quiero que le diga que ha hablado conmigo, que nos entendemos mutuamente y que lo que ha hecho usted en este caso no va a afectar en lo más mínimo nuestras relaciones con la agencia. Vamos a continuar empleando sus servicios.

—Muy generoso de su parte —le dije—. Y ahora, me puede usted decir; ¿qué le hace estar tan seguro de que ese hombre, Bruno, está obrando con honradez?

Breckinridge apretó los labios.

—No me malinterprete, Donald. Obre o no con honradez, el hecho de que se haya exhibido en el rancho quejándose de sus lesiones y utilizando esa silla de ruedas para moverse, es un factor determinante. No podemos jugar con un caso de esa naturaleza.

—Usted preparó una trampa y no pudo atraparlo. Eso no hace de él un santo —le repliqué.

—Sí, cayó en la trampa —dijo Breckinridge—, pero entró en ella cojeando y no mordió el anzuelo.

—¿Hasta qué punto investigó usted los datos del accidente con su asegurado? —le pregunté—. ¿Cómo se llama?

—Foley Chester.

—¿Le preguntaron cuidadosamente cómo había sucedido?

—Tan cuidadosamente como para admitir nuestra responsabilidad.

—¿No cree usted que Bruno pudo haber estado manejando sin dejar de observar en el espejo retrovisor al auto que venía detrás de él, y en el instante en que vio que el chófer de aquel auto desviaba la mirada, frenó de manera inmediata para provocar que Chester lo golpeara?

Lo pensó Breckinridge por un momento y contestó:

—Bueno, por supuesto que eso es posible. Ésa sería una manera muy ingeniosa para establecer una reclamación.

—Sería una prueba tonta —le dije—. Al lado del camino hay una gran atracción, un gran aparador o cualquier cosa que haya sido, que tiene una exhibición singular. Bruno conoce su negocio.

Se da cuenta de que ese aparador atraerá la mirada de los chóferes. Da una, dos y tres vueltas alrededor de la cuadra, observando en todo momento su espejo retrovisor, esperando simplemente el momento oportuno. Entonces ve que alguien vuelve la mirada al lado y Bruno, prontamente, aplica los frenos. No hay un gran riesgo de que él salga lastimado muy seriamente ya que está preparado para todo. Se hace un chichón, sale del auto y afablemente, con buenos modales le enseña al chófer que venía atrás de él, su licencia de manejar; este hombre a su vez le dice:

»—Lo siento mucho. Fue culpa mía. Aparté la mirada del camino por una fracción de segundo, y me encuentro con que usted se había detenido enfrente de mí.

»—¡Por Dios! —le contesta Bruno—. La persona que iba adelante de mí, se detuvo y tuve que hacer alto; pero yo le hice a usted la señal para que se detuviera y lo único que logré fue que me golpeara.

»Todo eso se desarrolla con buenas palabras. Si Bruno hubiera gritado, probablemente Chester lo hubiera mandado con cajas destempladas, pero Bruno se muestra amable y Chester procede como un caballero y le dice:

»—Mía es la culpa. No está usted lastimado, ¿verdad? Y Bruno contesta:

»—No, no estoy lastimado.

—Yo no sé mucho acerca del accidente —admitió Breckinridge —. Chester compró un automóvil y lo aseguró con nosotros. Y fue a golpear con su auto a otro vehículo. Ésa es una negligencia de primera fase que ocurre siempre. Entonces él admite que había retirado la mirada del camino, aceptando así su culpabilidad.

—Me gustaría hablar con Chester para oír la versión de lo ocurrido y lo que dijo Bruno en aquellos momentos —le dije a Breckinridge.

—Donald, olvídese de eso —contestó éste—. Nosotros somos una compañía de seguros. Cobramos primas. Las primas van a dar a un fondo de reserva para cubrir los pagos de las pérdidas. Estamos preparados para pagar cientos de miles de dólares cada año. Usted actúa como si lo que tenemos que pagar esta vez, fuera a salir de su bolsillo.

—Es cuestión de principios —le insistí.

El señor Breckinridge frunció el ceño.

—¿Quiere decir que no está listo para darse por vencido a pesar de que hemos sido tolerantes con usted?

—No estoy listo todavía.

Me miró sonrojándose, con visible malestar, y repentinamente lanzó una risa corta y áspera.

—Donald —me dijo—, voy a probarle que en este negocio usted no puede adoptar esa actitud. Esperamos utilizar sus servicios muchas veces. Recibimos reportes acerca de su estancia en el rancho. Se comportó con toda dignidad, se mantuvo a la sombra y, sin embargo, logró gustarle a la gente. Aparentemente usted sabe mucho en lo que se refiere a montar a caballo; sin embargo, no se exhibió innecesariamente. Usted es exactamente el tipo de persona que podemos utilizar. Pero no podremos utilizarlo mientras tenga esa idea acerca de las reclamaciones y pérdidas de los seguros. Ahora, vamos, hablaremos con Chester en su casa.

—¿Tiene usted su dirección? —le pregunté.

—Sí la tengo, y sé que no vive muy lejos de aquí, solamente a un kilómetro escaso.

—Tenemos un automóvil allá afuera —le dije— y podemos…

Me interrumpió Breckinridge con un tono definitivo:

—Iremos en mi auto.

Inesperadamente, una mujer alta, más bien delgada, de pómulos salientes, ojos negros, mirada penetrante y modales firmes, entró en la sala.

Aparentemente sorprendida se detuvo y dijo:

—Pero Homer, no sabía que tuvieras visita.

Me miró brevemente para volverse hacia Elsie Brand mirándola desde la cabeza hasta los pies, de la manera que una mujer inspecciona a una posible competidora.

Parecía que Breckinridge no se había dado cuenta del tono de hostilidad en la voz de la mujer. Se volvió hacia ella y le dijo amablemente:

—Estoy tratando un negocio con ellos, querida. No quise importunarte, pero permíteme que te presente a la señorita Brand y al señor Lam. Estas personas son detectives que trabajan en un caso para nosotros.

—¡Oh, ya entiendo! —dijo y sonrió acremente—. ¿Otro señuelo

femenino?

—Estrictamente hablando —dijo Breckinridge—, la señorita Brand es secretaria del señor Lam. Lo recibió en el aeropuerto y lo trajo aquí en su auto… Lo siento, querida, pero tengo que salir por un breve intervalo. Tenemos que entrevistar inmediatamente a un testigo.

—¡Oh, ya entiendo! —repitió cambiando ligeramente la inflexión de su voz.

Le dije al señor Breckinridge:

—Podemos servirnos del auto de Elsie y no hay necesidad de complicar la situación. Puede usted ir adelante con su automóvil y nosotros lo seguiremos, y así después de la entrevista podrá usted regresar.

—Probablemente será mejor de esa manera —aceptó Breckinridge.

—¿De dónde viene usted, señor Lam? —preguntó la señora Breckinridge levemente tranquilizada—. ¿En dónde están sus oficinas?

—En esta ciudad.

—¡Oh! Entendí que Homer dijo que había usted llegado en avión.

—Así fue.

—¿De Arizona? —preguntó, y sus palabras estaban impregnadas de ironía. Me dirigió Breckinridge una mirada furtiva, breve.

—Arizona —dije vagamente—. Pero, no, yo regresé de Texas.

—Ha estado trabajando en un caso en Dallas —explicó apresuradamente Breckinridge.

—¡Oh! —exclamó ella, con un tono casi cordial—. Bueno, si tienen ustedes que irse será mejor que lo hagan en seguida para que mi esposo pueda regresar pronto.

Haciendo una ligera inclinación de cabeza, se alejó.

—Muy bien —nos dijo Breckinridge—, pongámonos en camino; síganme ustedes.

Salimos por una puerta lateral hacia donde estaba el auto de Breckinridge. Era un vehículo grande, con aire acondicionado y tapicería de piel. Subió en él cerrando en seguida la portezuela.

Elsie y yo nos dirigimos hacia donde habíamos dejado estacionado el nuestro.

—¿Por qué preguntó que si llegabas de Arizona? —me interrogó Elsie casi escupiendo las palabras.

—Probablemente es una mujer de muy hondos prejuicios.

—No necesitas repetirlo. Tiene un marido que parece un ídolo cinematográfico y es tan fea que no estará segura de sí misma.

Venía Breckinridge guiando su automóvil, se detuvo un momento al llegar junto a nosotros y consultó una libreta de direcciones que sacó de su bolsillo. Revisó una dirección y se volvió para preguntamos:

—¿Están listos?

—Listos —contesté.

Fui yo quien guió el auto de Elsie. Encontramos escaso tráfico y nos llevó muy poco tiempo llegar a una casa de apartamentos de muy buena apariencia.

Al detenerse Breckinridge en la entrada echó una mirada a un papel doblado; yo a mi vez me volví hacia el directorio y le dije:

—Vive en el 1012. Subamos.

—Sólo Dios sabe si lo encontraremos —dijo Breckinridge—. Debíamos haber hablado por teléfono para hacer cita, pero me hicieron actuar impulsivamente.

Utilizamos el ascensor, encontramos el apartamento y oprimí el botón nacarado. Se oyó el sonido en el interior.

No hubo respuesta.

Esperé unos diez segundos y nuevamente llamé.

—Bueno, creo que no está —dijo Breckinridge—. Si hubiéramos llamado por teléfono… Sin embargo, Donald, la situación es la misma. Mañana al mediodía voy a cerrar el caso.

Al extremo opuesto del pasillo, se abrió una puerta y un hombre se dirigió hacia el ascensor.

Al no obtener respuesta a mi segundo llamado, también nosotros hicimos lo mismo que aquél. Un nuevo hombre saliendo del mismo apartamento que el anterior se colocó detrás de nosotros.

El primero se volvió repentinamente y el que estaba a espaldas nuestras ordenó:

—Sigan por este lado, por favor.

Breckinridge, sorprendido, quedó paralizado. Yo me volví con calma. Ya había oído ese tono de voz con anterioridad.

Uno de los dos nos enseñó una placa sujeta a una pequeña

cartera de piel.

—Agentes de la policía —dijo—. ¿Tienen inconveniente en seguirnos?

—¿De qué se trata? —preguntó Breckinridge.

—Por favor caminen. No queremos discutir aquí en el pasillo.

El hombre que había ido en dirección del ascensor, ya se encontraba también a espaldas de nosotros y nos puso las manos en los hombros a Breckinridge y a mí, empujándonos ligeramente hacia adelante.

—Caminen, señores —ordenó—. Esto llevará sólo unos cuantos minutos. Es mejor que se apresuren.

Una de las puertas situadas frente a nosotros se abrió y asomó la cabeza de una mujer.

El hombre de la placa le dijo:

—No se preocupe, señora.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ella con visible nerviosidad —. ¿Ha pasado algo?

El agente le mostró su placa.

—¡Vaya, por vida de Dios! —exclamó la mujer y permaneció parada en el dintel, alargando la barba y tratando de calmarse.

El agente, que vestía ropas de civil, nos escoltó hasta el apartamento del que habían salido.

La escena era de una típica vigilancia policíaca.

Había una grabadora sobre la mesa central; un par de agentes sentados al lado de otra mesa pequeña y un radio-teléfono de onda corta. Los muebles ordinarios del apartamento habían sido echados a un lado a fin de acomodar esas nuevas piezas que utilizaban los policías.

Tan pronto como entramos y se cerró la puerta, un hombre se desprendió del grupo y se encaró con nosotros.

No era otro que el sargento Frank Sellers, con su cigarro puro apagado en la boca.

Me echó una mirada y lanzó una exclamación de disgusto.

—¡Hola, pedazo de hombre!

—¡Hola, Frank!

Sellers se volvió hacia los agentes.

—Este tipo nos ha enredado más casos que ningún otro detective privado —y nuevamente volviéndose hacia mí, me preguntó—:

¿Qué diablos está usted haciendo aquí?

Señalé a Breckinridge y éste aclarando la garganta, dijo:

—Caballeros, permítanme presentar —sacó del bolsillo interior de su chaqueta su tarjetero y le alargó una tarjeta a Sellers—. Yo soy Homer Breckinridge, presidente de la Compañía de Seguros All Purpose. El señor es Donald Lam y creo que la señorita Brand es su secretaria. Les encomendé la investigación de un caso en que está interesada mi compañía. Siguiendo mis órdenes, vinieron al apartamento del señor Chester. Queremos entrevistarlo.

—También nosotros —dijo Sellers estudiando a Breckinridge y mirando alternativamente la tarjeta—. Creo que eso puede ser muy significativo. ¿No querrá usted decir que Chester ha sufrido algún accidente y que usted está interesado?

Breckinridge, asintió.

—Entonces, ¿ésa es la razón por la cual no ha regresado? —inquirió el sargento.

—No lo sé —contestó Breckinridge—. Ese accidente ocurrió cuando salió de viaje.

—¿Y está tratando de cobrar algún seguro? —preguntó Sellers.

—De ninguna manera. Él fue el causante de un pequeño accidente de automóvil; sin embargo, ha provocado una situación molesta, por lo que a nosotros nos gustaría hablar con él un poco más detalladamente de lo que hizo en el momento en que rindió su reporte original.

—¿Por qué? ¿Tiene usted algo contra él?

—¡Cielos, no! No hay nada contra él. Él es asegurado nuestro, pero vamos a necesitar su testimonio.

—Entonces parece que la suerte no les favorece —apuntó Sellers.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno —contestó el sargento señalando alrededor del apartamento—, ¿por qué piensa usted que tenemos esta vigilancia?

—No tengo la menor idea, pero me gustaría saberlo, y le diré a usted que lo voy a averiguar, aunque tenga que hablar con su propio jefe.

Titubeó Sellers por un momento, y luego dijo:

—Bueno, señores, creo que es todo lo que queríamos preguntarles. No hay razón para detenerlos.

—Al contrario —replicó Breckinridge con dignidad—; yo soy ciudadano respetable y los impuestos que pago son substanciosos. Si alguna actividad policíaca envuelve a Foley Chester, yo estoy interesado en ella y considero que merezco saber a qué obedece.

—Esperamos su regreso —explicó Sellers—. Creemos que él puede ser el asesino de su esposa.

—¡Asesino de su esposa! —exclamó Breckinridge horrorizado.

—Así es —afirmó Sellers—. Estamos perfectamente convencidos de que premeditó deliberadamente el crimen.

—¿En dónde está su esposa?

—Hemos rescatado su cuerpo y lo tenemos en secreto para evitar la publicidad. Sin embargo, tenemos que hacerlo público antes de veinticuatro horas. Nos gustaría mucho interrogar a Chester antes de que tengamos que hacer frente a los reporteros.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Breckinridge.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Sellers.

—¡Publicidad!

—¿En qué lo afecta?

—El más ligero soplo de publicidad en un cargo de esa clase y nunca podremos obtener un arreglo en nuestro caso —me miró Breckinridge con ojos acusadores y explicó a Sellers—: El precio del arreglo subirá astronómicamente.

—Vamos a detenerlo hasta donde sea posible —afirmó Sellers—, pero está destinado a salir a la luz pública de uno u otro modo. Chester compró una póliza de vida asegurando a su esposa.

—¿Por cuánto? —preguntó Breckinridge.

—Cien mil dólares —contestó el sargento Frank—. Sin embargo, lo hizo asegurando la vida de su esposa y al mismo tiempo la suya. Creo que llaman a ese plan seguro familiar y la póliza se tramitó sin despertar ninguna sospecha. En efecto, la idea fue original del vendedor que los visitó y habló con ellos de los impuestos que se pagan por capitales muertos y todo eso. Él les vendió las pólizas sin que los Chester las hubieran solicitado.

—¿Cuánto tiempo tenían en vigor? —continuó Breckinridge informándose.

—Un poco más de un año —le contestó Sellers y en seguida añadió—: Si no hubiera sido por lo que yo llamo una labor brillante de la policía, eso hubiera sido simplemente un caso de rutina.

Chester matando a su esposa y cobrando la póliza para desaparecer inmediatamente.

—Eso acaba de guisar nuestro ganso, Donald.

—Aún no —le dije—. Recordemos que todavía no oímos hablar del caso a Chester.

Sarcásticamente apuntó Sellers:

—Habla el niño genio: ya sabe más del caso que nosotros y ni siquiera conoce los hechos.

—¿Y cuáles son los hechos? —preguntó Breckinridge.

—Después que tomaron la póliza, Chester y su esposa ya no se llevaron bien. Tenían disputas y pequeños altercados aquí y allá. La señora Chester tomó la decisión de irse a San Francisco y le dijo a su esposo que quizá ya no regresaría nunca. Fue una gran escena. La señora Chester empacó sus maletas y bajó a ponerlas en su automóvil. Chester estaba tan furioso que ni siquiera la ayudó, simplemente permaneció parado viéndola. Algunas personas de otros apartamentos que presenciaron esto pensaron que era una grosería de parte del marido. Cuando ella terminó de empacar, saltó al interior del auto y cerró violentamente la portezuela tratando inmediatamente de arrancar el motor. Pero no lo logró.

»Sucedió que esa mañana Chester había llevado su auto a un garaje para que le hicieran algunas reparaciones y estaba utilizando un auto alquilado. La señora quiso llevárselo pero él no la dejó. Entonces fue a una agencia a alquilar uno y arregló entregarlo en San Francisco. Contrató a un mecánico para que fuera a recoger el suyo y lo reparara y más tarde iba a regresar en avión para recogerlo. Estaba tan furiosa contra Chester, que lo único que deseaba era alejarse en ese momento.

»Regresó aquí con el auto alquilado y cambió el equipaje, saliendo inmediatamente para San Francisco. Todo eso lo sabemos y podemos probarlo. A la mañana siguiente Chester devolvió el auto a la agencia y fue a recoger el suyo; pero los empleados de la agencia, encontraron al efectuar la revisión de costumbre, que había dos lugares en donde se había desprendido la pintura, como si el auto hubiera recibido un golpe.

»Al principio Chester negó que hubiera golpeado nada. Entonces repentinamente “recordó” que quizá había rozado un poste de cemento cuando fue a visitar a un amigo que vive en el campo. Dijo

que el rozón había sido tan leve que ni siquiera se había dado cuenta del daño.

»Bueno, ése era un buen cuento, pero también encontró el empleado que uno de los faros delanteros tenía una astilla triangular y la pintura se había desprendido un poco. Allí fue cuando el que lo inspeccionaba concibió la idea de que probablemente Chester se habría golpeado contra otro vehículo estacionado. Le preguntó si no recordaba que así hubiera ocurrido y le dijo que de todos modos estaba asegurado totalmente para esos pequeños accidentes; pero Chester insistió en que no tenía nada que reportar. Entonces, aparentemente después de haber reflexionado, chasqueó los dedos y exclamó: "¡Por San Jorge! Eso fue lo que pasó. Dejé el auto estacionado y alguien lo golpeó". De modo que el empleado de la agencia no insistió.

»Pero la señora Chester no se presentó en la fecha señalada para entregar el auto en San Francisco. Después de cuatro o cinco días los dueños del vehículo empezaron a ponerse nerviosos. Entrevistaron a Chester, y éste les dijo francamente que no había sabido nada de su esposa desde que dejó el apartamento; y que por lo que a él concernía no le importaba un comino. Añadió que ella había tenido dos o tres amoríos desde que contrajeron matrimonio; pero que él tampoco era un ángel y no le importaba lo que su esposa hiciera. Ella quería libertades, pero también quería que él caminata en línea recta y ya se había cansado. Agregó que por lo que a él tocaba, se encontraba completamente feliz por el giro que habían tomado las cosas y no le importaba si ella no regresaba jamás. Que desde el momento en que había firmado el contrato de alquiler del auto, la compañía podía hacer lo que le viniera en gana.

»Les explicó Chester que él iba a salir en viaje de negocios y probablemente estaría ausente tres o cuatro semanas y que por lo que se refería a su esposa, él no se iba a preocupar en lo más mínimo, dejando que la compañía que le había alquilado el auto se preocupara por ella.

Con voz tranquila dijo Breckinridge:

—Nosotros sabíamos que había salido en viaje de negocios, pero pensamos que ya estaría de regreso.

—¿No sabe usted en dónde pueda encontrarse? —preguntó Sellers visiblemente desinflado.

—Iba en dirección noroeste, pasando por Oregón, Washington, Montana e Idaho.

—¿No recibieron ustedes un itinerario? —preguntó Sellers.

—No. Vea usted, lo que nosotros supimos fue que había tenido ese accidente y lo reportó normalmente. Nos dio amplias explicaciones y cuando le preguntamos en dónde podríamos ponernos en contacto con él si queríamos que nos ampliara su declaración, nos dijo con mucha franqueza que se iba a ausentar por un tiempo, porque había tenido líos de familia; que su esposa lo había abandonado y que probablemente entablaría una demanda de divorcio, lo que le vendría muy bien.

—Perfectamente —dijo Sellers perdiendo por un momento la confianza en sí mismo que había demostrado—. Todo hubiera ido sobre ruedas y no hubiéramos tenido que intervenir en nada de no haber sido porque ese automóvil perdido fue encontrado deshecho en el fondo de una barranca muy por abajo de Tehachapi Grade. También eso hubiera parecido quizá un accidente ocasional si es que el auto no se hubiera incendiado.

»Cuando se encontró el vehículo, el cuerpo de la esposa estaba un poco descompuesto, y de no haber sido por el fuego la descomposición hubiera sido mayor. Bueno, hicimos un examen *post mortem* del cuerpo y resultó que la señora Chester había muerto antes de que diera principio el fuego. El médico que realizó el examen piensa que murió por lo menos una hora antes de que se viera envuelta por las llamas, o quizá un poco antes.

»Aun así, la cosa no andaba del todo mal; pero fuimos a la agencia en donde Chester había alquilado el automóvil. Ya habían repuesto el faro delantero y resanado la pintura. Estuvimos en el sitio de la carretera donde la señora probablemente se despeñó con el auto y realizamos una búsqueda, centímetro a centímetro. Encontramos un trozo pequeño de vidrio perteneciente a un fanal de auto. Tuvimos entonces la seguridad de que pertenecía al que Chester había manejado. Sin embargo, la evidencia no pudimos robustecerla porque en la agencia ya habían repuesto el faro que había dañado Chester. Pero si podemos probar que ese trocito que encontramos es de la misma clase de reflectores que usa la compañía que alquiló el coche a Chester.

»En el mismo lugar en donde encontrarnos la astilla de vidrio,

apreciamos unas huellas de neumáticos a un lado del borde del pavimento y en la cuneta del camino. Esas marcas eran algo más que elocuentes, a pesar del hecho de que ya había pasado algún tiempo desde que habían sido impresas.

»La señora Chester fue obligada a salirse de la carretera. Aparentemente otro automóvil se había echado encima del suyo y ella perdió el control. Había una ladera muy empinada como de unos treinta metros y seguía otro tramo como de medio kilómetro, para terminar abruptamente en una caída perpendicular hasta el fondo de la barranca de Tehachapi.

»Al parecer, la señora había sido sacada de la carretera, pero se las había arreglado para evitar despeñarse por la ladera, aunque se presume que se encontraba seriamente lesionada. Su esposo, con toda calma, había estacionado su auto, y haciendo uso de un instrumento metálico, probablemente una palanca para levantar los coches, se dirigió hasta donde se había detenido el vehículo de su esposa y la golpeó en la cabeza hasta dejarla muerta; entonces estuvo deliberando lo que más le convenía hacer.

»Finalmente decidió destruir con el fuego cualquier evidencia. Soltó los frenos y después de mucho trabajar, logró impulsar el coche cuesta abajo. Esa vez no se detuvo hasta el fondo de la barranca en donde fue encontrado. Chester bajó, bañó los restos con gasolina y les prendió fuego. Pero cometió un pequeño error que lo traicionó.

—¿Qué fue? —preguntó Breckinridge en cuya voz advertí una leve traza de escepticismo.

—Olvidó colocar de nuevo el tapón del tanque de la gasolina. Lo había quitado utilizando un pedazo de alguna tela para empaparla en gasolina y después la exprimió sobre el cuerpo de su mujer y del auto destrozado. Repitió la operación algunas veces y en seguida aplicó un fósforo y huyó. Cometió el error de esperar hasta que la gasolina del tanque se incendió y dejando fuera el tapón, olvidó regresar para colocarlo de nuevo una vez que el fuego se había consumido.

»Tan pronto como empezamos a formarnos la idea de lo que en realidad había ocurrido, encontramos el sitio en donde el auto había dado varias volteretas, hasta detenerse en un lado de la colina. Se veían muy claras las huellas en donde alguien removió las

rocas que habían detenido al vehículo y era notorio que había usado una palanca para voltearlo sobre las ruedas y lanzarlo nuevamente montaña abajo. Bajamos hasta el fondo en donde volvimos a encontrar las huellas del hombre que prendió fuego a los restos.

»Si el fuego hubiera sido provocado durante la noche, probablemente hubiera atraído suficiente atención de los automovilistas que transitaban y lo hubieran reportado a la patrulla de caminos. De ahí que estamos seguros de que el fuego ocurrió durante el día. La señora Chester salió de su casa como a las cuatro y media. Había algunas personas que quería ver en San Bernardino. Estuvimos allá y nos informaron que había llegado un poco después de las seis; se quedó a cenar y salió alrededor de las nueve de la noche para dirigirse a Bakersfield pasando por Tehachapi. Sus amigos trataron de disuadirla del viaje y la instaron a que pasara la noche con ellos en San Bernardino, pero ella les dijo que le gustaba manejar de, noche.

»Informó a sus amigos que ella y su esposo habían terminado y que ya no quería nada con él, porque tenía otros intereses y había otro hombre en su vida que podía llenarla en mayor escala que su marido. No pudimos averiguar el nombre de ese otro. Parece que era algún vaquero del cual ella se había enamorado. Y hasta ahí es en términos generales nuestra historia.

»Ahora tenemos el temor de que Chester se nos escurra si es que se forma la idea de todas las evidencias que tenemos contra él, y si regresa aquí y empieza a husmear, se alejará de nosotros; se escurrirá y será una labor endiablada volver a encontrar sus huellas. De modo que hemos establecido esta vigilancia en su departamento para poderle echar el guante tan pronto como llegue. Queremos crucificarlo y sacarle toda la historia acerca de su esposa y registrarla en la grabadora. También queremos que repita el cuento ese de que golpeó un poste de cemento o golpearon el auto alquilado mientras lo dejó para atender sus asuntos. Tendremos esas versiones en la cinta magnética para confrontarlas cuando lo llevemos a juicio.

Sin mucho entusiasmo dijo Breckinridge:

—Sargento, todo eso constituye un conjunto impresionante de evidencias circunstanciales.

—Gracias —repuso Sellers—. Todos estos datos los obtuve yo mismo con alguna ayuda de la oficina del jefe de la Policía del Condado de Kern.

—Pero eso nos coloca en un endiablado predicamento —explicó Breckinridge—. Sencillamente nos vemos obligados a terminar nuestro caso antes de que el demandante sepa que usted sospecha que Chester es el asesino de su esposa.

Me dirigió una mirada llena de reproche y continuó:

—Después de esto, Lam, nunca vuelva a hacer a un lado el valor de la experiencia. Le dije a usted que tenía un presentimiento en este caso y yo he estado en este mismo negocio durante varios años. Cuando tengo una corazonada, siempre resulta.

En seguida se volvió hacia Sellers.

—¿Puedo retirarme? —le preguntó.

—Creo que sí. Supongo que puedo confiar en su discreción —contestó Sellers, pensativo.

—Por supuesto que sí —repuso Breckinridge.

—¿Y yo? —pregunté después de haber estado en silencio durante tanto tiempo.

—Estamos seguros de que podemos confiar en que usted va a enredar este asunto de cualquier manera —replicó Sellers con disgusto.

—¿Y Elsie Brand? ¿Qué va usted a hacer con ella? ¿La van a arrestar?

Se rascó Sellers la cabeza, movió el puro alrededor de la boca y lanzó un profundo suspiro.

—Muy bien, los tres pueden irse. Lárguense al diablo fuera de la vecindad y no traten de encontrar a Chester. Dejen este asunto en nuestras manos. Mantenga a este pedazo de hombre buscapleitos fuera de mi alcance —recomendó Sellers a Breckinridge— y alejado de Chester y de su caso. ¿Cómo se llama el hombre al que golpeó su asegurado?

—Helmann Bruno y vive en Dallas.

—Muy bien, probablemente tenga que echar un vistazo en su archivo.

—Nuestros récords están a su disposición a cualquier hora. Queremos cooperar con la policía hasta, el grado máximo.

—Ahora recuerde que lo que le he dicho acerca del caso de

Chester fue estrictamente confidencial —insistió Sellers—. El hecho de que él sea sospechoso del asesinato probablemente aparezca en los periódicos de mañana o quizá un día más tarde; pero por el momento deseamos manejar solos a Chester. No queremos que se vaya a enterar de todo lo que tenemos en contra de él, y que empiece a hacer un montón de declaraciones que tendrá que contradecir más tarde.

—Ya lo entiendo —asentó Breckinridge—. Entiendo los procedimientos policíacos. En efecto, nosotros tropezamos con problemas análogos con los simuladores.

—Muy bien —empezó Sellers a disculparse—, siento que los muchachos lo hayan traído aquí, pero ése era el plan. Vamos a acorralar a todos los amigos de Chester que asomen las narices, y particularmente a alguno que resulte un pelafustán. No queremos que alguien le vaya con el soplo. Se sorprendería usted de lo que algún abogadillo pudiera argüir si le diera tiempo para defenderlo.

—Lo sé, lo sé —replicó Breckinridge—. Créame Sargento, tenemos los mismos problemas.

Se estrecharon las manos y Sellers no se preocupó por hacerlo conmigo.

Entonces Breckinridge, Elsie y yo, salimos del departamento y tomamos el ascensor, para salir después a la calle.

—Yo creo, Donald —me dijo Breckinridge con dignidad—, que si su agencia nos va a representar en algunos asuntos de seguros, deberá usted mejorar sus relaciones con el departamento de policía.

—No lo olvidaré —le contesté.

—Para terminar, enviaré mañana a ese rancho a un ajustador. Saldrá en el avión de la mañana. Llevará instrucciones de que liquide. Probablemente tendrá que pagar una suma fabulosa, pero valdrá la pena… ¡Cómo hubiera querido que ese arreglo lo hubiéramos hecho ahora! Tenía yo esa corazonada.

—Todavía no hemos oído la versión de Chester —le dije.

—No la necesitamos —me replicó cortante.

No me quedaba otra cosa que hacer, más que callar.

—Y ahora regresaré a mi casa. Queda usted relevado de toda responsabilidad en este caso, Lam. Aquí terminó todo; y a propósito, si alguna vez encontrara usted de nuevo a mi esposa, no mencione nada acerca de ese rancho en Arizona. Tiene sus

prejuicios al respecto.

Y esa vez, sólo quedaban también dos cosas que contestar:

—Sí, señor. Buenas noches.

capítulo siete

TAN pronto como nos quedamos solos en el automóvil Elsie Brand me dijo:

—Creo que ese Breckinridge es una persona simplemente desagradable. No tiene el más ligero sentido de apreciación. No se da cuenta de que lo que has estado haciendo, ha sido con el propósito de ahorrarle dinero.

—Vamos, Elsie, piensa un poco. Después de todo, el tipo es el gerente de la Compañía de Seguros. Él es el que nos paga por los servicios, y espera que hagamos las cosas a su modo.

—Tú piensas que Bruno es un simulador, ¿verdad, Donald?

Antes de responderle lo pensé un poco y lentamente le dije:

—No, no puedo decirte que esté listo para afirmarlo. Lo que sí creo es que todas esas gentes tienen algo de falsedad en su interior, y que te dan la sensación de que están jugando contigo.

»Tengo la idea de que Bruno puede ser un tipo endiabladamente listo y de que haya sabido que ese viaje de dos semanas era una trampa; y de que Melita Doon le haya dado algunas radiografías que él podría intentar usar en caso necesario. También tengo la idea de que si Breckinridge hubiera tratado de hacer el arreglo ahora mismo, quizá se hubiera encontrado con que el tipo hubiera subido sus exigencias a un grado mayor de lo que él había anticipado.

»No tenemos todavía suficientes pruebas para demostrar que Bruno sea o no un simulador, pero voy a ver mañana al novio de Melita, Marty Lassen y veremos qué puedo sacarle.

»Cuando se sospecha que un hombre está simulando y se descubre que está ligado de algún modo con una enfermera, con la que tiene citas misteriosas, no abandona uno la investigación hasta que no se ha desmenuzado todo.

»La principal idea en este caso está conectada con Chester. Yo no

quiero decir que lo apoye porque lo persigan los perros de Sellers; pero…, no sé, lo que ocurre es que Sellers llega en sus conclusiones a la mitad del camino. Cae en sus manos algún tipo a quien él ha elegido como sospechoso y entonces cada partícula de evidencia que Sellers encuentra la va acumulando para determinar la culpabilidad de esa persona, sin considerar que exista la menor posibilidad de inocencia.

—Bueno, en este caso hay que admitir que las evidencias circunstanciales son muy negras para Chester —dijo Elsie.

—Así es, Elsie. Pero aún no hemos hablado con él para que nos cuente su historia. Cuando Sellers inicia un caso contra alguien, hasta el más pequeño indicio que se le pone a la vista, tiene que apuntar directamente hacia el culpable que él mismo ha seleccionado; de otra manera Sellers piensa que eso no es evidencia.

—¿Pero cómo pueden desvanecer el hecho de que fue el coche que manejaba Chester el que echó fuera de la carretera al auto de la señora?

—Espera un momento —le dije—. ¿Y cómo sabes que fue el carro que Chester manejaba?

—Por la astilla del fanal que encontró…

—¿Estás tratando de decirme que el auto alquilado por Chester fue el que sacó al de la señora del camino, y no el auto que Chester manejaba?

Se quedó ella pensando por un momento y entonces me dijo con inseguridad:

—Sí. Cuando te pones a pensar en ello creo que eso es lo que la evidencia nos enseña.

—Y Breckinridge se ha encontrado con que todo su caso va a verse afectado no por la reclamación dudosa de Bruno, sino simplemente fortalecida por el hecho de que su asegurado, Chester, va a ser colocado en una posición de criminal. Eso no quiere decir que la reclamación de Bruno vaya a estar bien fundada ni tampoco explica la amistad entre él y la enfermera que ha sido conectada con la desaparición de las radiografías.

—Donald, todo eso que dices, lo haces aparecer tan terriblemente lógico que…, bueno, sí es terriblemente lógico.

—Mira el crimen que se supone que Chester ha cometido —continué—. Las suposiciones indican que él siguió a su esposa hasta

San Bernardino; de ahí continuó siguiéndola hasta la montaña de Tehachapi; allí escogió el sitio fatal para echarla fuera de la carretera, y según la versión de Sellers, cuando el auto de la señora no rodó cuesta abajo lo suficiente, estacionó Chester su auto, tomó la palanca del gato, bajó hasta donde se había detenido el vehículo de su mujer, y se las arregló para echarlo a rodar hasta el fondo de la barranca. Esperó allí hasta que vino la luz del día, para prender fuego a los restos tanto del coche como del cadáver.

»Ahora, la manera en que yo veo el crimen; si nos ponemos a considerar los motivos reales, encontraremos que todas las personas se ven ligadas a algún motivo especial. Dijo Sellers que Chester había tratado de matar a su esposa a fin de cobrar el seguro. Si presume que Chester está actuando de buena fe, ni siquiera sabe de la muerte de su esposa; de otro modo él está creando sus bases para poder hacer su reclamación contra la compañía de seguros haciéndola aparecer como una demanda de buena fe.

»Si ya su esposa estaba muerta, no había razón para que precipitara el auto hasta el fondo de la barranca. Y una vez que el vehículo y la mujer descansaban allá en el fondo, tampoco había razón para que esperara varias horas y regresara a prender fuego a los restos. Yo no pretendo defender a Chester contra la teoría de Sellers, pero si insisto en exponer los defectos en el caso de Bruno.

—Bueno, Donald, mis apuestas te favorecen —me dijo acercándose para estrechar mi mano.

—¿Y me conseguiste el departamento? —le pregunté.

—Había uno desocupado en el mismo piso —contestó ella bajando la mirada—. El administrador del edificio se portó muy amable conmigo.

—Bueno —le dije—, creo que ahora sí podemos ir a cenar y ya que tenemos una cuenta de gastos que…

—¡Oh, Donald! El señor Breckinridge nunca aceptará una cena de esa naturaleza cargada en la cuenta de gastos, después de las cosas que han sucedido.

—Si el señor Breckinridge viera sencillamente una cuenta de «alimentos» la pagaría, ¿no es verdad?

—Supongo que sí.

—Bueno, pues, por lo que a mí toca, fuera de dos vasos de leche que me tomé muy temprano, no tengo otra cosa en el estómago y

estoy a punto de morir.

—¡Oh, mi pobre muchacho! —exclamó ella.

—Entonces quedamos de acuerdo en que tú me vas a ayudar en el cargo de esos alimentos, ¿eh?

—Sí —me dijo riendo nerviosamente.

—¿Y a qué partida vamos a cargar el pago de la renta de mi apartamento?

Elsie se puso ligeramente nerviosa.

—El administrador me dijo que lo cargaría en mi cuenta, pero que no sería excesivo el pago.

—Entonces, Elsie, tengo que manejar las cosas de manera que abultemos un poco esa cuenta de gastos.

—No, Donald, deja que, yo la pague. Me gustaría pensar que por una vez fuiste mi huésped.

—¿De eso no sabe nada Bertha?

—Absolutamente nada. ¡Santos cielos! Donald, nadie tiene que saber nada. Si lo supieran… Bueno, de todas maneras Bertha es muy peculiar. Ella piensa que yo no puedo hacer mi trabajo porque yo…, bueno, quiero decir porque se supone que yo…

—Lo sé, lo sé —le dije—. La idiosincrasia de Bertha tiene sus inconvenientes y si ella supiera que yo había ocupado un apartamento en el mismo edificio en que tú vives, y en el mismo piso…, a propósito, ¿en dónde está el apartamento?

—Exactamente frente al mío, pasillo de por medio nada más.

—¡No! ¡Que nunca lo sepa Bertha!

Y con ese entendimiento nos fuimos a cenar.

capítulo ocho

CUANDO llegué al taller de reparación de televisores me encontré a Marty Lassen apoyado sobre los codos en el mostrador. Un tipo de anchos hombros, complexión de gigante, de unos veintiocho o veintinueve años.

—Me gustaría hablar con usted de un asunto personal —le dije.

Dejando ver su gigantesca estatura, me miró de la cabeza a los pies.

—¿Qué clase de asunto personal?

—Estoy investigando el crédito de una enfermera llamada Melita Doon.

Quedó Lassen de una sola pieza.

—Es una investigación rutinaria —continué—. Me gustaría que me dijera usted algo acerca de ella, de sus características generales y hasta qué punto se le puede confiar.

—¿Y por qué viene usted conmigo?

—Entiendo que usted la conoce. La estoy investigando con algunos de sus amigos. Si no encuentro datos satisfactorios, quizá tenga que ir a investigarla directamente con sus jefes.

—¿Qué quiere usted decir con datos satisfactorios?

—Aquellos que indiquen que ella representa un buen crédito.

—¿Y por qué tienen que investigar su crédito?

—Hay varias clases de créditos —repuse.

El tipo no soltaba la lengua y continuaba con sus evasivas.

—¿Y por qué tienen que someterla a ella a esa investigación de cualquier clase de crédito?

—A mí me pagan por hacer preguntas, no por contestarlas.

—Bueno, entonces lárguese al diablo. Ni siquiera me ha dicho usted su nombre.

Le sonreí diciéndole:

—Ésa es otra cosa. Oficialmente mi número es
S-35
.
—Muy bien,
S-35
—me dijo—, puede usted empezar a caminar utilizando sus propias energías, pues de otro modo dentro de unos cinco segundos podrá usted hacerlo con alguna ayuda.

—Me iré con mis propias energías —repuse—. Siento haberlo molestado, pero no quería yo ir a ver a los jefes de Melita a menos que fuera necesario. Algunas veces los jefes se ponen nerviosos cuando se investiga el crédito de alguno de sus empleados y eso no beneficia a los investigados.

—Espere, espere un minuto. Usted no va a andar por allá alborotando a los jefes; en estos momentos no sería bueno para Melita.

—¿Y por qué no sería bueno?

—Porque Melita tiene sus propios líos. Bueno, no voy a decirle un montón de chismes acerca de la muchacha.

Lo miré indignado.

—¿Y quién dijo que se trataba de chismes? Yo simplemente quiero obtener unos datos acerca de su persona. ¿En dónde está ella ahora? ¿No lo sabe usted?

—No lo sé. Está tomando un descanso por algunas semanas. Ellos…, bueno, la suspendieron.

—¿Es enfermera?

—Sí.

—¿Estudió enfermería y está registrada?

—Sí.

—¿Es digna de toda confianza?

—Absolutamente.

—¿No tuvo ningún lío en el hospital en donde estaba empleada?

—¡Qué condenada razón tiene usted en eso! ¡Sí que lo tuvo! —dijo Lassen—. Hay una supervisora que no la quería y la pobre chica cargó con la culpa de algo que ignoraba.

—¿Como por ejemplo?

—En dos ocasiones se han perdido algunas radiografías y revisando los archivos encontraron que otras más se habían

extraviado. Eso puede pasar en dondequiera y a cualquier hora. Docenas de gentes tienen acceso a esos archivos, especialmente los médicos que son notoriamente descuidados.

—¿Y culpan a Melita de esos extravíos?

—Sí, culpan a Melita. Esperaban solamente alguna excusa para amargarle la vida. Entonces uno de los pacientes se escapó y querían que Melita pagara la cuenta.

—¿Qué quiere decir con que él se escapó?

—No fue un él, fue una ella. De ese tipo caen a menudo en todos los hospitales. Un paciente que está en franca recuperación y sabe que tendrá que pagar una cuenta grande; alegando que no le están atendiendo como es debido, una noche sale a escondidas, de puntillas, y escapa.

—¿Y pueden hacerlo? Yo pensé que las enfermeras de noche tenían una guardia constante en el escritorio de la entrada…

—Claro que pueden si conocen el hospital. Hay toda clase de salidas. Pueden salir por las escaleras, por el laboratorio, o simplemente utilizando el cuarto de rayos "X". Pueden salir también por la entrada de ambulancias, o nada más haciendo sonar el timbre para que acuda la enfermera de noche, y mientras ésta atiende el llamado, escapan por el pasillo y se pierden de vista.

—¿Cómo ocurrió en este caso?

—Este caso no hubiera tenido importancia si no hubiera sido por esa supervisora, cara flaca, y el hecho de que tenían entre ojos a Melita por las radiografías perdidas. Esa supervisora había estado molestando a Melita tratando de hacerla renunciar.

»En realidad creo que esa supervisora es la responsable de las radiografías perdidas y está buscando a quien cargarle el muerto. De todas maneras, pretenden que Melita pague la cuenta de la que escapó, y asciende a casi trescientos dólares, que es algo más de lo que la chica puede ahorrar.

»Tiene a su madre enferma y ella la sostiene… Bueno, yo le dije que iría al hospital y que les garantizaría la cuenta, pero ella dice que por cuestión de principios no les pagará ni un centavo. Piensa que si se los paga, prácticamente aceptará su culpabilidad y admitirá también la pérdida de las radiografías y entonces esa supervisora realmente la haría su víctima.

—¿Y esas escapatorias suceden a menudo?

—Por supuesto.

—¿Sabe usted algo de la que escapó esta vez?

—Era una mujer estafadora de profesión. Joven, como de treinta años y según se averiguó, no tenía conexiones con nadie. Se divorció de su marido y su amante se lavó las manos en el asunto. Ya estaba lista para ser dada de alta, y entonces, aparentemente se puso grave, pero eso fue solamente el teatro que hizo. Cerca de la medianoche se levantó de la cama, sacó sus ropas del closet y se escurrió. Hay una cuenta de doscientos setenta y ocho dólares que quieren que pague Melita, porque aseguran que ella fue la culpable de que la mujer escapara. Eso la acabó de precipitar en una postración nerviosa». En realidad fue culpa del Departamento de Admisión. Esa mujer era una estafadora que conocía el tinglado. Ya había pedido a la empleada de Admisión que aceptara un cheque malo. De modo que ya se da usted cuenta del lío que se armaría si ahora fuera usted a pedir informes del crédito de Melita.

—¿No sabe usted en dónde se encuentra Melita?

—Tengo una idea.

—¿En dónde?

—Eso es algo que no voy a decirle, a menos que me vea obligado a hacerlo. No quiero que sea molestada.

Pensé las cosas por un momento y dije:

—Bueno, creo que tiene usted razón en eso. Entienda, señor Lassen, que nuestro departamento trata de obtener informaciones dignas de confianza, pero no queremos causar molestias. Y ahora dígame: aquí tengo otro nombre que los que me encomendaron la investigación piensan que es de una persona que usted conoce y al que también tengo que investigar: Helmann Bruno. ¿Sabe usted algo acerca de él?

—¿Bruno? ¿Bruno?

Lassen sacudió la cabeza.

—Nunca había oído ese nombre.

—Es un agente de alguna fábrica. Viaja mucho.

Nuevamente Lassen movió la cabeza. Le pregunté acerca de otros cuatro o cinco nombres que tomé al acaso del directorio telefónico, pero Lassen tampoco los conocía.

Entonces le dije:

—Es extraño. Hay una probabilidad de que el nombre de Melita

haya sido incluido en esta lista por equivocación. Pero no diga nada de esto a nadie.

—Yo no diré nada a nadie —dijo agresivo—, pero asegúrese usted de no decir tampoco nada que pueda perjudicarla.

Le sonreí y le dije:

—Repito que mis funciones son obtener información, no darla. Muchas gracias, señor Lassen.

Me volví bruscamente y me dirigí hacia la puerta; antes de salir volví la cara y lo vi mirándome la espalda con una expresión de duda. Entonces, el trabajo que tenía acumulado requirió su atención y volvió a reparar sus televisores.

capítulo nueve

ERA difícil lograr que la sorpresa traicionara a Bertha, pero cuando entré en su oficina sin anunciarme, no pudo disimular, primero sorpresa; después, consternación y al fin, enojo.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —me gritó.

—Hice explotar la chamba —le dije.

—¿Qué quieres decir?

—Que la quise poner en órbita.

—No me vengas aquí con ese lenguaje —replicó molesta—. Si la hiciste explotar por ponerla en órbita hablarás de esos lanzamientos de los satélites que tienen exceso de material combustible y vuelan en mil pedazos hasta llegar al infierno.

—Ésa es la cosa —le confirmé—. Mi satélite tenía exceso de combustible y voló en mil pedazos.

—¿Qué sucedió?

—Breckinridge quería llegar a un arreglo. Le pedí que lo suspendiera, pues yo pensaba que Bruno era un timador. Ahora la reclamación ha subido debido a unas circunstancias que no pude anticipar.

—¿Y Breckinridge te culpa?

—Breckinridge está disgustado.

—¡Maldita sea, Donald! —me dijo—. Eso es lo malo de ti. Eres un pequeño maldito inteligente, pero también eres demasiado presuntuoso. Has podido escurrir el bulto a través de terribles situaciones ayudado por la casualidad y un poco de agilidad mental, y ahora crees que tu mundo es una ostra.

—El mundo no es mi ostra —le dije—. El mundo, por el momento, es una verdadera desgracia. Si Breckinridge llama y te pregunta en dónde estoy, tú no sabes nada.

—Yo no puedo decirle eso —replicó Bertha—. Yo…

—¡Cómo que no puedes! Si no sabes, eso será lo que tengas que decirle.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó.

—Vine por la cámara —le dije—. Quiero tomar algunas fotografías de la escena de un accidente.

—¿Quieres decir que vas a ir de nuevo a Texas? Pero, la escena de ese accidente no significa nada. Según entiendo, fue en una calle ordinaria. Eso será todo lo que puedas aclarar y hace mucho que ocurrió.

—Yo no dije que quisiera tomar fotos del accidente —repliqué —. Dije que quiero tomar la escena del accidente.

Me salí para ir a mi oficina en donde me encontré con la mirada de preocupación de Elsie.

—¿Cómo la encontraste? —me preguntó al instante.

—Está un poco aburrida por el momento. Pero muy pronto recobrará los ánimos y se pondrá en pie de guerra. Deséame suerte, sigo con mi lío.

Con una sonrisa que se reflejó en sus ojos, me dijo tiernamente:

—Buena suerte, Donald.

Tomé la cámara y algunos rollos y salí para dirigirme en seguida a los Apartamentos Bulwin, el domicilio de Melita Doon. Hice sonar el timbre del departamento 283.

Una mujer joven, notablemente hermosa, de mirada fría, de veintiocho o veintinueve años, abrió la puerta y me examinó con franco interés.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Generalmente no nos llegan vendedores de su tipo. ¡No me diga que está pagando sus estudios universitarios vendiendo suscripciones de revistas!

Tenía una sonrisa retadora.

—¿Qué tipo de vendedores son los que prefiere usted? —le pregunté adoptando el mismo tono zumbón.

—Hombres de edad que han perdido la seguridad de sus empleos tienen que vender de casa en casa a base de comisión. Siento pena por ellos, pero si comprara todas las mercancías que vienen a ofrecer, quedaría en una situación económica peor de la que estoy.

—¿Puedo pasar? —le pregunté.

—¿Quiere usted?

—Sí

—Muy bien, pase.

Entonces abrió la puerta dándome paso.

Era un departamento más grande de lo que yo pensaba. La sala estaba cómodamente amueblada, con dos puertas a los lados, que daban acceso a las alcobas; en la parte trasera estaba la cocina. Aparentemente cada alcoba tenía su baño.

—¿Quiere sentarse antes de dar principio a su propaganda de venta?

—¿Tengo que dar principio a alguna? —le pregunté.

Sonreía fríamente.

—Todos los hombres tienen algo que vender —me dijo.

—Pero yo no vengo a venderle nada. Simplemente trato de obtener alguna información.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de una persona llamada Melita Doon; una enfermera que, según sé, vive aquí con usted. ¿No está?

—Yo soy la señorita Doon —dijo—. Responderé a todas sus preguntas. ¿Qué es lo que desea?

—La descripción que yo tengo —le contesté—, indica que la señorita Doon es completamente distinta. Entiendo que usted es Josefina Edgar su compañera

—Fue un buen intento de todos modos —me replicó sonriendo —. Trataba de proteger a Melita hasta donde fuera posible. Yo pensé que si podía responder a sus preguntas le ahorraría a ella muchos problemas. ¿Qué es lo que usted quiere?

—Una investigación de rutina —contesté.

—¿De qué se trata?

—Quiero averiguar algo acerca de ella; sus antecedentes personales, y su crédito comercial.

—¿Cómo se, llama usted?

—Tengo un número —le dije—. Es el

S-35

.

Repentinamente su mirada se volvió dura y cautelosa.

—¿Para qué departamento de gobierno trabaja usted?

—Las circunstancias me impiden identificarme, por lo que me concreto a decirle que soy el

S-35
.

—¿Está o no está al servicio del gobierno? ¡Vamos, compañero! Le hago esa pregunta para ponerlo en su lugar, porque ahora yo voy a hacer una pequeña investigación por mi cuenta.

—No estoy al servicio del gobierno —le dije.

—¿Es usted investigador?

—Sí.

—¿Detective privado?

—Sí.

Extendió la mano y dijo:

—Vengan.

—¿Qué?

—Sus credenciales.

Sacudí la cabeza y repliqué:

—Sencillamente seré conocido para usted como el
S-35
si no tiene inconveniente.

—Sí tengo inconveniente —insistió—. Usted quiere averiguar sobre Melita. El único modo que tendrá será que ponga las cartas sobre la mesa y hable francamente; de otra manera tomaré el teléfono y llamaré por larga distancia a Melita Doon para decirle que andan detrás de ella los detectives privados.

—Puede hacerlo si así gusta.

—Sí puedo, pero no nací ayer —dijo.

Saqué al fin mi cartera y le mostré las credenciales.

—Donald Lam —comentó—. Bonito nombre. ¿Qué es lo que quiere, Donald?

—Específicamente, estoy interesado en saber la verdad acerca del lío que tuvo Melita en el hospital. ¿Fue culpa suya?

—¿Fue culpa suya? —repitió como haciendo eco a mi pregunta y elevando el tono de su voz con manifiesta indignación—. La culpa fue de esa maldita pícara Howard, esa superintendente, cara flaca, que no ha estado haciendo otra cosa que armarle líos a Melita desde que tomó el empleo y ahora ha llegado hasta a acusarla del robo de unas radiografías, y provocarle una tremenda crisis nerviosa.

—¿Cuál es la verdad acerca de esas radiografías? —le pregunté.

—Ella no se hubiera atrevido a hacer tal cosa y de no haber

ocurrido esa fuga, no hubieran tenido nada en su contra. Eso fue lo que agravó la situación —continuó Josefina—. Le dio a esa señora Howard la oportunidad que había estado buscando.

»Por supuesto que la fuga fue parcialmente culpa de Melita, pero sólo parcial. A todas se nos fugan de vez en cuando, esto es, a la mayoría de nosotras. A mí se me fugó una paciente y conozco otras enfermeras que han pasado por lo mismo.

»Pero le diré una cosa, Donald Lam: no tendríamos que sufrir esas fugas si la oficina central cumpliera con su misión. Cuando el paciente llega con la recepcionista, ésta debería de ser capaz de reconocer en seguida a los pícaros y estafadores. Si realizaran una buena labor, no tendríamos que sufrir esas escapatorias.

»¿Pero qué ocurre?

»Que algún timador con una lengua suelta, generalmente una mujer, viene a contarnos una triste historia, hace mil promesas y consigue que la admitan. Entonces si es un caso de cirugía no se le puede molestar mucho y ella pretende no sentirse bien cuando en realidad su mejoría es notoria.

»Sin embargo, yo he sabido de pacientes que se levantan y huyen inmediatamente después de la operación quirúrgica cuando realmente todavía es peligroso para ellos huir. Bueno, digo que he tenido huidas, pero la verdad es que solamente ha sido una. Fue un caso de cirugía y aprovechó el día en que se le había otorgado el permiso para utilizar el baño.

—¿Pero qué me dice usted de esas radiografías? —le pregunté.

—No hay nada de eso —dijo Josefina—. Cierto que Melita tuvo parte de culpa en la huida de la paciente, pero en el robo de esas radiografías no tuvo nada que ver. Fueron simplemente unas placas que desaparecieron de los archivos.

»Y en esto, como siempre, hay la culpa de alguien más. El encargado del departamento de rayos X tiene que llevar una clase de registro cuando las películas son sacadas del archivo. Pero sucedió que en este caso la pequeña liendre encargada del departamento es una amiga particular de esa mujer Howard y nadie intentaría hacerla responsable de nada. ¡Oh, no, querida! Ella es la consentida de la maestra.

»Nadie acusaría a esa chica de haber dejado a un médico sacar un montón de radiografías sin la firma requerida. Nadie la acusaría

de poner esas pruebas de rayos X en sobres equivocados después de que algún médico las hubiera examinado, o de haberlas llevado sencillamente al cuarto de algún enfermo para enseñárselas. De modo que es a Melita a quien le ponen el alfiler en el cuello, acusándola de todo eso y por esa razón estoy verdadera mente furiosa.

—¿Va usted a hacer algo por remediarlo? —le pregunté.

—No sé —contestó ella—. Algunas veces siento deseos de ir al hospital y darle una buena sacudida a esa vieja calva Howard.

—¿No trabaja usted en el mismo hospital?

—Tengo un empleo especial.

—¿De día o de noche?

Encogió los hombros y dijo:

—A cualquier hora.

—¿Trabaja usted mucho? —le pregunté.

—Algunas veces —dijo vagamente.

—¿Tiene Melita a su madre enferma?

—Yo diría que sí. La tiene internada en una casa de salud y eso está sangrando a Melita económicamente, al grado de que tiene que pararse de cabeza para cubrir sus compromisos económicos. Por supuesto que ella consigue algunas atenciones profesionales de los médicos, pero su madre tuvo que ser sometida a una operación, y Melita debió pagar su importe. Ésa es una de las razones que la superintendente cara flaca arguyó para despedir a Melita. Sabía muy bien que estaba muy necesitada de dinero.

—Bueno —le dije—, creo que eso cubre todo lo que necesito saber. Muchas gracias.

Me levanté de mi asiento para retirarme.

Josefina lo hizo en seguida y vino hacia mí.

—Donald —me dijo—, ¿qué es lo que realmente persigue?

—No entiendo su pregunta.

—¿Quién está realmente interesado para pedirle a usted que haga esta investigación acerca de Melita?

—Es un asunto de rutina —contesté.

—¿Quién se la encomendó?

—¡Cielos! Yo no manejo este negocio en la oficina. Eso lo hace mi socia. Sencillamente salgo a la calle y hago las investigaciones.

—Por todo lo que usted sabe, ¿no estará trabajando para esa

mujer Howard?

—Por todo lo que sé, no sería difícil —contesté.

Se enfurruñó un poco y dijo:

—No es usted nada agradable, Donald.

No hice ningún comentario y se acercó aún más.

—Donald, dime.

—¿Qué deseas saber?

—Dime quién es tu cliente y por qué haces esta investigación.

—¿Tratas de hacer que traicione mis obligaciones solemnes y usas el sexo a fin de lograrlo?

Me miró a los ojos fijamente y dijo:

—*Todavía* no lo he usado.

—Estás debilitando las paredes de mis propósitos, mujer.

Me puso las manos sobre los hombros y estrechó su cuerpo contra el mío.

—Donald, dime, ¿está Melita en algún lío serio?

—¿Y por qué tenía ella que verse en un lío serio si no ha hecho nada malo? —le pregunté.

—Es que sencillamente no confío en esa mujer Howard. Tengo el presentimiento de que algo ocurre en ese hospital, que la Howard está profundamente envuelta en ello y que está tratando de cargarle el muerto a Melita.

—Bueno —le dije—, yo estoy haciendo una investigación justa.

—Donald, ¿harías una cosa?

—¿Qué?

—¿Cuando la termines me dirás lo que hayas averiguado?

—Quizá.

—Donald, de verdad. Yo estaría… muy agradecida…, muy, muy agradecida, Donald.

—Ya veremos —le prometí vagamente y con eso salí del apartamento.

Josefina permaneció parada en la puerta viendo cómo llegaba yo hasta el ascensor; entonces me envió un beso y entró en su apartamento cerrando suavemente la puerta.

Busqué un teléfono para llamar a Elsie Brand a la oficina.

—Elsie —le dije—, llama a Dolores Ferrol al rancho de Butte Valley Guest. Tengo la idea de que Melita Doon va a recibir una llamada de larga distancia en este momento y quiero saber si no

estoy equivocado. Puedes encontrarla a las dos de la tarde. Será después de la hora del almuerzo y antes de que la gente vaya a dormir la siesta. A esa hora ella tiene un poco de tiempo libre. Dile quién eres y que estás hablando por indicaciones mías; y además, que la veré muy pronto y que guarde esta llamada en secreto.

—Muy bien —dijo Elsie—. ¿Adónde vas ahora?

—Salgo para Tehachapi. Regresaré por la tarde

capítulo diez

EQUIPADO con mi cámara y algunos rollos de película, me fui en el automóvil a Tehachapi.

No fue demasiado difícil localizar la escena del accidente. La policía había sacado de la barranca los restos del automóvil, y tomando en cuenta que los neumáticos se habían quemado, la operación había dejado sus huellas bien marcadas. Sin embargo, encontrar la pista que indicara lo que originalmente había pasado no fue muy fácil, ya que las huellas casi se habían borrado.

Seguí la desviación y escogí el lugar en donde pensé que el auto de la señora Chester había sido lanzado fuera de la carretera. Eran visibles las huellas que indicaban que el auto había ido dando maromas hacia abajo por la empinada ladera, cerca de cien metros, hasta detenerse contra una gran roca. Encontré pedazos de cristal alrededor de esa roca y lugares en donde la pintura del auto se había embarrado. La versión de Sellers quedaba confirmada porque, estudiando las huellas, era evidente que alguien había impulsado el vehículo más abajo y que aparentemente utilizó un gato para moverlo.

Esa vez el automóvil realizó un largo y errático viaje.

La ladera de la montaña tendría unos cuarenta y cinco grados, haciéndose más empinada cada vez, hasta que finalmente, ya cerca del fondo de la barranca, terminaba en una caída brusca de unos veinticinco o treinta metros de altura.

La policía había recorrido todo el lugar y era evidente que había tomado montones de fotografías. Por dondequiera se veían los bulbos fotográficos quemados, diseminados en la tierra, un sinnúmero de colillas de cigarrillos y toda clase de huellas de pisadas, tanto en el lugar donde se estrelló el auto contra la roca, como al fondo de la cañada.

Durante diez o quince minutos anduve buscando una vereda accesible para bajar hasta el sitio en donde finalmente había caído el auto.

Aparentemente la policía había sacado el auto utilizando un malacate, subiéndolo derecho por la pared contra las rocas; y después habían utilizado una grúa para subirlo hasta la carretera en donde tuvieron que haberlo cargado en un camión para llevarlo finalmente al corral del condado.

Era indudable que la policía había encontrado evidencias en el vehículo y que pensó sería prudente conservar.

Sin duda alguna, en el rescate se utilizaron cientos de metros de cable y mucha energía, y había sido una operación costosa, lo que demostraba que la policía realmente quería ese auto, o lo que quedaba de él.

El lugar en donde había sido lanzado el auto fuera de la carretera se encontraba en la cumbre de la montaña y había algunas rocas diseminadas, pero la mayor parte estaba cubierta por césped seco y matorrales que son típicos de ciertas montañas del sur de California.

Después de alcanzar esa cumbre, la carretera bajaba serpenteando por el borde de la cañada con vista hacia el fondo arenoso. Desde el punto en donde yo me encontraba, a una distancia quizá de un par de kilómetros, terminaba el cañón y la carretera pasaba a sólo unos cuantos metros.

Estudié el terreno cuidadosamente y empecé a caminar siguiendo el fondo arenoso hacia la boca de la cañada. Después de un tramo, las huellas se habían perdido y la caída de la montaña se hacía menos pronunciada.

Todavía se apreciaban grandes rocas pero ya no tan altas; aunque cubiertas aquí y allá con matorrales y me iba siendo más difícil caminar entre ellas; sin embargo, me fui abriendo paso hasta recorrer unos cien metros.

En ese punto volví a distinguir en la arena nuevas huellas. Eran las de los zapatos de un hombre, pero en ese terreno seco y áspero no me fue posible identificar las marcas.

Seguí adelante cerca de medio kilómetro por esa arena lavada hasta llegar a un lugar en donde alguien había arrojado un cigarrillo a medio fumar.

Lo levanté con la punta de mi navaja y lo puse en una pequeña caja de cartón que había llevado para esos casos; seguía yo las huellas cuando oí el ruido de una roca que venía rodando hacia mí.

Miré hacia arriba.

Frank Sellers y otro hombre venían bajando la empinada loma.

—¡Deténgase, pedazo de hombre! —dijo Sellers.

Me detuve.

Bajaron los dos hombres. El que acompañaba a Sellers tenía una placa que daba a entender que era ayudante del jefe de policía del condado de Kern. Tendría unos cincuenta años y era de complexión robusta.

Lo señaló Sellers con el pulgar y dijo:

—Este agente es Jim Dawson, un asistente de la oficina del jefe del condado de Kern. Y ahora dígame, ¿qué diablos está usted haciendo aquí?

—Visitando la escena del crimen.

—¿Para qué?

—Estoy verificando.

—¿Verificando qué?

—Verificando sus conclusiones.

—Le dije a usted que se mantuviera alejado de esto —me dijo Sellers—. No necesitamos su ayuda.

—No estoy muy cierto —le dije.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Advirtió usted esas huellas que bajan hasta el lugar en donde se quemó el automóvil?

—¿Qué tienen que ver?

—Alguien bajó caminando hasta el fondo de la barranca para llegar a un punto en donde pensó estar seguro de que nadie buscaría sus huellas; luego vino por el fondo hasta aquí.

—Está usted loco —gritó Sellers—. Foley Chester empujó a su esposa fuera de la carretera, y dejó su auto allá arriba a unos treinta metros de donde la había lanzado; luego regresó, abordó su automóvil y se alejó. Lo tenemos todo aclarado. Tenemos las huellas y fotografías para probarlo.

—¿Entonces quién fue el hombre que vino hasta aquí? —le pregunté.

—Ni sé, ni me importa —replicó Sellers—. Todo lo que sé es que

hemos estado poniendo trampas por todos lados; organizamos vigilancia policíaca que espera que Chester llegue, y usted continúa irrumpiendo en todas estas trampas. No podemos tolerar que siga usted haciéndolo. Vamos a cortarle las alas. ¿Qué tiene usted en esa caja?

—Un cigarrillo que levanté a unos cien metros de aquí. Un cigarrillo a medio fumar, y usted puede hacer una prueba de clasificación de saliva. Quizá hasta pueda encontrar alguna huella digital o… Me arrebató la caja Sellers, la abrió, echó una mirada a la colilla y exclamó:

—¡Pamplinas! ¡Usted y sus malditas teorías!

Arrojó la caja lejos de sí.

—¡Ojalá que usted no hubiera hecho eso, Sellers! —le reconvine.

El asistente del Condado de Kern no era un mal cascarón.

—Mire, Lam —me dijo—, usted tiene algún interés en este caso. ¿Por qué no pone usted sus cartas sobre la mesa?

—Las pondré —le dije—. Foley Chester tuvo un accidente de automóvil. Fue su culpa. El tipo que salió lastimado demandará, a la compañía de seguros por una cantidad exorbitante, tan pronto como sepa que se persigue a Chester por asesinato. Si Chester mató a su mujer, es una cosa. Si no lo hizo, es otra. Yo quiero averiguar la verdad antes de llegar a un arreglo. Hasta ahora ustedes tienen evidencias circunstanciales que apuntan hacia Chester. Yo quiero comprobar todas esas evidencias y la única forma de evaluar la situación es asegurarse que ustedes tienen en realidad todas esas evidencias circunstanciales.

El asistente asentía con la cabeza, pero Sellers dijo:

—No le prestes atención, Jim. Tú oyes hablar a este tipo y muy pronto te hará pensar que nunca hubo ningún cadáver, nunca un auto quemado, tampoco pintura embarrada en las rocas, ni nunca hubo ninguna evidencia.

Sin dar importancia a las palabras de Sellers, proseguí:

—Foley Chester sale en un viaje de negocios. Mientras él está ausente no deja dirección para que le remitan su correspondencia. No hay nada que indique que éste no es uno de sus viajes de negocios. Usted tiene el raspón de un automóvil que él alquiló y una astilla del vidrio de un fanal que lo consideran como evidencia y eso es sencillamente todo.

—Siga usted —dijo el asistente—. Si usted tiene algunas teorías, nos gustaría oírlas.

—Muy bien —continué—. Ustedes, señores, bajaron al fondo del cañón en donde se incendió el automóvil.

—De acuerdo.

—Pero según las huellas, ustedes no bajaron hasta donde está el claro en el fondo arenoso.

—De acuerdo nuevamente.

—Por lo tanto, debieron de haber subido de regreso a la carretera.

—Por tercera vez, de acuerdo.

—¿Cuánto tiempo les llevó el regreso?

Sonrió Dawson y se pasó la mano por la frente.

—Ya no soy tan bueno para trepar como era —admitió—. ¡Maldita sea! ¡Casi me desmayo antes de llegar allá arriba! Iba bufando y pujando todo el camino. Me parecieron largas horas.

—¿Les llevaría una media hora? —le pregunté.

—Algo más que eso —afirmó.

—Muy bien —le dije—. El punto de la carretera en donde se salió el automóvil está, en una curva y la carretera es relativamente angosta.

—Así es —dijo el asistente—. Tuvo que ser esa clase de lugar el que eligió para lanzarla porque si no hubiera sido una curva, y la carretera no hubiera sido angosta, ella podía haberse detenido, aplicando los frenos, o continuando su camino, o hacer algo para evitar ser lanzada de ese preciso lugar.

—La teoría de ustedes —continué— es que el auto fue lanzado desde allá. Y que rodó, dando maromas hacia abajo, hasta detenerse contra una roca. ¿Piensan ustedes que Chester detuvo su auto, bajó con una palanca de gato, golpeó a su esposa hasta matarla, levantó con el gato la parte trasera del auto y envió de nuevo el automóvil rodando hasta el fondo del cañón?, un largo, muy largo viaje.

—Así es.

—Entonces, Chester subió hasta su automóvil para ir a esperar la luz del día a algún lugar, y una vez que amaneció, regresó, estacionó su automóvil, bajó hasta donde estaban los restos del auto despeñado, los roció con gasolina dejando el tapón del tanque fuera de su sitio y encendió el fuego.

—¿Estamos equivocados? —preguntó el agente del condado.

—Entonces, después de haber incendiado los restos debe haber subido de regreso a su automóvil.

—Así es como lo pensamos —comentó el asistente del condado.

Sellers, molesto, escupió.

—De modo —proseguí—, que según piensan ustedes.

Chester debió haber dejado su auto estacionado allá en aquella curva angosta durante una hora y media aproximadamente. ¿Advirtieron esas señales que dicen:

NO

SE DETENGA,

ESTACIONAMIENTO

SÓLO EN CASO DE EMERGENCIA, CAMINO ANGOSTO, y todo lo demás? ¿Cuánto tiempo creen que pueden dejar un auto estacionado allá arriba en esa curva sin que alguien lo reporte a la policía de caminos o que algún agente pase por el lugar y les levante una infracción?

Dawson dijo:

—Oiga, puede que tenga usted algo de razón en eso —se volvió hacia Sellers y le dijo—: Echemos una mirada a las infracciones de tráfico, hay probabilidades de que encontremos algo allí.

—No lo escuches —replicó Sellers, enfadado—, no le hagas caso. ¿Ves la carretera allá arriba?

—Por supuesto —contestó el agente policíaco del condado.

—Muy bien, pues sigue escuchando a Lam y muy pronto te hará creer que no hay ninguna, que simplemente es un pedazo de hilo que se pegó a tus anteojos y que es sólo tu imaginación la que te hace pensar que sea una carretera —se volvió hacia mí y sin abandonar su tono de enfado me dijo—: Usted siempre tiene un montón de teorías, pedazo de hombre. Algunas veces está en lo justo; pero esta vez no lo necesitamos; esta vez tenemos los pelos en la mano y sabemos lo que estamos haciendo. Todas las evidencias que necesitamos para condenar a Chester, están en nuestro poder. Lo que nos falta ahora, es atraparlo. Estamos más interesados en su arresto que en una disertación de evidencias circunstanciales.

—Las evidencias circunstanciales —le contesté—, no lo son, al menos que tengan ustedes *todas* las circunstancias. Las huellas que guían hacia las rocas lavadas, son una parte de esas circunstancias

que ustedes no han considerado. Ese cigarrillo también forma parte de ellas. El asesino tampoco se iba a exponer a dejar su auto estacionado en aquella peligrosa sección del camino.

—Pudo haber estacionado el vehículo medio kilómetro más abajo —dijo Sellers.

—Pudo hacerlo —repliqué—; o también pudo haber tenido un cómplice que manejó el auto hasta donde usted dice. Entonces todo lo que el asesino tenía que hacer, era caminar hacia este lugar y seguir hasta el sitio en donde cayó el vehículo. No es más que medio kilómetro de una caminata sencilla, contra esa media hora de escalar la montaña bajo los rayos del sol.

—Muy bien, muy bien —protestó Sellers sin cambiar su tono de voz—. Él tenía un cómplice. Después de que lo atrapemos haremos que confiese y no nos importará maldita la cosa si él tenía ese cómplice o no. Lo que por el momento queremos, es atraparlo.

Sin hacerme esperar le dije:

—Siga usted adelante y presente un cargo de asesinato contra Foley Chester en su ausencia; cuando él aparezca, usted le dará una sorpresa agradable con dicho cargo.

—Sí, ya dije que le teníamos una sorpresa —afirmó Sellers.

—Y quién sabe si para la fecha en que él regrese usted haya falseado las evidencias lo suficiente para que el pobre tipo no pueda probar su inocencia.

—¿Cuáles evidencias? —preguntó el sargento sarcásticamente.

—La evidencia de ese hombre bajando hasta el fondo arenoso de la barranca, por una sola cosa —le dije—. Usted mismo juzgue. La carretera desciende por una empinada loma. Tiene una media docena de curvas, pero nuevamente se presenta a unos treinta metros de ese claro arenoso y a no más de un par de kilómetros hacia abajo de donde usted encontró el auto; y aunque usted vaya a kilómetro y medio abajo del claro, la elevación decrece a tal grado que solamente llega la carretera a unos cien metros de distancia. Si yo hubiera bajado a incendiar el automóvil no hubiera regresado por tan empinada cuesta. Tampoco hubiera dejado un automóvil allá arriba en donde a mi regreso podría haber encontrado a un agente de tráfico que me hubiera impuesto una multa y hecho mil preguntas. Yo habría incendiado los restos del auto y luego habría caminado por la ladera arenosa de la barranca.

—¿Y hubiera caminado de regreso paralelo a la carretera hasta encontrar su automóvil? —me preguntó Sellers secamente.

—No, si tenía un cómplice —le repuse sin titubear.

El policía del condado se volvió hacia Sellers con una mirada interrogadora. El sargento le hizo un gesto de que se callara. Yo aproveché la pausa para continuar:

—Ese cigarrillo que usted acaba de despreciar es de una marca que no se ve muy a menudo y que no es muy anunciada. Está elaborado con muy buen tabaco. Y si usted es un poco afortunado y la evidencia no ha sido muy manoseada, podrá obtener el tipo de sangre por la saliva que quedó impregnada en el extremo del cigarrillo.

—¡Pamplinas! —exclamó Sellers.

El asistente del condado de Kern se dirigió hacia donde el sargento había tirado la pequeña caja con el cigarrillo, la miró por un momento, la levantó y la guardó en su bolsillo.

—No despreciemos ninguno de estos detalles que la defensa pudiera capitalizar —le dijo—. Ahora que Lam ha mencionado esto, pensemos que algún abogado pudiera alegar que hemos alterado las pruebas.

—Lo acepto —dijo Sellers y volviéndose hacia mí me espetó—: Donald, vaya a su automóvil y, ¡lárguese al diablo! Y no asome las narices en ningún lugar en donde pueda aparecer Chester, hasta que lo hayamos atrapado; hablo en serio. Es una orden que le está dando un agente de la ley. Apártese de Chester y de todos los lugares en donde él pueda aparecer. Y ahora —prosiguió con marcado sarcasmo—, ya que sabemos lo ocupado que está usted, no es necesario que lo detengamos más. Siga adelante con sus negocios… Y si se interpone en alguno de los lugares en donde hemos establecido nuestra vigilancia, y hace que Chester sospeche que lo esperamos, ¡Dios me ayude!, pero voy a tomar una manguera de hule y lo azotaré a usted sin ropa alguna de modo que lo recordará hasta el día en que se muera. Y ahora, ¡lárguese!

Lo miré directamente a los ojos y me alejé.

El asistente del condado de Kern, Jim Dawson, me observaba pensativamente, mientras yo subía hacia la carretera.

capítulo once

DESDE la primera cabina telefónica que encontré hice la llamada al rancho Butte Valley Guest y pedí hablar con Dolores Ferrol. Pude oír el ruido de música y risas durante el minuto que tardó ésta en tomar el teléfono.

—¡Hola, Dolores! Habla Donald Lam. ¿Averiguaste algo acerca de Melita?

—Pero, Donald, hoy a mediodía hablé con tu secretaria y…

—Está bien, yo le dije que te llamara; pero ahora dime, ¿qué sabes de ella?

—Sucedió una cosa extraña —dijo Dolores—. Recibió Melita una llamada telefónica antes del mediodía. No podría decirte con exactitud a qué hora fue, pero ocurrió cuando yo había salido en el paseo a caballo de la mañana.

—¿Y qué sucedió?

—Empacó apresuradamente; dijo que su madre se había puesto grave y que tenía que regresar. Cuando yo volví del paseo, ya se había ido. Así fue de precipitada su salida.

—Muy bien —le dije.

—Donald, la gente ha hecho mil preguntas acerca de ti.

—Me parece bien —le respondí—. Deja que pregunten. Pronto iré para allá.

—No te demores mucho —me dijo con el tono profesional de una seductora cortesana.

—No tardaré demasiado —repuse colgando. Eran casi las siete de la noche cuando entré en la oficina, colgué la cámara en su lugar del closet y fui a mi escritorio por si hubiera algunas notas para mí. Había luz en la oficina de Bertha. Era evidente que me había oído cuando abrí la puerta.

—¡Por Dios! —entró rugiendo—. El tratar de estar en contacto

contigo me ha provocado úlceras desde la manzana de Adán hasta la punta de los pies. ¿Por qué diablos no me dices adónde vas?

—Porque no quería que nadie lo supiera.

—Al decir nadie, creo que querrás decir Frank Sellers.

—En parte, sí.

—Bueno, pues Frank Sellers supo en dónde estabas. Me llamó y me dijo que si no dejabas de meter las narices en ese caso de asesinato, te iba a meter al bote y dejarte allí hasta que el caso hubiera terminado.

—Frank es muy impulsivo —le dije.

—También estaba furioso como un demonio.

—Sí, se enoja, lo sé. Ésa es una debilidad en un investigador.

—Homer Breckinridge está ansioso por verte. Ha estado llamándote cada media hora… —me informó Bertha, interrumpiéndose cuando oyó sonar el otro teléfono—. Creo que en este momento vuelve a llamar —levantó el aparato y al instante el tono de su voz se hizo meloso—. Sí, señor Breckinridge, precisamente acaba de entrar en su oficina. Le iba a decir que le llamara…, aún no tiene aquí ni diez segundos…, sí, lo pondré al teléfono.

Me entregó el auricular y Breckinridge en seguida dijo:

—¡Hola, Donald!

—El mismo.

—Hay mucho que contar.

—¿Qué ocurre?

—Creo que me precipité al apreciar mi experiencia.

—¿Por qué, señor Breckinridge?

—Parece que ese hombre, Bruno, es mucho más listo de lo que yo creía.

—¿Qué sucedió?

—Pues que Alexis Melvin, al parecer, está metido en el caso.

—¿Quién es ése?

—Alexis Bott Melvin es un especialista en lesiones de las vértebras cervicales, odiado y temido por todas y cada una de las compañías de seguros del Oeste.

—¿Así es de bueno? —le pregunté.

—Así es de malo —repuso Breckinridge.

—¿Y qué ha hecho?

—Ha tomado el caso en sus manos. Y ahora puedo decirle a usted cualquiera de estas dos cosas: o Bruno ha sido siempre muy listo o Melvin es el que nos ha dado tantas complicaciones para golpearnos duro y bonito.

—Continúe —le dije.

—No puedo explicarle bien por teléfono. Me gustaría hablar con usted esta noche, pero no puedo salir de casa por el momento.

—¿Quiere usted que vaya a verlo?

—Si pudiera, Donald, me serviría mucho —titubeó un poco y prosiguió—: En este momento estoy solo, pero mi esposa puede llegar mientras estemos hablando. En el caso de que así suceda, creo que sería mejor no hablar con muchos detalles. Hay muchas cosas en esos asuntos que ella no entiende.

—Comprendo —le dije.

—Muchas gracias, Donald. Usted ha mostrado mucho tacto y comprende que en los negocios es necesario trabajar con empleados del sexo femenino, pero siempre es difícil explicar esos asuntos a una mujer.

—Lo entiendo perfectamente —le dije—. Estaré por allá dentro de una hora. Tengo que atender otro asunto antes de ir con usted, pero no tiene que preocuparse por su esposa, puede confiar en mi discreción. El tono de su voz reflejó su alivio:

—Gracias, Donald; muchas gracias. Colgué y me di cuenta de que Bertha me observaba con ojos brillantes.

—¿Qué le hiciste a ese hombre?

—¿Por qué?

—Lo has hipnotizado. A temprana hora del día, se sentía muy seguro, pero luego recibió algunas llamadas telefónicas de un agente suyo. Parece como si lo hubieran pescado con las manos en la masa y sin duda está pidiendo ayuda. Quiere hablar contigo y dice que es tan confidencial, que ni siquiera puede decirme de lo que se trata. Añadió que tú lo entenderás, pero que le llevaría demasiado tiempo explicarme para que yo apreciara la situación.

Sonreí diciéndole a Bertha:

—Quizá, después de todo, nos van a salir bien las cosas. Esa secretaria tuya dijo que te había dejado una nota en tu libro de notas, algo que era necesario que leyeras tan pronto como llegaras.

—¿Importante? —pregunté.

—Probablemente pensará que lo es. Ella cree que todo lo que tú haces tiene mucha importancia. Le dejó dicho a la operadora del teléfono que le avisara inmediatamente si llegabas.

—Muy bien —le dije—, veré lo que me dejó anotado Elsie y después iré a casa de Breckinridge.

—¿Y luego, qué?

—Luego no sé, ya veremos el sesgo que toman las cosas.

—¿Fueron suficientes los datos que te conseguimos sobre esa enfermerita?

—No suficientes. Hablé con su novio esta mañana y después fui a ver a su compañera de apartamento.

—¿Y qué averiguaste? —me preguntó Bertha.

—Ha sido acusada del robo de radiografías que muestran lesiones y que probablemente han sido vendidas a personas que están simulando.

—¿Y esas radiografías no tienen números clave que indiquen a qué persona fueron tomadas?

—Por supuesto —dije—, pero pueden arreglarlas. Copian la parte que muestra la lesión y la colocan sobre otra placa que tenga el número clave y el nombre del paciente. Se necesitaría después un experto para determinar que algo hubiera sido alterado. Si alguna persona infunde sospechas y especialmente anda en busca de algo, quizá sería posible descubrir el engaño; pero el promedio de ajustadores de seguros tienen un abogado que ya ha hurgado entre los archivos para sacar esas radiografías. Una vez que ven el nombre del paciente, las dan por reales y si esas placas muestran algunas lesiones efectivas, el agente de la compañía hará un arreglo inmediato sobre esas bases.

—¿Y tú crees que esa enfermera ha robado las radiografías? —inquirió Bertha.

—Así lo creen en el hospital —le contesté—. Aparentemente les gustaría deshacerse de ella, pero no quieren hacer una acusación abiertamente. Por otro lado, piensan que todo el problema se deba a una supervisora a quien Melita Doon no le simpatiza y que está tratando de echarla. Ahí es donde entras tú y el próximo paso será ir a los apartamentos Bulwin; vas a hablar con la compañera de Melita, una muchacha llamada Josefina Edgar.

—¿Ya hablaste con ella? —preguntó Bertha.

—Sí, ya lo hice, pero no me condujo a nada. Tiene muchos recursos y sabe defenderse y atacar; se me acercó moviendo su cuerpo, y cuando la acusé de estar usando su sexo, me dijo que todavía no lo usaba.

—Ése es el efecto que tú les causas a todas ellas —dijo Bertha suspirando.

Yo sacudí la cabeza y comenté:

—No fue mucho el efecto. Ella es demasiado impresionable y demasiado rápida. Trató de usar el sexo muy de prisa y era demasiado temprano para mí.

—¿Entonces, qué hago? —preguntó Bertha.

—Hazla pedazos y mira qué tiene dentro.

Bertha se levantó de su ruidosa silla diciendo:

—Deja que me empolve la nariz y estaré contigo.

Se dirigió a la puerta y salió por el pasillo; mientras tanto yo entré en mi oficina para ver en mi cuaderno de apuntes la nota de Elsie. La había escrito de tal manera que nadie sabría lo que quería decir:

> *«Te dije que él era horrible y esa idea tenía yo, hasta que me llamó hoy a mediodía, y me pidió que saliera para hablar conmigo. ¡Donald, es realmente maravilloso! Entiende todas las cosas que yo pensé anoche que no estimaba. Esperé a que llegaras hasta muy tarde. Hice la llamada telefónica que tú querías, y la persona con quien hablé me dijo que investigaría a M.D., pero que había oído que ya había liquidado para salir. Me dijo también que iba a averiguarlo y que podrías llamarle hoy por la tarde. Si hay algo más que pueda hacer por ti, llámame. Elsie».*

Arranqué la nota del cuaderno, la doblé para ponerla en mi bolsillo y esperé a Bertha.

capítulo doce

LLEGAMOS a los apartamentos Bulwin y estacionamos el auto enfrente de la entrada. Bertha examinó el lugar y exclamó:

—Si me preguntas, te diré que es un tugurio de mucha clase.

—No te pregunté —repuse—. Simplemente te traje.

Se escurrió Bertha del automóvil, entramos en el edificio y subimos al apartamento 283. La suerte estaba con nosotros. Josefina Edgar se encontraba en casa.

—¡Vaya, Donald! —me dijo a manera de saludo con un tono que destilaba miel, volviéndose luego para mirar a Bertha.

—Señorita Edgar —le dije—, quiero presentarle a Bertha Cool. Es mi socia y desea hablar con usted.

Ésta no dijo ni una palabra, y se concretó a empujar la puerta que Josefina tenía a medio abrir. La compañera de Melita tuvo que hacerse a un lado a fin de que Bertha no la atropellara. Irrumpió Bertha en la sala, miró alrededor y se volvió hacia mí.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

—Quiero saber acerca de Melita Doon —le contesté.

—Ya te dije esta mañana todo lo que sabía, Donald —me dijo Josefina con algo de pánico en su voz—. Hasta donde yo sé, Melita Doon es una perfecta y respetable joven; trabaja duramente para sostener a su madre inválida y no estoy de acuerdo en que invadan mi apartamento de esta manera.

—¡Pues no lo esté, maldita sea! —dijo Bertha—. Pero si cree que va a tratar de engañar a un investigador profesional, está usted loca como un diablo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Josefina.

—¡Ese cuento acerca de la pobrecita niña que sostiene a su madre y que trata de vivir lo mejor que puede! —dijo Bertha—. Eche una mirada a todo esto; ¡eso cuesta dinero! Las muchachas

como ustedes, no pueden sostenerlo y todavía hacerse cargo de una madre inválida. ¿En dónde diablos está la alcoba de Melita? Josefina se había quedado sin voz y se concretó a señalar hacia una puerta.

—¿Entonces esa otra tiene que ser la suya? —preguntó Bertha.

—Así es.

Se dirigía Bertha hacia la alcoba de Josefina cuando ésta le gritó:

—¡Oiga usted! ¿Adónde va?

Bertha siguió sin hacerle caso. Josefina corrió en pos de ella y la asió por un brazo tratando de detenerla. Con uno de sus rápidos movimientos de defensa personal, Bertha giró sobre sus talones haciendo rodar por el suelo a Josefina, luego continuó su camino y comenzó a revisar los closets.

—¿A quién pertenecen estas ropas de hombre? —le preguntó Bertha.

—¡Usted…, usted…, salga de ahí! ¡Voy a llamar a la policía!

Sin escuchar las protestas de Josefina, Bertha arrojó un par de trajes sobre la cama y revisó las etiquetas de los bolsillos interiores. Sacó un par de camisas de uno de los cajones de la cómoda y advirtió la letra «C» hermosamente bordada sobre el bolsillo.

—Debe usted pensar mucho en ese tipo, ¿eh? —le dijo Bertha.

—Es mi primo —contestó Josefina desafiante—. Dejó algunas de sus cosas personales aquí mientras salía de viaje.

Siguió Bertha su inspección alrededor de la alcoba, luego regresó a la sala, pasó a la otra alcoba, anduvo husmeando por allí, regresó y dijo:

—¿A qué viene esa endiablada idea?

—¿Cuál idea? —replicó Josefina.

—La de robar radiografías.

—Ella no robaba radiografías —protestó al instante Josefina—. Ya le dije que era esa supervisora.

—Esa muchacha Doon, ¿tiene un amante? —preguntó Bertha.

—No, absolutamente no.

—¡Pamplinas! —dijo Bertha. Se acercó a mí y me dijo—: Está aleccionada en alta escala.

Josefina estaba indignada.

—Yo no tengo que ver nada en ese asunto, pero con seguridad

voy a ver a mi abogado. Creo que puedo hacer que les retiren sus licencias. No tienen derecho a entrar aquí para hacer un cateo sin autorización ninguna.

—Muy bien, queridita —le contestó Bertha—. Ve a exponer tu queja ante las autoridades; averiguaremos quién es ese misterioso primo tuyo y probablemente sabremos dónde vive su esposa.

Se dirigió Bertha a la cama y realizó una revisión experta de los trajes.

—Aquí hay una etiqueta de la lavandería. Donald, apunta este número: C-436128. Bueno —terminó Bertha dirigiéndose hacia la puerta—. Creo que es todo lo que podemos hacer aquí. Estas chicas están muy bien alojadas.

—Ustedes no pueden hacer uso de esto —dijo Josefina comenzando a llorar—. No deben hacerlo, es una simple etiqueta de lavandería. Ésa…

—Sí, sí, lo sé —dijo Bertha tranquilamente—, su primo. Bueno, no alborotaremos las cosas a menos que usted quiera.

Salió Bertha del apartamento y yo la seguí.

Una vez en el pasillo le dije:

—¡Santos cielos, Bertha! Te expusiste esta vez, no tenías ningún derecho a entrar en esa alcoba.

—Olvídalo —dijo Bertha—. Esas mujeres te hipnotizan. Yo puedo identificar a una mentirosa nada más con verla.

—Las mentirosas son las que algunas veces entablan las grandes demandas.

—Lo sé —apuntó Bertha—, pero esas chicas son vulnerables y tienen su trinquete. ¿Qué clase de muchacha es esa Melita Doon?

—Es una especie de corista a la que tienen controlada y que no sabe utilizar su sexo —le contesté cuando entramos en el ascensor.

—¡Pamplinas! O lo usa, o sencillamente está vendiendo esas radiografías, como loca. Sus ropas te parecerán las de una mujer virtuosa, pero las que estaban colgadas en su closet eran trapos demasiado buenos. Y no pienses ni por un momento que Josefina va a pedirle a su amante que sostenga un apartamento doble que le permita a Melita disfrutar de ese lujo, sólo porque a ella le gusta tener compañía.

Llegó el ascensor a la planta baja y salimos del edificio para subir al automóvil. Siguiendo su costumbre, Bertha dio el portazo,

pero no tuvo éxito para arrancar la portezuela; sólo estuvo a punto de romper el cristal y dijo:

—¡Dios mío, Donald! No debías de haberme hecho perder el tiempo. Tú pudiste haber sido capaz de darte cuenta de lo que hay en ese par de chicas.

—¡Vaya cuento! ¡Conque tiene a su madre enferma!

—¡Su madre enferma! ¡Maldita sea!

Llevé a Bertha a su apartamento y yo seguí en dirección de la casa de Breckinridge.

Estacioné mi auto a un lado de la ancha entrada dejando espacio suficiente para otros automóviles y subí los escalones de la puerta central. Antes de que tuviera oportunidad de sonar el timbre, Breckinridge había abierto la puerta.

—Pase usted, Donald —me dijo cordialmente—. Toda la tarde traté de comunicarme con usted.

—Ya me lo dijeron —le dije—; pero yo pensé que usted nos había relevado de toda responsabilidad en el caso, de modo que no me molesté en llamarle.

—Cometí un gran error, Donald, y soy el primero en reconocerlo.

Lo seguí hasta la gran sala y sin más preámbulos le dije:

—Muy bien, ¿qué es lo que pasa?

—Recibí un reporte de Arizona.

—¿Envió usted al agente allá? —le pregunté.

—No, no lo envié; recibí una llamada telefónica y como resultado de ella pensé que sería menos que inútil enviar al agente para que tratara de llegar a un arreglo con Bruno.

—¿Por qué?

—Bueno, para comenzar le diré que creo que después de que una persona ha tratado de repetir la misma fechoría una o dos veces, no da resultado pretender arreglarse con ella. No quise interrumpirle.

Lo dejé que siguiera.

—Siéntese, Lam. Póngase cómodo. ¿Le gustaría tomar un poco de escocés con soda? ¿O un poco de coñac con Seven up?

—Se lo agradezco —le contesté—. Quizá no tengamos mucho tiempo para hablar abiertamente, de manera que vamos al grano mientras podemos.

—Sí, indudablemente. Es una buena lógica —dijo Breckinridge —. Bueno, ésta es la situación, Lam: la idea de un concurso simulado fue como un hechizo en dos casos que tuvimos que llevar a la corte, y en otros tres en los cuales tuvimos un arreglo. En las otras ocasiones, cuando enviamos algunas mujeres con nuestros agentes e hicieron la cosa demasiado íntima, no nos dio precisamente muy buen resultado; recuerdo que ya le conté a usted sobre esos casos.

»Pero fue una buena idea de todos modos. Hicimos creer al demandante que había ganado el concurso, haciéndose merecedor a esas dos semanas de vacaciones con todo pagado en el rancho Butte Valley Guest. Mordió el anzuelo, llegó al rancho, y cuando se dio cuenta del escenario volvió a vivir. Como usted sabe, la vida en un rancho de ese tipo, difícilmente es la apropiada para que un inválido descanse…

»Sin tener mayores problemas, obtuvimos películas del demandante en las que se le veía agitando los palos de golf, echándose clavados desde la plataforma de la alberca, haciéndoles ojitos a algunas de las mujeres jóvenes e impresionables que siempre hay alrededor y, algunas veces, nuestra representante del rancho, Dolores Ferrol, lo tenía tan completamente embobado que se hubiera parado de cabeza si ella se lo hubiera pedido.

»Pero los últimos casos que llevamos a la corte nos traicionaron. Fue evidente que Melvin investigó acerca de nuestras encuestas simuladas y de nuestra conexión con el rancho Butte Valley Guest y todo lo subsecuente. De modo que ya tenemos nuevamente a A.B. Melvin preparado para atrapar al oso.

—¿Desde cuándo? —le pregunté.

—Desde esta mañana. Pero creo que él ha venido planeando atraparnos. Me parece que Bruno y él han trabajado codo con codo todo el tiempo.

—¿Y ahora en qué va la cosa?

—Melvin está en el rancho. Se ha enterado del cargo de asesinato contra Foley Chester.

—¿Cómo sucedió eso?

—De la manera más simple del mundo —dijo Breckinridge—. Cuando se hizo cargo del caso quiso ponerse en comunicación con Chester. Por supuesto, supo que Bruno estaba tratando con una

compañía de seguros, pero de todos modos quería saber los antecedentes de aquél.

»Sin duda alguna se puso en contacto con la agencia de detectives que maneja sus negocios en esta ciudad. Empezaron a buscar a Chester y muy pronto averiguaron que su apartamento estaba vigilado por la policía y en seguida supieron toda la historia.

»Era todo lo que Melvin necesitaba. El gato anda de cacería. Melvin viaja en caballo de hacienda y él no lo ignora. El cielo sabe la clase de arreglo que tendremos que hacer con él.

—Bueno, si es un caso justo, ¿por qué no envió usted al ajustador de la compañía para que investigara e hiciera el arreglo?

—Es un caso justo, sí, pero la respuesta es embarazosa —dijo Breckinridge—. Ya Melvin conocía a nuestro ajustador por haber tratado con él en otro caso semejante, y desde luego nuestro enviado no era adversario para el abogado.

—Entonces, ¿ahora qué?

—Quiero que usted vaya al rancho. He preparado cuatro cheques de caja pagaderos a Helmann Bruno y a A.B. Melvin en cantidades de veinticinco mil dólares cada uno, lo que hace un total de cien mil dólares en efectivo. Yo creo que usted puede terminar el caso con esa cantidad.

—¿Está usted dispuesto a subir tan alto?

—Estoy dispuesto a subir tan alto si usted tiene que hacerlo y yo creo que no habrá otro remedio.

—Ese hombre, Melvin, ¿ha ganado algunos casos a base de argucias? —pregunté a Breckinridge.

—Es muy listo y muy astuto.

—¿Y cree usted que haya utilizado radiografías alteradas?

—No lo dudaría.

—¿Y todavía quiere pagarle esa cantidad tan elevada?

—Quiero salir de este caso. Cuando su asegurado esté convicto de asesinato, la compañía de seguros quedará en una posición absolutamente imposible.

—Y si Melvin pudo envolver fácilmente a su ajustador especializado, ¿qué le hace pensar que no puede envolverme a mí?

—Porque me propuse investigarlo y sé de qué cosas es usted capaz, Lam.

—¿Cómo lo logró usted?

—Salí con su secretaria esta mañana y tuve una larga plática con ella. Tarde o temprano usted lo sabría y creo que es mejor que se lo diga yo mismo. A pesar de que anoche me porté un poco brusco y le ordené que dejara el caso, entiendo que usted continuó investigando por su cuenta. Me dijo la señorita Brand que usted encontró una enfermera estafadora que ha estado robando radiografías y que ya tiene muchos datos en contra de ella.

»No necesito decirle a usted, Donald, en qué posición quedaría Melvin si pudiéramos probarle que ha utilizado fotografías falsas y patrocinado simuladores. Le daríamos a usted los más sustanciosos premios que jamás haya soñado en su vida; digo le daríamos porque cada una de las compañías de seguros que operan en esta parte del país se unirían para otorgarle una hermosa recompensa y entregarle tantos negocios como su agencia pudiera controlar.

»Quedé verdaderamente asombrado de algunas de las cosas que me dijo la señorita Brand; detalles acerca de algunos casos que usted ha resuelto en los que ha demostrado su notabilísima habilidad. Yo…

Se abrió la puerta de la sala y entró la señora Breckinridge.

De un salto me puse de pie.

—Buenas tardes, señora Breckinridge.

—¿Cómo está usted, señor Lam? ¿En dónde está su secretaria? —preguntó mirando a su alrededor.

Simulé una sorpresa cortés a su pregunta y le dije:

—Probablemente esté en su casa. Esta noche tengo mi propio automóvil. La primera vez que estuvimos aquí, fue ella a recibirme al aeropuerto a mi regreso de Texas.

—Ya entiendo —dijo sonriendo—, ¿y cómo va el caso?

—Tendré que dejar al señor Breckinridge que le responda. Él es general, yo soy un simple soldado —le dije sonriendo.

—Usted es coronel —replicó Breckinridge prontamente—, y está haciendo una labor maravillosa. Aquí está el sobre con los papeles de que le hablaba. También encontrará usted un finiquito. Ahora, me gustaría que tomara usted el primer avión de la mañana y que regrese para que termine ese asunto.

—¿Regresar a dónde? —preguntó la señora.

—A Dallas —dije con indiferencia.

—¿Tiene usted suficiente dinero para sus gastos? —me preguntó

él.

—Indudablemente.

—Bueno, adelante entonces y use su criterio. El cielo es el límite.

—¿Y puedo llegar hasta esa cantidad que usted mencionó para conseguir un arreglo?

—Puede ir más allá si considera que la situación lo justifica.

—Tomaré el primer avión para estar allá temprano y poner manos a la obra —le dije.

—¿Me mantendrá usted informado?

—Lo mantendré a usted informado. Me estrechó la mano para despedimos.

La señora Breckinridge me dirigió una amable sonrisa y me dijo:

—Temo que mi esposo lo esté haciendo trabajar horas extraordinarias, señor Lam.

—¡Oh!, todo entra en el juego —le dije.

—¿Trabaja usted solo, o tiene un socio?

—Tengo un socio —repuse—. Es una agencia completa.

—La agencia se llama Cool y Lam —intervino Breckinridge apresuradamente.

—¿Y quién es el señor Cool? —preguntó ella.

—Es una señora Cool —aclaré.

Al instante se apretaron sus labios hasta quedar solamente una línea fina.

—Bertha. Cool —le expliqué—. Pasa de los sesenta años, Pesa alrededor de ochenta kilos y siempre me recuerda un rollo de alambre de púas. Es dura y áspera. La mayor parte de las veces ella se encarga del trabajo de oficina y de las finanzas, y yo estoy en la línea de fuego.

La señora Breckinridge sonreía nuevamente.

—De esa manera creo que debe ser una sociedad muy eficiente —dijo ella.

—Así es —continué—. Algunas veces cuando las sirenas femeninas tratan de hechizarme con sus cantos, salta Bertha a la escena y lo que ella puede hacer a esas curiosidades es realmente maravilloso.

La expresión de la cara de la señora Breckinridge era positivamente radiante.

—Yo creo que es un arreglo estupendo. Estoy verdaderamente contenta de que mi esposo haya empleado sus servicios. La mayoría de los hombres no tienen la menor idea de lo que una mujer puede enredar en sus dedos, particularmente algunas de esas pequeñas vampiresas que utilizan sus encantos físicos a fin de conseguir lo que ellas quieren. De vez en cuando, yo trato de prevenir a mi esposo contra algunas de esas gentes que intentan aprovecharse de él. Yo sé que piensa que soy exageradamente desconfiada.

—De ninguna manera, querida —se apresuró a decir Breckinridge.

Se volvió la señora hacia mí y me dijo:

—Creo que sería sencillamente maravilloso soltar a la señora Bertha Cool para que algunas veces se hiciera cargo de esas gentes.

—En realidad sí es un gran espectáculo verla trabajar —le dije.

—¿Qué hace?

—¡Oh! —le contesté—. Bertha es muy ruda y algunas veces hasta soez. Les dice a esas mujeres que ya están tratando de mujer a mujer, y que las lágrimas y las medias de nilón no querrán decir absolutamente nada. Entonces procede dejándolas a un lado y, si le ofrecen alguna resistencia, Bertha las sacude hasta hacerlas castañetear los dientes. Se olvida completamente de que es una dama cuando empieza a hacer pedazos a alguna de esas vampiresas. El lenguaje que usa en esos momentos la impresionaría verdaderamente, señora Breckinridge.

Los ojos de la esposa de Breckinridge fulguraban.

—Homer —le dijo en tono de reproche—, nunca me dijiste nada acerca de esa deliciosa señora. ¿Cuánto tiempo hace que estás utilizando los servicios de estos detectives?

—Éste es el primer caso —repuso él—. Por decirlo así, apenas nos estamos conociendo.

—Bueno, creo que es maravilloso; la combinación parece magnifica —comentó la señora—. Y ahora creo que no debo interferir en sus conversaciones de negocios. Me retiraré.

Me dio la mano, se despidió con otra amable sonrisa y salió de la sala.

Me miró Breckinridge y dijo;

—Creo que Elsie Brand tenía razón, Donald.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted es un tipo muy listo. Y ahora vuele hacia el rancho y sáqueme ese caso de Bruno de la cabeza. Haga el mejor arreglo posible, pero hágalo.

—Me voy pues.

capítulo trece

NO tuve dificultades en encontrar a Buck Kramer en el aeropuerto.

—Le vamos a hacer a usted una cuota especial —me dijo sonriendo—, o acaso sea mejor un arreglo para venir a recibirlo a caballo. Parece que no he estado haciendo otra cosa más que traerlo de aquí para allá.

—¿No hubo otros clientes en este avión? —le pregunté.

—Ningún otro —dijo—. Tenemos la casa llena.

—Pero había varias cabañas desocupadas cuando yo salí.

—Estamos en lo mejor de la temporada y se nos ha llenado la casa.

—¿Huéspedes ordinarios? —le pregunté.

—Uno de ellos, no.

Lo miré fijamente. Yo había estado en el rancho lo suficiente para darme cuenta de que había una regla prohibiéndoles que criticaran a los huéspedes.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Estaba muy interesado en usted —dijo Kramer.

—¿Y por qué había de estarlo?

—Bueno, vamos, espere un momento —me advirtió Kramer—. No mencionó su nombre pero lo describió muy bien.

—¿Qué quiere decir?

—Me preguntó de manera especial si había algún hombre que hubiera venido al aeropuerto para usar el teléfono y que no estuviera particularmente interesado en la vida del rancho, pero que se advirtiera que se dedicaba a otras actividades.

—¿Y le habló usted de mí?

—¡Caracoles, no! —respondió prontamente Kramer—. Lo miré como si fuera una hoja en blanco y le dije que yo sabía que la gente llegaba ahí a descansar y a montar a caballo, no en viaje de

negocios. Creo que ese tipo es un abogado que viene de Dallas y ha pasado algún tiempo con el hombre ese que tiene la lesión cervical. Yo no sé si será coincidencia, pero me parece un poco extraño que haya estado interesado en usted.

Me reí y le dije:

—No creo que realmente se interesara por mí. Probablemente le preguntaba si habría quizá algún otro abogado relacionado con Bruno.

—Es posible —dijo Kramer enigmáticamente y luego añadió—. Ayer perdimos a un cliente. Melita Doon salió de una manera inesperada. Dijo que su madre se había agravado, pero tomó un avión para Dallas en vez de ir a Los Ángeles.

—¿De veras? —le pregunté.

—Sí, ¿tiene algún significado para usted?

—¿Lo tiene para usted Kramer?

Sonrió y dijo:

—El agua no está muy clara.

—Tendré que estarme aquí por un tiempo y prestar un poco más de atención a mis paseos a caballo —le dije con indiferencia.

—Constantemente voy y vuelvo al aeropuerto —respondió Kramer amablemente—. Tantas veces como vaya será bien recibido para viajar conmigo. Me gusta ir acompañado y usted es un buen muchacho.

—Gracias —le dije.

Salimos del camino de tierra y entramos en el rancho. Enfiló Buck la camioneta hacia el área de estacionamiento y allí se detuvo. Me levanté estrechando su mano y dándole las gracias.

—Por nada —me dijo—. Creo que un tipo en el empleo que yo tengo se vuelve como un caballo. Puede medir a un jinete y clasificarlo rápidamente.

Fui a mi cabaña y después de asearme, pensé husmear un poco para ver lo que Dolores Ferrol tenía que decirme, antes de intentar hacer ningún contacto con Helmann Bruno.

Ella había salido a pasear a caballo. Lo hacía ocasionalmente cuando había mujeres que necesitaban ser instruidas en las costumbres diarias de la vida del rancho. Cuando regresé había un hombre parado en la puerta de mi alojamiento. Aparentemente trataba de utilizar una llave falsa en la cerradura.

Se volvió hacia mí con una sonrisa amistosa y me dijo:

—He estado tratando endemoniadamente de abrir la cerradura con esta llave —alzó la mirada para ver el número y casi con el mismo aliento exclamó—: ¡Vamos, con razón! ¡Ésta no es mi cabaña! ¿Cómo pude haber sido tan estúpido? Generalmente yo no tengo problemas para orientarme.

Di unos pasos hacia él.

—¡Santos cielos! ¡No me diga que ésta es su cabaña!

—Sí, sí es.

—Bueno, bueno, bueno, creo que somos vecinos inmediatos. Mi nombre es A.B. Melvin, de Dallas; las iniciales A.B. responden al nombre de Alexis Bott. ¿Puede usted imaginarse a los padres acomodándole a uno esa clase de nombres?

—Entiendo que usted es abogado, ¿verdad señor Melvin?

—¡Así es! ¿Cómo lo adivinó usted?

—Por sus modales.

—No oí bien su nombre —me dijo.

—Lam —contesté—. Donald Lam.

Tomó la mano que le tendía y agitó mi brazo repetidas veces con un exceso de cordialidad.

—Creo que está usted de vacaciones, señor Lam.

—En cierto modo —le dije—. ¿Y usted está aquí en plan de negocios?

—Bueno… —hizo una pausa y sonriendo dijo—. En cierto modo.

—Tengo la cabaña siguiente, Lam —dijo apuntando hacia ella—, y probablemente nos veremos muy a menudo.

—Yo pensé que esa cabaña estaba ocupada por una señorita Doon. Creo que venía de Los Ángeles. ¿Qué pasó con ella?

—Con seguridad no sé —dijo Melvin—, pero había una mujer joven que salió de manera inesperada; creo que recibió un telegrama en el que le avisaban que su madre se encontraba bastante grave, o algo así. ¿Cómo era esa chica? ¿Rubia? ¿Esbelta?

Asentí.

—Creo que ésa es —dijo Melvin—. Se agravó su madre y tuvo que regresar.

—Es una pena —le dije—. Yo pensé que ella en realidad necesitaba ese descanso porque se las había visto negras.

Dejó pasar Melvin mi comentario como si no le interesara.

—¿Va a estar usted aquí por algún tiempo, Lam? —me preguntó.

—No puedo decirlo —le contesté—. Y usted, ¿cuánto piensa estar?

—Voy de salida. Le dije a usted que mi viaje era en parte de negocios. Ya arreglé lo que quería y saldré muy pronto, pero de todas maneras tengo la idea de que nos veremos con frecuencia.

Le dije ya sin rodeos:

—¿Por qué no se deja de fintas y pone sus cartas sobre la mesa?

—Por mi está bien —repuso—. ¿Cómo está Homer?

—¿Homer? —le pregunté.

—Breckinridge, de la Compañía de Seguros All Purpose. Un gran tipo, ¿eh?

Abrí la puerta y lo invité a entrar.

Me siguió Melvin y dijo:

—Me llevó un poco de tiempo localizarlo, pero una vez que lo tuve, ya no hubo problemas en desmenuzarlo. Donald Lam, de la Agencia de Detectives Privados Cool y Lam. Breckinridge trabaja esta vez desde un nuevo ángulo. Con anterioridad él había utilizado a sus ajustadores e investigadores. Pero esta vez se ha salido de su rutina y ha contratado una agencia independiente.

—Siéntese —le dije—. Póngase cómodo y dígame algo más acerca de Breckinridge. Me ha interesado usted.

—Así lo esperaba. Breckinridge es un gran tipo. Una persona muy digna. Le gusta ser el gran personaje ejecutivo. Se casó por dinero. Su esposa es la principal accionista de la Compañía de Seguros All Purpose. La señora es una persona muy interesante. Sin embargo, esa compañía de seguros es muy buena. Obtiene muy buenas ganancias y creo que Breckinridge maneja bien las cosas, pero su oficina siempre trata de complacer a su esposa.

—¿Me está usted diciendo eso por alguna razón en particular? —le pregunté.

—Por supuesto que sí. Usted me dijo que quería que yo pusiera las cartas sobre la mesa y es lo que estoy haciendo. Breckinridge concibió una brillante idea. Simularía un concurso, y las personas que tuvieran alguna demanda contra la compañía de seguros saldrían beneficiadas. Los premios consistirían en dos semanas de vacaciones en este lugar. La propietaria, Shirley Lage, no tiene la menor idea de lo que está ocurriendo aquí. El eslabón de la cadena

es Dolores Ferrol. ¡Vaya conexión! ¡Caracoles! ¡Si la esposa de Homer Breckinridge conociera esas maniobras! Ella sabe que algo se cocina aquí y que Breckinridge tiene a una mujer que le trabaja, pero no conoce todos los detalles.

—¿Detalles? —le pregunté.

—¿Dispone de media hora, Lam?

—Por supuesto; quiero hacerle notar que no he dicho ni una sola palabra. Usted es el que está hablando.

—Lo tengo bien presente —dijo Melvin—. Voy a hablar lo suficiente como para que usted después tenga oportunidad de hacerlo. Entonces podrá llamar a Breckinridge para que le dé su autorización de llegar a un arreglo.

—¿Arreglo sobre de qué?

—Sobre la reclamación de Helmann Bruno. ¿Pues qué pensó usted?

—¿Usted lo representa?

—Claro que lo represento —contestó Melvin sonriendo—. Lo he venido haciendo desde que ocurrió el accidente. Cuando Bruno llegó a darme cuenta del premio obtenido en el concurso, me dijo que había sido tan fácil, que le hacía pensar que algo extraño había en todo eso.

—¿Y usted qué pensó?

—Yo no tuve que pensarlo. Yo lo sabía. En tres o cuatro ocasiones Breckinridge había utilizado algún material que pudo obtener en este lugar para llevar a cabo sus arreglos. Y había hecho trizas las reclamaciones en la corte mandándolas al infierno. Esto debió bastarle. Pero el maldito tonto en vez de abandonar ese procedimiento, que hubiera sido lo indicado y pensar en algo nuevo, insistió en continuar con la misma táctica.

»En una de esas demandas por daños, cuando yo estaba sentado entre la audiencia, me llegó el soplo de lo que una compañía de seguros iba a hacer para desbaratar la demanda y quise ver personalmente cómo lo lograban.

»Fue una labor muy astuta. El reclamante alegaba que se había dislocado una vértebra. Usando la misma argucia lo hicieron venir aquí, y le tomaron películas en las cuales aparecía zambulléndose en la alberca, nadando enfrente de un par de bellezas y, más tarde, realizando unos maravillosos tiros en el campo de golf.

»Cuando terminaron de exhibir esas películas, el demandante se había desplomado. Virtualmente su abogado tiró la toalla al cuadrilátero. El jurado regresó con su veredicto habiendo tardado solamente quince minutos en deliberar. Por supuesto que la decisión favorecía a la parte demandada.

»De modo que cuando Bruno me dijo que había ganado ese premio, de dos semanas de vacaciones en este rancho, le dije que lo aceptara, pero que tuviera mucho cuidado en no exhibirse físicamente.

Melvin me hizo un guiño con el ojo derecho.

—Yo simplemente quería saber lo que esta vez ocurriría. Le di a Bruno la oportunidad de que descansara, y pensé que sería capaz de decirme lo que aquí pasaba. Pero no lo hizo, de modo que vine para encontrarme que uno de los huéspedes hacía demasiadas llamadas telefónicas, y muchas idas y venidas. Su nombre era Donald Lam; entonces investigué y, claro, resultó ser un detective privado. Y ahora si quiere usted venir a mi cabaña, le enseñaré algunas fotografías.

—Aún no digo nada —apunté.

—No lo haga; sencillamente venga conmigo.

Lo acompañé a su cabaña, donde bajó las persianas, preparó un pequeño proyector de películas y colocó una pantalla.

—Lo que le voy a exhibir no se acerca a esas maravillosas películas que tomó la compañía de seguros en otros casos —me dijo —; pero consideremos que ellos tenían fotógrafos profesionales, lentes de largo alcance y unas cámaras muy costosas. Yo tuve que comprar estas tomas a un aficionado, a uno de esos turistas que toman todo lo que se les ocurre. Pero de cualquier modo se divertirá usted viéndolas.

Apagó las luces y, sin esperar mucho, hizo funcionar su proyector.

Al principio se vio una luz brillante en la pantalla, pero repentinamente aparecieron las figuras en colores, pequeñas pero perfectamente claras.

En traje de baño, tendido junto a la alberca, se veía a Breckinridge mirando a Dolores Ferrol que estaba sentada en el borde, con los pies colgando y jugueteando en el agua. El hombre descansaba apoyado en un codo.

Dijo algo que hizo reír a Dolores y ésta se inclinó, metió una mano en el agua y salpicó la cara de Breckinridge.

Sin que ella lo esperara, la asió él por un tobillo y aunque trató de evitarlo, no fue lo suficientemente rápida para impedir que tirara de ella. Luego, con presteza, Breckinridge soltó el tobillo y agarró la pierna sujetándola firmemente. Con la mano que tenía libre, sacó agua de la alberca amenazando a Dolores con mojarla.

Debió decirle ella que no lo hiciera, y quedó tendida mirándolo sonriente, descansando las piernas sobre las de él.

Lentamente dejó caer el agua de la palma de su mano, se secó en su calzoncillo de baño y acarició con ligeras palmadas la pierna desnuda de Dolores.

Ésta se escurrió voluptuosamente, huyendo del regazo de Breckinridge y poniéndose de pie.

También él se levantó y echaron a andar juntos.

La cámara los mostraba caminando hacia el edificio central del rancho. Puso él la mano sobre el hombro de ella y la deslizó hacia abajo para darle una palmada en el trasero.

La película se hizo borrosa, parpadeó por un momento y cambió la escena.

Ésta había sido tomada al atardecer. La luz no era tan buena como en las anteriores. La mayoría de las figuras eran sólo siluetas, pero era posible reconocer a Dolores y a Breckinridge.

Charlaban animadamente cerca de los corrales. Parecía que acababan de llegar de un paseo. Dolores estaba vestida con su traje de montar y Breckinridge usaba pantaloncillo corto y un sombrero tejano, y miraba a uno de los vaqueros.

Algo le dijo Dolores, y entonces él se quitó el sombrero. Ella alzó la cara y lo miró retadoramente.

La atrajo hacia sí Breckinridge y la besó; luego se fundieron en un estrecho abrazo.

—Desgraciadamente no había buena luz en esa escena —explicó Melvin—. Yo creo que fue tomada unos minutos después de la puesta del sol.

Nuevamente la pantalla se hizo borrosa para dar comienzo a la escena de uno de los paseos a caballo. Torpemente Breckinridge se bajó del caballo, y Dolores con toda gracia y agilidad desmontó de su silla.

La tomó él del brazo con aire de propietario y la guió hacia la carreta donde preparaban los almuerzos. Tomaron café, y comieron huevos con jamón, charlando animadamente.

Cuando terminaron, extendió Breckinridge su mano y Dolores la tomó. Entonces, cogidos de la mano caminaron hacia donde habían dejado los caballos.

Se escondieron detrás de uno y permanecieron ahí por un momento. Lo único que se vio de ellos fueron sus pies juntos. Se oscureció la pantalla.

—Y ahora tendremos un nuevo ángulo —dijo Melvin—. Ése será muy bueno.

Aparentemente el fotógrafo se las había arreglado para tomar la escena del otro lado del caballo, y logró fotografíar a. Dolores y a Breckinridge allí parados. Esta vez la tenía él en sus brazos con gran ternura. Estuvieron en esa posición por unos diez segundos y luego se separaron repentinamente, cuando uno de los vaqueros apareció caminando hacia la parte posterior del caballo.

Apagó el proyector Melvin y colocó la película en posición de reversa.

—¿Hay algo más? —le pregunté.

—Después de eso es muy aburrida —dijo el abogado—. Esto le dará a usted una idea, de que este negocio de películas es algo que se puede aprovechar en distintos sentidos.

—Y con exactitud, ¿qué intenta usted hacer con ellas?

—Depende de usted —me dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Esas películas —dijo Melvin pausadamente son parte del caso de Bruno.

—¿Y por qué?

—Ése es el propósito que tengo. No estoy cierto de que todo pueda ser pertinente presentarlo como evidencia, pero mi idea es tratar de exhibir el hecho de que la compañía de seguros, en vez de procurar reducir los daños a un mínimo y disminuir los dolores y sufrimientos de mi cliente, estaba tratando realmente de exagerarlos y colocarlo a él en una posición en donde se vería inclinado a esforzarse y a contravenir las instrucciones de su médico.

»A fin de demostrarlo, voy a probar que todo este negocio de las vacaciones en un rancho es una trampa que ha sostenido la

compañía de seguros con el sólo propósito de hacer que los demandantes hagan esfuerzos para exhibirse.

»De esto haré una gran historia. Primero voy a presentar a Breckinridge haciéndole la corte a Dolores Ferrol; luego voy a interrogarlo para que diga si llegó a un arreglo con Dolores mediante el cual ella tendrá que actuar como representante de la compañía de seguros y usar sus atractivos sexuales para hacer que los reclamantes exhiban su masculinidad y su fuerza física.

»Por supuesto, seré franco con usted Lam, no estoy seguro de que pueda salirme con la mía y presentar todo este material como evidencias en el caso; tendré que usar el argumento de que la compañía, en vez de ofrecer un tratamiento médico para el lesionado, en realidad lo coloca en una situación, con la cual perjudica su caso ante el jurado y al mismo tiempo, agrava sus lesiones.

»Le daré a usted un ejemplo: Ayer, mientras usted no estaba, Dolores le hizo a Bruno una gran faena. Lo invitó a levantarse de la silla de ruedas un par de veces, y lo llevó caminando con ella hasta los corrales. Eso fue contrario a las órdenes del médico, y también contra mis instrucciones. Se supone que él no debe todavía caminar sin la ayuda de su bastón. Pero la chica es lista.

»Después de eso, cuando regresó a su cabaña, me dijo Bruno que sentía grandes mareos. El modo como yo veo las cosas, es que eso constituye una agravación de las lesiones provocado por la compañía de seguros.

»De todos modos volviendo a nuestro asunto, estas películas no intento utilizarlas, sino como una pequeña parte de mi caso. No las utilizaría por nada en el mundo para molestar personalmente a Breckinridge.

—Sería un chantaje si lo hiciera —apunté.

—Si consideráramos que yo quisiera sacarles provecho en forma directa con Breckinridge, sí sería chantaje, pero solamente las voy a utilizar conectándolas con el caso de Bruno. Como abogado de éste, tengo derecho a hacerlo.

—¿Qué trata de decirme? —le pregunté—. ¿Que una vez que lleguemos a algún arreglo me entregará usted un finiquito absoluto por parte de Bruno y también me entregará esas películas?

—De acuerdo.

—¿Cuánto?

—¡Cien mil del águila!

—Va usted, muy, muy lejos —le dije—. Ninguna lesión de las vértebras cervicales que sea discutible podría alcanzar un arreglo de esa naturaleza.

—Bueno, piénselo —me dijo con indiferencia—. Muy pronto llevaré esto a la corte y creo que va a ser un buen caso.

—Puedo decirle que no va usted a conseguir ese arreglo de cien mil.

—Es usted un jovencito con muchas agallas —me dijo—. Pero antes de hacer una declaración semejante, sería mejor que hablara con Homer Breckinridge. Cuando entable mi demanda lo haré por doscientos cincuenta mil y voy a exigir que se pronuncie sentencia dentro de las siguientes cuarenta y ocho horas; y como parte de mi queja voy a alegar que como resultado de la conspiración de la compañía de seguros contra mi cliente, se le agrava ron sus lesiones. Y le mencionaré que no le traerá ningún provecho tratar de ponerse en contacto con Bruno, independientemente, porque él dejará el rancho conmigo.

—¿Regresan a Dallas? —le pregunté.

—No lo creo —dijo Melvin sonriendo—. Lo pondré en un lugar en donde va a ser muy difícil localizarlo hasta después de que la demanda haya sido emplazada y la prensa lo haya entrevistado.

—Muy bien, ahora voy a hablar yo —le dije.

—Adelante —dijo Melvin.

—Usted es abogado. Usted puede representar a su cliente, pero no puede usted hacer un chantaje. Por el momento está tratando de chantajear a Breckinridge y hacer que pague esa exorbitante suma por la vía de un arreglo a fin de que pueda recoger esas películas.

Aparentemente Melvin se enfureció.

—¿Qué diablos está usted diciendo? ¿Me acusa de chantaje?

—Si no fuera por esas películas no estaría usted solicitando tal cantidad para obtener un arreglo con Bruno.

—¡De modo que eso piensa! —replicó—. Bueno, usted es tan listo que quizá no sabe que la policía de Los Ángeles en estos momentos busca a su asegurado por el cargo de asesinato.

—¿Qué? —pregunté.

—Es un hecho. Investíguelo. No tenía yo que dejar salir al gato,

pero ya que me está usted hablando de chantaje, le hablaré de asesinato. Su hombre, Chester, a quien la Compañía de Seguros representa, venía teniendo líos con su esposa.

»Durante los días felices del matrimonio, cuando cuidaban de sus intereses mutuos, tomaron una póliza mancomunada por la suma de cien mil dólares. Pero tan pronto como el idilio se acabó y a Chester se le metió la idea de que su mujer lo engañaba, provocó un gran pleito y ella lo dejó. Él la siguió desde su apartamento hasta San Bernardino y desde ahí hasta San Francisco, haciendo que se despeñara en la carretera. Sin duda alguna Chester buscaba cobrar el importe del seguro.

»Desgraciadamente el auto de la señora no rodó hacia la barranca como él había esperado, y entonces bajó, golpeó en la cabeza a su mujer con la palanca de un gato y empujó el auto hasta el fondo para ir en seguida a prenderle fuego.

—¿En dónde supo usted todo eso? Tengo conexiones con la policía de Dallas. La de Los Ángeles averiguó que Chester se había visto envuelto en un accidente en Dallas y quería informarse de lo que había ocurrido, especialmente si el hombre a quien había lesionado tenía alguna dirección en donde Chester pudiera ser localizado.

»De modo que la policía llegó a mi despacho para hacer estas averiguaciones y yo hice que me dijeran de qué se trataba, antes de consentir que ellos entraran en contacto con Bruno; accedí a que lo hicieran por teléfono ayer.

»Y ahora, para no quitarle su tiempo, vaya y dígale a Breckinridge que cuando este caso salga a juicio la demanda será por doscientos cincuenta mil dólares; que vamos a reclamar que la compañía de seguros agravó las lesiones de mi cliente, que exhibiremos unas cuantas películas de nuestra propiedad, y que el jurado va a saber que el hombre causante de las lesiones es una de estas dos cosas: o un fugitivo de la justicia o sencillamente se encuentra preso esperando ser juzgado por el asesinato de su esposa.

»Ahora ríase y no venga a decirme que cien mil del águila es mucho pedir por un arreglo en un caso de esta naturaleza.

—¿En dónde podré encontrarlo? —le pregunté.

—Me podrá usted encontrar en mi oficina en Dallas —contestó

—. Y a cualquier hora que alguien desee hablar con Helmann Bruno lo podrá hacer por mi conducto. Mientras tanto, él no estará dispuesto a firmar ningún papel ni a hacer ninguna declaración.

»Me imagino que usted querrá hablar por teléfono confidencialmente a Breckinridge desde una caseta telefónica, probablemente en el aeropuerto; le doy a usted cuarenta y ocho horas, dentro de las cuales podemos llegar a ese arreglo.

Me tendió la mano y terminó diciendo:

—He tenido mucho gusto en conocerlo, Lam. El hecho de que nos encontremos en lados opuestos en este caso, no afecta necesariamente nuestras placenteras relaciones… Pienso que usted saldrá antes de que Dolores regrese.

—Saldré en seguida —le dije.

—Y no creo que regresará —me dijo sonriendo—. Lo despediré a usted de ella.

—Hágalo.

Regresé a buscar a Buck Kramer y no me fue difícil encontrarlo.

—¿Sería posible un viaje de emergencia al aeropuerto? —le pregunté.

—¿De nuevo?

—De nuevo.

—¿Por qué no les dice que lo provean de una de esas grandes bolsas para dormir, como las que tenemos para pasar la noche en el campo, y la extiende a un lado del aeropuerto?

—Creo que lo haré —contesté—. Pero de hecho, me parece que ya no regresaré.

Desapareció de su cara la sonrisa.

—¿Algún lío, Lam?

—No muy grande.

—¿Ese abogado de Dallas?

—Está en conexión con él.

—Ordene usted —dijo—, y lo inmovilizo en seguida.

Levanté las cejas.

—¡Oh, no! —dijo Kramer—. Nada rudo; usted sabe que yo no me prestaría para nada de eso, ni expondría a la señora Gage a que la demandaran, ni siquiera a que fuera objeto de algunas críticas. Pero sí lo haría tan suavemente, que ese maldito abogado ni siquiera sabría lo que le había sucedido.

—Sólo por curiosidad —le pregunté—. ¿Qué le sucedería?

—Bueno —dijo Kramer—, nada más hable y lo llevaré a un paseo muy interesante. Me encargaré de darle el caballo apropiado.

—¿No hará, que el caballo lo envíe por los aires? —le pregunté.

—¡Ni lo quiera el cielo! Pero tenemos unos cuantos caballos que tienen un lomo muy duro y cuando trotan, bueno, le diré a usted que se necesita un maldito y buen jinete para sentarse en uno de esos caballos trotones; y debido a que caminan muy lento, prefieren trotar que ir al paso. De modo que cuando tienen sobre sus lomos a algún escandaloso… ¡Diablos, Lam, no debía yo decirle estas cosas! Le estoy revelando un montón de secretos.

—Por lo que a mí respecta, siguen siendo secretos —le dije—. Simplemente estoy interesado, eso es todo.

—Bueno, entonces vamos a ponerlo en uno de esos endiablados caballos y colocaremos a la cabeza del grupo a uno de esos animales rápidos; entonces el caballo de lomo tieso, hará de cada paso de aquél un trote infernal, y cuando nuestro abogado regrese del paseo, no se sentirá con ganas de ir a ningún bailecito por mucho tiempo.

—Buck, represento a una compañía de seguros. Se me ha dicho que pague las cantidades que yo considere necesarias o aconsejables para gastos. Creo que usted se hace merecedor a cien dólares, según lo entiendo yo. Me gustaría mucho que inmovilizara de esa manera a Alexis Bott Melvin.

—Así se hará —contestó Kramer—. Tengo muchas cosas interesantes que enseñarle. Pero en estas circunstancias no le importará a usted que otro de los muchachos lo lleve al aeropuerto, ¿verdad? Ese asunto lo manejaré yo mismo.

—No me importa lo más mínimo que cualquier otro me lleve al aeropuerto.

Nos estrechamos las manos y Kramer me dijo:

—Regrese cuando guste. Es muy agradable tenerlo aquí, Lam. Me gustan las gentes que se llevan bien con los caballos.

Se volvió y llamó a otro de los vaqueros.

—Trae acá la camioneta —le dijo—, y lleva inmediatamente al aeropuerto al señor Lam.

—Al momento —replicó aquél.

capítulo catorce

TAN pronto como llegué al aeropuerto llamé a Breckinridge.

—Se reporta usted muy temprano —me dijo—. Lo interpreto como buenas noticias, Lam. Pienso que ya lo tiene usted todo arreglado y que debemos felicitarlo.

—Las felicitaciones son un poco prematuras —le dije.

—¿Quiere decir que todavía no arregla usted nada?

—No.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—No puedo discutir eso por teléfono; entiendo que esta llamada pasa a través del conmutador.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Puede ser interceptada.

—Yo no tengo secretos en lo que se refiere a negocios de la compañía —replicó Breckinridge—; de modo que continúe y dígame cuanto tenga que comunicarme.

—Si no es una impertinencia, señor Breckinridge, ¿quién hizo el contacto inicial en el rancho con la persona que iba a representar a la compañía de seguros?

—Eso no viene al caso en lo absoluto —me dijo.

—¿Ha estado usted en el rancho personalmente?

—Estuve personalmente y pasé unos días de vacaciones —me dijo fríamente—. Pero no puedo ver qué tiene que ver eso con nuestro caso.

Empecé a explicarle:

—Melvin localizó algunas de las personas que estuvieron en el rancho en esa misma ocasión. Se puso en contacto particular con una mujer que tenía una pequeña cámara de cine y que tomó películas de todo lo que tenía a la vista. Aparece usted en varias escenas con otra persona. Hubo un silencio absoluto al final de la

línea.

—¿Todavía está usted ahí?

—Aquí estoy —replicó Breckinridge con voz trémula.

—Melvin intenta usar esas películas como parte del caso —continué.

—¡Buen Dios! —profirió Breckinridge.

—Melvin me da la impresión de que es un peligroso antagonista sin escrúpulo alguno —añadí.

—Sin escrúpulos no es el nombre para calificarlo —dijo Breckinridge—. No estará haciendo alardes falsos acerca de esas películas, ¿verdad, Lam?

—Me exhibió una parte del rollo que tiene; sólo una parte.

—¿Qué fue lo que vio usted?

—Bueno, eso es algo que no puedo decirle a usted por teléfono.

—¿En dónde está usted ahora? —preguntó.

—En el aeropuerto.

—¿Y dónde está, Bruno? ¿En el rancho?

—Sí, pero Melvin lo va a sacar de allá.

—¿Y dónde está Melvin?

—Por hoy va a quedarse en el rancho y mañana estará de regreso en su oficina en Dallas.

—¡Termine ese caso! —rugió Breckinridge—, ¡vaya a verlo en seguida y dele lo que quiera!

Le dije tratando de tranquilizarlo:

—Tenemos cuarenta y ocho horas para pensarlo.

—Muy bien, usted tiene cheques de caja. Quiero un arreglo completo. Inmediato y completo.

—¿Quiere decir que también desea las películas?

—Hay veces —dijo Breckinridge— que usted es un poco astuto.

—Muy bien —repliqué—. Estaré en Dallas esta noche. Dejaré todo aclarado dentro de las cuarenta y ocho horas.

—Así lo quiero, Lam. Y esto es imperativo.

Sin darme por enterado de esa orden, le dije:

—Esa enfermera, Melita Doon, que estaba en el rancho, parece que salió apresuradamente. La excusa que dio fue que su madre se agravó de momento. Yo no sé si podamos encontrarla y quizá ella podría darnos alguna información; podría ser el eslabón débil de la cadena.

—¡Nada de eslabón débil! —exclamó Breckinridge—. Quiero deshacerme de ese caso. Ya no busque a esa enfermera. Sencillamente váyase a Dallas y prepárese para hacer ese arreglo… No quiero saber de esas malditas persecuciones de ambulancias, ni de chantajes…

—Espere, espere —lo interrumpí—. Eso no va a ayudarlo en nada.

Alcancé a oír cómo Breckinridge respiraba profunda mente; luego me dijo:

—Mire, Lam, es cierto que estimo la manera en que ha llevado usted esto, y también la forma en que se condujo anoche delante de mi esposa. Hay mucha gente que no se da cuenta de que cuando sale usted en busca de evidencias, las tiene que obtener no importando los medios que utilice para ello, y en muchas ocasiones quizá se vea usted obligado a utilizar mujeres para conseguir su propósito.

—Así es —le dije—. Todos los que están en negocios lo saben.

—Muy bien —dijo Breckinridge con enfado—. Creo que estamos encharcados por lo menos con cien mil del águila. Usted sabe lo que tiene que hacer, Lam. Haga un arreglo completo.

—Déjelo de mi cuenta.

Colgué el teléfono y me informé de que había un avión para Dallas que salía treinta minutos más tarde.

capítulo quince

LLEGUÉ a Dallas precisamente a tiempo, alquilé un automóvil, y me dirigí inmediatamente a los apartamentos Meldone, tomé el ascensor hasta el sexto piso y conociendo el camino hice sonar el timbre del apartamento 614.

La señora Bruno fue la que abrió la puerta. Estaba muy bien arreglada.

—¡Hola!, ¿me recuerda? Soy el señor Donald, que le vendió el juego de enciclopedias y le otorgó el premio.

—Ah, sí, si recuerdo. Todo trabaja muy bien, señor Donald.

Miré atrás de ella y vi en la sala una maleta a medio llenar colocada sobre el sofá.

—Tengo que revisar la cuenta —le dije.

—Encontrará usted que yo soy muy buen crédito, señor Donald. Cumplimos con nuestras obligaciones en la fecha precisa y…

—¡Oh, no es eso, señora! —le interrumpí—. El departamento de crédito trabaja independientemente. Yo estoy en el departamento de premios y tengo la misión de verificar que los que otorgamos sean adecuados para ciertas compras excepcionales. Por ejemplo, cuando las mujeres efectúan sus compras con motivo de su aniversario de boda, hay algunas como usted, que adquieren algunos artículos hasta por cien mil dólares. Entonces tengo que preocuparme por comprar una buena cantidad de premios y luego tengo que estar seguro de que mis adquisiciones son satisfactorias.

—Bueno, los que usted me entregó son muy satisfactorios, muchas gracias. Funcionan perfectamente y me son muy útiles.

—¿Tendría usted algunas sugestiones para el tipo de premios en los que las mujeres están interesadas?

—¡Cielos, no! Usted no podría pensar en nada mejor que un abridor eléctrico o en esa maravillosa licuadora. Son sencillamente

estupendos.

—¿Y funcionan bien?

—Como si fueran mágicos.

Titubeó un momento y luego se hizo a un lado.

—¿No gusta usted entrar, señor Donald?

—Muchas gracias —le dije pasando. Indicándome la maleta me explicó:

—Voy a reunirme con mi esposo en Montana.

—¿De veras? ¿Y estará usted fuera mucho tiempo?

—No —contestó—. Voy solamente a visitarlo.

Él está allá en viaje de negocios y me llamó por teléfono preguntándome si quería reunirme con él.

—Eso es espléndido —le dije—. ¿Cuándo sale usted?

—No sé —contestó—. Probablemente mañana. Tengo que consultar con él el horario de los aviones. Me va a llamar más tarde.

—Ya entiendo —le dije—. Y ahora, hay nuevos premios para las personas que han obtenido otros anteriormente y que pueden darnos algunos testimonios acerca de nuestra enciclopedia. Son testimonios breves, pero podría usted hacerse merecedora hasta de cien mil dólares por cada uno de ellos.

—¡Cien mil dólares!

—Así es. En efectivo. Es, dinero para el bolso del ama de casa —le dije sonriendo—. Si lo pagáramos con cheque, tendría que pagar usted impuestos, y el esposo, como administrador de la casa, estaría en condiciones de participar de ese premio. Pero de la manera como lo presentamos, esto es, como un asunto personal para la mujer de la casa y que le pagamos en efectivo con documentos de veinticinco mil dólares, ni el esposo, ni la oficina de impuestos tendrían conocimiento de ello.

—¡Bueno, por Dios de los cielos! ¿Por qué no me lo había usted dicho antes?

—Solamente podemos hacer esta oferta a un limitado número de personas —le dije—. Y por supuesto, lo guardamos en secreto. Nadie va a saber que hubo alguna compensación por el testimonio.

—Naturalmente…, ¿y cómo operan ustedes? ¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Lo único que tendrá que hacer —le contesté—, será leer una pequeña declaración que preparamos, en el sentido de que ha

comprado la enciclopedia y quedó asombrada de lo útil que es. Usted ya se ha convertido en una autoridad reconocida sobre muchas materias y sus vecinos llegan frecuentemente para que les aclare sus dudas.

—¿Dice usted que tengo que leerla?

—Así es. Entonces esa conversación la grabamos —le expliqué.

—¡Oh!

—Y luego, por supuesto, la pondremos frente a las cámaras de televisión —proseguí.

—¡Televisión!

—Sí —le dije con naturalidad.

—Yo…, yo no creo que esté interesada en ello, señor Donald.

—¿No?

—No —dijo sacudiendo su cabeza enfáticamente.

—Le llevaría solamente un minuto de su tiempo, y varias…

—¿Y en dónde la pasaría usted, sólo localmente? —me interrumpió.

—Bueno, no, probablemente la pasarían en todo el país; sencillamente sería un anuncio comercial muy breve. Usted sabe, uno de esos cortos anuncios de quince segundos que las compañías compran en las estaciones televisoras.

—No —replicó ella—. No me interesaría.

—Bueno —le dije— muchísimas gracias. Yo sólo quería saber si no hemos perdido el interés de nuestra compradora número cien mil sólo porque no hemos completado la venta.

Salí del apartamento.

Se quedó un poco pensativa cuando salí.

Establecí una vigilancia fuera del edificio que duró toda la noche, porque no salió sino hasta las siete de la mañana. Entonces llegó un taxi, bajó ella y pidió al chófer que le bajara cuatro maletas. Eran pesadas y grandes.

Las llevó consigo hasta el aeropuerto, las documentó por aerocarga y sólo se quedó con un pequeño maletín de viaje.

Compró un boleto para Los Ángeles.

Hay un problema cuando se sigue a una persona. Si usted es demasiado impaciente, puede delatar su presencia. Pero si tiene paciencia y se mezcla entre las gentes, puede lograr pasar inadvertido.

Me hice de un periódico y abrí un pequeño agujero de modo que me permitiera cubrirme la cara y parecer estar leyendo. Seguí observando hasta que se oyó el anuncio del vuelo a Los Ángeles.

La señora Bruno tomó boleto de primera clase, y yo compré clase turista. Me dirigí hacia la oficina de telégrafos y envié un telegrama al sargento Frank Sellers de la fuerza policíaca de Los Ángeles:

DETECTIVE PRIVADO DONALD LAM HACE AQUÍ PREGUNTAS ACERCA NUEVO ÁNGULO SOBRE CASO ASESINATO QUE APARENTEMENTE INVESTIGA USTED EN LOS ÁNGELES PUNTO SALE LAM PARA ESA VÍA AMERICAN, VUELO SIETE CERO NUEVE, ESTA MAÑANA PUNTO INADVERTIDAMENTE MIENTRAS ESTUVO AQUÍ OLVIDÓ FIRMAR CUENTA POR DIEZ DÓLARES PUNTO PODEMOS CONSIGNARLO POR ESO, SI USTED QUIERE EXCUSA PARA DETENERLO.

Firmé el telegrama como «Sargento Smith» y lo envié extraurgente; entonces abordé el avión en la clase turista.

Es algo maravilloso seguir a una persona y estar en clase turista en un avión. Hay una línea completa que separa las dos clases. Los viajeros de primera nunca se mezclan con los de clase turista, y los de ésta, rara vez se van a primera clase.

Me arrellané en mi asiento. El vuelo era sin escalas hasta Los Ángeles y no tenía nada que hacer, excepto dormir un poco y preguntarme cómo iba a explicarle a Breckinridge que había tomado ese caso por mi cuenta, violando sus instrucciones.

Volamos hacia el Oeste, con la velocidad sostenida que proporciona la retropulsión, dejando atrás las sombras, y alejándonos rápidamente de ellas. Gozamos de una atmósfera tranquila y de un cielo claro como un cristal y después de pasar Nuevo México, tuvimos abajo el panorama del Desierto de Arizona, más tarde el Río Colorado y el Valle Imperial.

Mientras volábamos sobre Arizona, tuve la idea de que podría distinguir el rancho Butte Valley Guest, y me imaginé a Buck Kramer ensillando aquel caballo especial; también pensé en Dolores Ferrol haciendo uso de sus encantos personales para impresionar a los huéspedes.

Entonces dio principio nuestro largo y lento descenso hacia el aeropuerto de Los Ángeles y aterrizamos tan suavemente que me fue difícil decir si habíamos llegado a tierra hasta que los frenos y la

desaceleración de los motores lo hicieron manifiesto.

Estaba yo a la cabeza de la fila de la clase turista, pero después de alcanzar el punto en donde se reunió la mayor afluencia de pasajeros, me detuve al ver a la señora Bruno caminar lentamente con la mirada baja.

Entonces, repentinamente, el sargento Sellers acompañado de un hombre con ropas de civil llegó gritando a lo largo del pasillo.

Yo me apresuré para alcanzar a la señora Bruno.

—Bueno, bueno —le dije—. Estaba muy lejos de pensar que tomara usted este avión.

Se volvió hacia mí con una mirada de consternación; de repente reaccionó y de la mejor manera que pudo me dijo:

—¡Oh, señor Donald! ¡Santos cielos! Tampoco yo pensé que estuviera usted en él.

—Yo creo que usted venía en primera clase —le dije—. Mi compañía no me estimula lo suficiente para pagar cuotas extras.

—Muy bien, pedazo de hombre —dijo el sargento Sellers—. Acompáñeme.

Me volví hacia él y le dije:

—¡Vaya, vaya, el sargento Sellers! Permítame presentarle a la señora por cuyo asesinato está usted tratando de arrestar a Foley Chester. Señora Chester, el señor es un querido amigo mío, el sargento Sellers de la policía local.

Pareció como si ella hubiera querido correr, y eso fue lo que la delató. Si hubiera obrado con naturalidad, quizá un poco desafiante y dicho: «¿De qué está usted hablando?», Sellers la hubiera dejado salirse con la suya; pero esa actitud y la expresión de pánico en su cara dio al traste con todo.

—¿De qué diablos habla usted, pedazo de hombre? —dijo Sellers con la mirada fija en la mujer.

—Dije que le presento a la señora Foley Chester, alias señora Helmann Bruno.

La miró Sellers de pies a cabeza, sacó de su bolsillo una fotografía y rugió:

—¡Que me parta un rayo si no es cierto!

Entonces ella empezó a correr, pero Sellers y el hombre vestido de civil la atraparon.

En esos momentos ya se había agrupado un buen número de

pasajeros curiosos, y Sellers y el agente vestido de civil la emprendieron contra ellos.

—¡Sigan su camino! ¡Háganse a un lado! ¡Circulen! ¡Es una orden de un agente de la ley! ¡Si la desobedecen serán arrestados! ¡O van a atender sus negocios o se darán un paseo hasta la jefatura de policía, elijan ustedes!

Todas esas frases pronunciadas enérgicamente por los dos hombres, los dispersó como si fueran pollos asustados.

Sellers y su acompañante llevaron a la mujer a uno de los cuartos de equipaje que ellos utilizaban para interrogatorios.

—Muy bien —dijo Sellers—. ¡Hable claro!

—Bueno —dijo ella—, no tiene objeto negarlo más; me han atrapado.

Me miró Sellers esperando una explicación.

—Tenía que haber sido de esa manera —le dije—. Chester no empujó a su esposa hacia la barranca en la curva, y Melita Doon, la enfermera, no tuvo todos esos líos porque hubiera robado un par de radiografías para entregarlas a un simulador. Lo que la inquietó, fue el hecho de que ella robó un cadáver.

—¿Un cadáver? —dijo Sellers.

—¡Claro! Lea el reporte del hospital. Acusaron a Melita Doon de haberse descuidado, permitiendo que una de sus pacientes se levantara y huyera. Era una paciente que había sido internada para recibir un tratamiento, por las lesiones que sufrió en un accidente automovilístico.

»Chester, alias Bruno, buscaba una oportunidad para apoderarse de un cadáver como ése. Melita había estado robando radiografías. Pero esa vez ellos querían un cadáver. Habían estado esperando durante varias semanas que alguien sufriera una muerte semejante y que el caso estuviera al cuidado de Melita. Querían una mujer no identificada, de una complexión parecida a la de la señora Chester.

»Se las arreglaron para sacar del hospital el cadáver, le quitaron las ropas, le pusieron las de la señora Chester, y luego obligaron a Melita Doon a que reportara una huida. Entonces tomaron el cuerpo, lo llevaron al automóvil que desbarrancaron y lo quemaron hasta el grado de que no pudiera ser reconocido. De esa manera Chester podría cobrar el seguro de su mujer.

»Desgraciadamente, la policía fue demasiado eficiente. Examinó

el automóvil alquilado que tenía Chester, encontró el lugar en donde la pintura había sido estropeada cuando ellos empujaron el automóvil fuera de la carretera de modo que pareciera convincente, y Chester supo que el aspecto de ese plan había sido consumado. Él su esposa ya tenían la huida planeada. Establecieron identidades secundarias como Bruno y esposa en la ciudad de Dallas.

»Chester tenía todavía otro as en la mano. Bajo el nombre de Bruno, reportó un accidente, puramente imaginario. Con la misma identidad, reportó que un automóvil que llevaba el número de matrícula de Foley Chester, lo había golpeado en la defensa posterior ocasionándole una lesión en las vértebras cervicales.

»Entonces voló a Los Ángeles y actuando con el nombre de Foley Chester reportó el accidente a la compañía de seguros declarando que había sido toda su culpa y poniendo a la compañía en una posición en la cual no tenía más remedio que admitir la responsabilidad.

»Originalmente ahí hubiera parado todo. Hubieran logrado un arreglo por unos diez o quince mil dólares, pero cuando usted entró en la escena y empezó a hacer aparecer a Chester como un fugitivo de la Justicia, vio Bruno una verdadera oportunidad. Contrató a un abogado para que lo representara y de esa manera el caso podía ser resuelto sin que tuviera que aparecer ni hacer otra cosa que firmar documentos. Considerándolo bien, era un bonito doble fraude. Pero la falla estuvo en las huellas que dejaron hasta ese claro de arena.

»Después de que Chester bajó para incendiar el automóvil, no iba a regresar subiendo aquella pesada pendiente; así que tenía su cómplice, que resultó ser la misma señora a la que se suponía que había asesinado, y a quien hizo que lo esperara al principio de la cuesta en la carretera.

»Ese tipo Chester, ha venido explotando un buen filón. Encontrará usted que ha tenido dos cómplices más, Melita Doon y Josefina Edgar. Había estado representando el papel de “Santa Claus” sosteniendo su apartamento. Ellas robaban las radiografías que él necesitaba y, cuando quiso dar su golpe y tenía ya enredada a Melita en el fraude, no le dejó escapatoria y la obligó a que robara el cadáver.

»Si va usted al apartamento de ellas en el edificio Bulwin, encontrará algunas ropas de Chester allí; podrá ver hasta unas

camisas con una «C» bonitamente bordada en el bolsillo.

Mientras yo hablaba, Sellers me había estado mirando De vez en cuando volvía su mirada hacia la mujer y, cuando ella empezó a llorar, se dio cuenta del error en que había estado.

—Muy bien, señora —le dijo—, creo que va usted a tener que ir a la jefatura con nosotros. Si tiene para pagar un taxi, lo tomaremos y de ese modo no atraerá mucho la atención.

—¿Quiere usted que vaya? —le pregunté.

Me señaló la puerta con su dedo pulgar y me dijo dulcemente:

—¡Lárguese!

En ese momento podía yo decir lo que él estaba pensando declarar a los periodistas que lo entrevistaran, la descripción que les haría de la brillante labor detectivesca, mediante la cual había descubierto todo el fraude.

Ni siquiera me molesté en llamar a Breckinridge; por una sola razón. Salía un avión nocturno para Dallas y yo quería tomarlo. Tendría que hacer mi reporte en un segundo.

Esa vez sí compré boleto de primera clase. La aeromoza que había llegado de Dallas, regresaba en el mismo vuelo. Me miró con curiosidad, pero no dijo nada, ni yo tampoco.

Había pasado toda la noche vigilando el apartamento y pronto quedé dormido en mi asiento.

Una vez en Dallas, tomé el automóvil que tenía alquilado y me dirigí a las oficinas de Melvin.

Estaba esperándome. Era un elegante conjunto de oficinas, con una biblioteca espaciosa, que indudablemente le proporcionaba las herramientas que él necesitaba para ganar sus casos, pero que también estaba diseñada para impresionar a los clientes.

En esos momentos tenía trabajando tiempo extra a una de sus secretarias. Una chica con un traje sastre que le quedaba a las mil maravillas.

Oprimió ella un botón, y Melvin personalmente salió de su privado para recibirme. El tipo estaba tan adolorido y tan tieso que difícilmente podía caminar, pero trató de aparentar un aire de cordial sencillez.

—¡Hola, Lam, hola! ¿Cómo está usted? Recibí el telegrama en el que me informaba que llegaría usted en ese avión, de modo que esperé. Pase usted, pase usted. Entiendo que está preparado para

cerrar este caso de Bruno contra Chester.

Sonreí diciéndole:

—Creo que tengo todo lo necesario.

—¡Me alegro! Siéntese. Siéntese usted, Lam. No hay razón por la cual usted y yo no podamos ser amigos, después de todo; los negocios son los negocios y las compañías de seguros esperan pagar de vez en cuando algún dinero. Para eso cobran primas. Sus líos no son nuestros. Yo represento a un cliente y usted representa a otro.

»Usted sabe, Lam, que tenemos un buen número de negocios diseminados por todo el país y muy a menudo tenemos que tratar con testigos en Los Ángeles para obtener declaraciones. Me alegro de haber entrado en contacto con usted y estoy seguro de que podremos ayudarnos mutuamente.

—Está muy bien —le dije.

—¿Tiene usted los cheques? —me preguntó echando una mirada a mi portafolios.

—Tengo los cheques —repliqué—. ¿Tiene usted las películas?

Sonrió sacando una caja redonda de lámina del cajón de su escritorio. La puso sobre éste y dijo:

—Terminaremos con todo de una vez, Lam.

—Estos cheques son pagaderos en mancomún a Helmann Bruno como demandante y a A.B. Melvin, como abogado —le aclaré.

—Así es, así es —repuso sonriendo—. Ésa es la manera de hacerlos. Me gusta tratar con las compañías de seguros que protegen al abogado. Por supuesto que siempre podemos acompañar a nuestro cliente a hacerlos efectivos al banco, pero le da más importancia a uno hacer que el cliente firme, que el abogado haga lo mismo y que sea la secretaria la que vaya a cobrarlos.

—Bueno —le dije—, así es como los cheques están hechos, pero no creo que los querrá usted de esa manera.

—¿Y por qué?

—Porque, si los firma —contesté—, estaría firmando su ingreso a la penitenciaria.

Perdió su cara la cordialidad y se volvió dura y siniestra.

—¡Vamos, mire, Lam! —dijo—. He venido tratando derecho con usted; y no quiero que trate de jugarme chueco porque, si lo hace, procuraré que usted y esa maldita compañía de seguros se enfermen

a tal grado, que nunca recobrarán la salud.

—No trato de traicionarlo —le dije con una mirada de cándida inocencia—. Es su cliente el que lo ha hecho.

—¿Qué quiere decir?

—Helmann Bruno es Foley Chester.

—¿Cómo? —exclamó.

Sin darle tiempo a que se repusiera de la sorpresa continué:

—Creo que una investigación nos enseñará que Chester, alias Bruno, o Bruno, alias Chester, ha venido haciendo de la simulación su *modus vivendi* desde hace mucho tiempo. Tenía un buen filón. Tomaba una póliza de seguro, se iba a otra ciudad, se establecía con doble identidad, reportaba un accidente imaginario, alegaba que el asegurado había sido el culpable y luego regresaba como asegurado a la ciudad donde había tomado la póliza y confesaba que la culpa había sido suya.

»Después de eso se conseguía un abogado, ponía en sus manos el caso con la ayuda de radiografías robadas, para hacer que la compañía de seguros llegara a algún arreglo, y entonces se iba en busca de la próxima víctima.

Se le alargó la cara a Melvin y con un aire de duda preguntó:

—¿Está usted seguro de eso?

—La policía arrestó esta mañana a la señora Bruno y resultó que ella es la señora Foley Chester, la mujer que las autoridades habían pensado que había sido asesinada.

»Esta vez utilizaron a una enfermera, no para que robara radiografías sino para que robara un cadáver; entonces vistieron a ese cadáver con las ropas de la señora Chester, prendieron fuego al cuerpo y al automóvil y se prepararon para cobrar cien mil dólares del seguro de vida, si es que podían, y si no, continuarían con su procedimiento de estafar a las compañías de seguros con arreglos de diez, quince o veinte mil dólares.

—¿Está usted seguro? —volvió a preguntar—. ¿Tiene pruebas de todo eso?

—Es muy fácil que lo confirme. Usted tiene conexión con la policía de aquí. Haga que se comuniquen con el sargento Sellers de Los Ángeles y se enteren de los últimos acontecimientos en el caso de Chester.

Echó para atrás su silla y se excusó diciendo:

—Quiero ver a mi secretaria para algo. Estuvo ausente por unos diez minutos y cuando regresó venía temblando.

—Lam —me dijo—, quiero asegurarle por mi honor profesional que yo no estaba enterado de todo eso. Estaba actuando con la mejor buena fe.

—¿Sí? —le pregunté.

—Sí —contestó.

Señalé hacia la caja de lámina redonda que contenía las películas.

—¿Y qué me dice usted de eso?

La miró y respiró profundamente. No fue difícil para mí ver su mente trabajando.

—Películas —me dijo vagamente—. ¿Hay películas en esa caja?

—Eso me parece.

—Es una novedad para mí. Nunca las había visto. Probablemente usted las traía consigo.

—Entonces me las llevo —le dije.

Las puse en mi portafolios y empecé a despedirme.

—Bueno, como usted citó hace unos momentos: tuvimos un gran juego. Cada uno de nosotros representaba a un cliente.

—Nunca representar a un estafador. Voy a hacer de eso una regla —me dijo Melvin—. Me ha impresionado verdaderamente. Fue una tremenda impresión.

—¿De dónde cree usted que venían esas radiografías? —le pregunté.

—Se las tomaron a mi cliente.

—¿No pidió usted entrevistar al radiólogo o al médico que lo atendió?

—Yo… Bueno, he estado terriblemente ocupado —dijo Melvin tímidamente—. Por supuesto, cuando hubiera venido la preparación para el juicio, habría tenido que investigarlo, pero…, usted sabe cómo son esas cosas, Lam.

—Yo sé cómo son esas cosas —repliqué y salí de su oficina.

capítulo dieciséis

EN un vuelo de medianoche regresé a Los Ángeles, de modo que a la hora en que se abrió la oficina de Breckinridge ya estaba yo esperándolo.

Salió a recibirme con cara de preocupación. Tenía grandes ojeras y sus modales sueltos habían desaparecido. No había rastros de esa juventud que siempre lo rodeaba. Tenía la apariencia de una hoja de lechuga marchita.

No pudo reprimir su sorpresa cuando me vio.

—¡Lam! —exclamó—. ¿Qué está usted haciendo aquí? Tenía yo la seguridad de que estaría usted terminando ese arreglo en Dallas.

—Ya lo hice.

—¿Hizo usted qué?

—Ya lo hice.

—¿Recogió usted… todo?

—Tiene usted un cuarto de proyección, ¿verdad?

Titubeó un poco y entonces dijo:

—Bueno, sí, pero no quiero que ninguno de los operadores de aquí la pase.

—Entonces la pasaré yo.

—¿Sabe usted cómo?

—Sí.

Pasamos al cuarto de proyección y Breckinridge vio las películas.

Cuando salimos temblaba como una hoja.

Le hice entrega de la caja.

—Usted sabrá qué hacer con ellas —le dije.

—¿Cuál fue el costo? —me preguntó.

—Bueno —le dije—, tuve muchos gastos. Idas y vueltas de aquí a Dallas en avión. Las aeromozas creyeron que yo era representante

de una compañía y…

Me interrumpió:

—¡Oh, eso! —me dijo haciendo un ademán de indiferencia—. A nosotros no nos importan esos malditos gastos. ¿Cuánto pagó usted por el arreglo?

—Nada.

—¿Nada?

—Así es.

—¿Y cómo estuvo?

—Si lee usted los periódicos de la tarde encontrará un artículo en el cual hablarán de la extrema devoción que el sargento Frank Sellers y Jim Dawson de la Oficina de Policía del Condado de Kern, tuvieron para resolver uno de los casos de asesinato más asombroso de los que el estado haya tenido noticia.

»Al principio el caso parecía ser el de una muerte típicamente accidental. Ahondando un poco, esos agentes veteranos encontraron que las evidencias del crimen conducían a cobrar una póliza de seguro, pero más tarde consideraron que una o dos trivialidades no encajaban dentro del cuadro. Continuaron escarbando de día y de noche hasta que descubrieron un complot tan raro, que una vez más prueba el viejo adagio, que la verdad es más extraña que la ficción.

—¿Quiere decir que esos dos… caballeros se acreditaron todo el mérito ante la prensa? —preguntó Breckinridge.

—Así fue —le dije—. ¿Por qué no habían de hacerlo?

—Eso es injusto —protestó Breckinridge—. No carezco de influencia entre los círculos policíacos. Uno de los comisionados de policía es amigo íntimo personal mío, y yo…

Titubeó por un momento, y le dije:

—Ya tiene usted bastantes problemas.

Señaló la caja que contenía las películas y me hizo eco.

—Yo tengo mis propios problemas, sí. Pero si yo no puedo ponerme a mano con usted de una manera lo haré de otra, Lam; no solamente tendré premios para usted por cuenta de mi compañía, sino que para mañana a estas horas los tendré también de una docena de compañías más y quedará usted sorprendido. Ese hombre, Melvin, nos había venido ocasionando serios dolores de cabeza desde hace mucho tiempo.

Salió a una oficina exterior y regresó con un cheque.

Mirándolo lancé un silbido y lo puse en mi bolsillo.
Me tendió la mano diciendo:
—Lam, ha sido un verdadero placer, un *verdadero* placer.
Lo dejé estupefacto.

capítulo diecisiete

ENTRÉ en la oficina. Entrecerró Bertha los ojos y dijo:

—¡Por Dios! ¿No puedes permanecer quieto en algún lugar? ¿Cómo vas a terminar una investigación con esas idas y venidas?

—La investigación está terminada —le dije.

—Pero se suponía que tenías tres semanas para trabajar en ella —replicó Bertha con enojo—. Tres semanas a sesenta dólares diarios, son…

La interrumpí arrojando sobre su escritorio el cheque de Breckinridge.

Lo desdobló y empezaba a decir algo, pero entonces los ojos se le fueron agrandando.

—¡Que me frían como a una ostra! —exclamó. Y después de un momento añadió—. ¡Y pensar que alguien más estuvo pagando todos esos gastos!

—Todo, excepto quinientos dólares de un regalo —le dije.

—¿Un regalo de quinientos dólares? ¿Y para quién? —preguntó.

—Para Elsie Brand —contesté y salí de la oficina dejando que tartamudeara.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.